

Sophie Saint Rose

Serie Montana



Tenías que ser tú

Tenías que ser tú

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

—¿Avariella Romero?

Se levantó de su asiento mirando a la enfermera que sonrió reconociéndola. —Pase por aquí, por favor. El doctor Hasse ya la está esperando.

—No hace falta que me acompañe. Sé el camino.

—Estupendo. Así me voy a tomar un café.

Caminó por el pasillo haciendo resonar sus tacones en el suelo de linóleo blanco y sonrió al doctor que se levantó de su asiento en cuanto la vio entrar. —Tienes un aspecto estupendo.

—Gracias. —Le dio la mano y se sentó en la silla ante el escritorio, dejando el abrigo y el bolso en la silla de al lado. —¿Bien? ¿Cuál es el veredicto? —El hombre que había estudiado con su padre hacía años, apretó los labios levantando sus gafas para ponérselas sobre la nariz antes de mirar unos papeles. —¿Tan malo es?

—No es que sea malo, pero aún eres muy joven. Tu producción de óvulos es muy baja.

Avariella suspiró mirándose las manos. —¿Podré tener hijos en el futuro?

—Te aconsejo que congeles por si acaso.

—¿Tan mala pinta tiene?

—Tu producción para tu edad es preocupante. Calculo que en unos cuatro años ya no serás fértil. Incluso en este momento te costaría concebir de manera natural.

Avariella intentó encajar el golpe. Siempre había querido tener familia numerosa y aquello era un auténtico revés cuando ni siquiera estaba casada.

—Es una suerte que me hicieras esa pregunta en plan de broma y que por curiosidad hiciera más pruebas, pero como te dije en la consulta hace una semana, los análisis no cambian mi primera impresión. Si quieres tener hijos en el futuro, debes conservar todos los óvulos que puedas.

—No es justo. Solo tengo veintiséis años.

El doctor Hasse suspiró mirando sus tristes ojos negros. —No te preocupes tanto. Tendrás unos hijos preciosos. Solo que no los tendrás de forma convencional. En cuanto tomes la decisión y tengas el candidato adecuado, serás madre cuando quieras.

—¿El candidato adecuado? Está de broma. ¡Llevo buscándolo desde que tenía catorce años y todavía no lo he encontrado!

El doctor se echó a reír. —Seguro que los tienes a patadas con lo preciosa que eres. Pero si quieres, tengo un sobrino...

—Ya le conozco, ¿recuerda? Me lo presentó en la fiesta de Navidad de hace tres años. Y no le gustan las morenas.

Hizo una mueca. —Cierto. Había tomado demasiado ponche.

—Es que el ponche de papá es una bomba.

—Y que lo digas. —Se levantó y rodeó el escritorio sentándose en la esquina. —Te voy a poner a tratamiento para estimular tu producción de óvulos. —Ella le miró ilusionada. —Para la extracción. —La decepción de Avariella fue evidente. —Venga, no te preocupes.

—Todas mis hermanas han tenido hijos por sí solas y a mí me tocan los ovarios vagos.

—Olvídate de esto hasta que vuelva a llamarte. Tendrás unos bebés preciosos.

Caminando por la calle pensando en lo que le había dicho el doctor, se dio cuenta en ese momento de que se había perdido muchas cosas. Como planear un embarazo con su pareja, intentarlo una y otra vez hasta conseguirlo y la felicidad de mirar ese palito. Ahora le tendría que decir a su novio que le costaría tener hijos, que tenían que ir a una clínica para que él metiera su semen en un vaso de plástico y la inseminaría un doctor que seguramente ni conocía. Eso sí, tendría el momento del palito. Desilusionada miró un escaparate distraída y frunció el ceño acercándose al cristal. Era una agencia de viajes y promocionaba un viaje para solteros en una cabaña en Montana. Al menos era original. Estaba harta de las citas a ciegas.

Entró y una mujer de su edad con el cabello castaño recogido en una coleta alta sonrió detrás de la mesa. —¿En qué puedo ayudarla?

—Es que he visto el cartel de una semana en Montana. Venía a informarme.

—Oh, el programa de solteros. Es un sitio fantástico cerca de un lago. Le va a encantar. Actividades en grupo para conocerse, como montar a caballo o remar en el lago... —Sacó una hoja y se la puso delante.

—¿Es una cabaña?

—En realidad es una gran cabaña cerca de un rancho. ¿A que la cosa mejora por momentos?

—¿De ganado? —preguntó ilusionada—. ¿Con vaqueros y esas cosas?

—Con todo eso y más. Cerca, como a veinte kilómetros, está el pueblo de Dubois Y el mes que viene son las fiestas. Habrá atracciones tradicionales y esas cosas que no vemos por aquí. ¿Qué me dice? Y el precio está muy bien.

Miró el precio y al ver que eran tres mil dólares preguntó a la mujer —¿Con las comidas y todo eso?

—En cuanto llegue, puede olvidarse de la cartera, a no ser que vaya al pueblo, claro. —Se acercó sobre el escritorio. —Yo estoy apuntada para la próxima salida.

La miró sorprendida. —¿De verdad?

Se acercó conspiradora. —Si hubieras visto los hombres apuntados no te lo pensabas más. Cuatro yuppies que quieren probar la vida en el campo para nuevas experiencias y si hay cuatro mujeres mucho mejor.

—¿Somos solo cuatro chicas? ¿Uno para cada una?

—De momento solo somos dos, y tú si te apuntas.

Avariella bajó la voz como si no estuvieran solas en la agencia. —¿Y son guapos?

—Guapos, ricos y simpáticos.

—¿Y la otra cómo es?

—A tu lado no tiene nada que hacer.

No había pedido vacaciones, pero no tendría problema porque hacía dos años que no se tomaba unas. —Está bien. Me apunto.

La mujer chilló de la alegría. —Por cierto, me llamo Jane.

Alargó la mano. —Encantada, soy Avariella Romero.

—Qué nombre más precioso.

—Venga, suelta los nombres de los otros y cómo son.

—Ah, no. Ni de broma. No voy a reventarte la sorpresa.

—Como sean cuatro capullos me vas a oír toda la semana.

Jane se echó a reír a carcajadas. —No son capullos. Pero sí que te he mentido en algo.

—¡Lo sabía! ¿En qué?

—En que la otra es un cañón que nos da mil vueltas. —Jane entrecerró sus ojos azules. —Me da que esa ya tiene el ojo echado a alguno de los cuatro, porque vino a tiro fijo. No sé si me entiendes.

—Si...

—No me preguntó nada y llevaba ropa de firma.

—Esa sí que va a cazar. —Se miraron antes de echarse a reír de nuevo. Estaba claro que habían conectado. Sacó la tarjeta de crédito y la puso sobre la mesa.

—¿Seguro que no te lo quieres pensar? —preguntó maliciosa.

—¿Ahora que me has puesto los dientes largos? Ni hablar. Apúntame que al menos me lo pasará bien.

Jane soltó una risita poniéndose frente al ordenador y le pidió sus datos. —Muy bien, pulso este botón y está confirmado. ¡Ta, tan! —Abrió los ojos como platos. —¡Está completo!

—¡No fastidies! —protestó decepcionada mirando la pantalla.

—No, qué va. Me estaba quedando contigo. Pero lo que si tenemos es la siguiente reserva. —Frunció el entrecejo. —Qué raro.

—¿Por qué?

—Pensaba que éramos la única agencia que llevaba este viaje. La dueña del rancho es amiga de mi jefa. Lo empezó a hacer como un favor, pero ahora se está corriendo la voz.

—¿Cuántos viajes habéis hecho?

—Unos veinte. Empezamos este año.

—¿Y cuántas parejas han terminado juntas?

—Unas siete que nosotras sepamos. Una nos invitó hasta a la boda.

—¿Boda? ¿Se han casado?

—Se quedó preñada y la chica era de lo más tradicional.

—Bueno... —Hizo cálculos rápidos. —No es un porcentaje demasiado bueno.

Jane se echó a reír. —Lo pasaremos bien y conoceremos gente. Lo que venga...

—Mejor que las citas rápidas.

—¿Tú también te has apuntado a eso?

—Voy todos los jueves. A ver si hay suerte.

—Yo voy los viernes. Para que no tengan la excusa de que trabajan al día siguiente.

—Si vamos a este viaje, es obvio que las citas no nos funcionan.

—Yo tengo la esperanza de que aislados sea más fácil.

Avariella se echó a reír cogiendo la tarjeta de crédito. —Me tengo que ir. Ya me he escaqueado mucho del trabajo con la excusa de ir al médico.

—¿Estás bien?

Forzó una sonrisa. —Sí, era una revisión.

Jane asintió, pero no era tonta. —Sé que no me conoces, pero sé escuchar muy bien y como ves no tengo trabajo.

Miró a su alrededor y dijo —Bueno, por un ratito más... —Se sentó y la miró algo avergonzada.

—Tranquila, si no quieres contármelo no pasa nada.

—No es eso. No es nada grave ni nada por el estilo.

—¿Entonces?

—Fui a una revisión con el ginecólogo y haciendo una gracia pregunté si era fértil.

Jane perdió la sonrisa. —Ya veo.

—Y no es que no lo sea, pero...

—Te va a ser difícil.

—Me ha aconsejado congelar mis óvulos.

—Pues hazlo. Haz lo que sea si quieres ser madre. ¿Sabes la suerte que tienes?

La miró sorprendida. —¿Yo?

—Claro, muchas no sabemos si somos o no fértiles hasta que deseamos tanto un bebé que vamos desesperadas al médico. Una amiga mía se enteró de que no podía tenerlos después de

intentarlo dos años. Imagínate la decepción. Está en lista de espera para adoptar.

—Pobre.

—Ni tiene la opción del vientre de alquiler porque no tienen mucho dinero. Así que tú eres afortunada. Podrás dar a luz a tu hijo.

—Solo necesito el hombre adecuado.

Jane sonrió. —Ahora entiendo el viaje.

—Debe ser el destino porque fue salir de la consulta y me lo encuentro.

—No te obsesiones con eso.

Avariella asintió. —Vamos a pasarlo bien.

—Exacto. Y si pillamos, mejor.

En el aeropuerto estaba muy nerviosa. Miró a su alrededor buscando a Jane y al no encontrarla miró el reloj. Estupendo, llegaba tarde. Lo mejor era ir hacia la zona de facturación y a ver si estaba allí. Buscó el vuelo de American Airlines con destino a Great Falls y sonrió al ver que ya estaban facturando. Se puso en la cola tirando de su maleta, esperando llevar todo lo necesario. Jane le había dicho que llevara ropa de abrigo porque allí estaba a punto de nevar. Por eso era el último viaje de ese año y no volverían a hacer más hasta abril por lo menos. Emocionada se dijo que había tenido una suerte enorme.

Miró a su alrededor para ver si veía a los cuatro hombres del grupo, pero ya debían haber facturado. No había ningún grupo de cuatro hombres. Dio un paso adelante cuando la fila avanzó.

—¡Avariella!

Se volvió sonriendo y saludó con la mano a Jane que llegaba corriendo llevando una maleta enorme. —Madre mía, ¿te mudas?

—Muy graciosa —dijo mirando su maleta que era de tamaño medio—. Cuando me pidas un jersey, te diré que no.

—Sé que no harías eso.

Jadeó sorprendida. —¿Y por qué lo crees?

—Porque tienes un corazón enorme.

—¿Y eso lo has descubierto...?

—Llevamos un mes quedando todas las semanas. Sé calar a la gente, ¿sabes?

—Igual soy una psicópata que te lleva a Montana para descuartizarte.

—Pues cuantas molestias.

Se echaron a reír y avanzaron en la cola. Jane le dio un codazo y Avariella levantó la cabeza para ver lo que miraba. A un grupo de hombres que no estaban nada mal. De hecho, había uno

moreno hablando con otro de pelo castaño que provocaba taquicardias.

—¿Son esos?

—El moreno para mí.

—¡Eh! ¡No es justo!

—Te gusta, ¿eh? —Jane sonrió de oreja a oreja. —Vale, me quedo... —Miró sin cortarse. —El de cabello castaño que habla con él.

—Veo que te da igual.

—No los conozco de nada, puede que el tuyo sea gilipollas. —Se encogió de hombros y dio dos saltitos emocionada. —Lo vamos a pasar genial. ¿Al final tu jefe te ha soltado alguna pullita?

—Que le den. Llevaba dos años sin vacaciones. Maldito negrero. Y eso que se jubila en dos años. No me lo quiero ni imaginar de joven. Con razón no le duraban las recepcionistas al sacamuelas.

Jane se echó a reír y los chicos miraron hacia ellas. Su nueva amiga saludó con la mano. —Hola chicoooss.

Sonrieron divertidos mientras Avariella se ponía como un tomate. —No seas descarada.

—Guapa, tenemos una semana para encontrar el amor de nuestra vida. No estamos para andarnos por las ramas.

Pues tenía razón. Les miró y vio que seguían mirándolas, así que sonrió con timidez.

—Madre mía. ¿Eso es todo? No me extraña que no te comas un rosco.

—Soy tímida, ¿vale? Y no veo que a ti te persigan los tíos.

—¡Nuestra primera discusión! —Le dio un abrazo provocándole la risa. —Esto es una amistad de por vida.

—Estás un poco chiflada. —Sus ojos negros chispearon de la alegría. —Y me encanta.

—Lo sé. Soy la leche.

Cuando facturaron Jane se volvió y les guiñó un ojo haciéndoles reír. —Estos están en el bote.

Tiró de su brazo. —Vamos a dar una vuelta hasta embarcar.

—¡Si! Vamos al Dutty Free. Quiero chocolate belga para el viaje.

Estaban mirando el maquillaje cuando una rubia con unos vaqueros de marca que le hacían un trasero perfecto pasó ante ellas. —Es esa.

—¿Esa? No fastidies.

—Lo sé. —La vieron ir hacia la caja con un montón de cosas y sacar una tarjeta oro. —Tiene pasta.

—Eso es evidente. Todo ese maquillaje cuesta lo que yo gano en un mes. ¿Cómo se llama?

—Rose Anne Batterfield.

—Estupendo, y nosotras con apellidos normales y corrientes.

—Al menos tú te llamas Avariella. Yo me he quedado con un simple Jane, así que no te quejes. —La vieron recoger la bolsa y Jane la cogió del brazo. —Vamos a presentarnos.

—Vale. —Caminaron hacia ella y las miró de reojo distraída antes de darse cuenta de que iban hacia ella. —Hola, soy Jane Smith. De la agencia de viajes.

—Oh, sí. —Por su cara le importaba un pito. —¿Ocurre algo con los billetes o...?

—No. —Jane se echó a reír. —Es que vamos en el mismo viaje y quería presentarnos. Ella es Avariella Romero.

—Rose Anne Batterfield. —Le dio la mano a Avariella educadamente y sonrió. —Si me disculpáis, hablamos después. Es que necesito hacer unas compras antes de embarcar.

—Oh, claro —dijo Avariella forzando una sonrisa—. Además tendremos tiempo de conocernos más adelante.

—Sí, eso. —Se dio la vuelta como si nada y se largó dejándolas de piedra.

—Que no te extrañe, ya tenía pinta de ser una borde cuando pasó por la agencia. Vamos a tomar un café. Todavía queda una hora.

—¿Quién será la otra?

—Ni idea. Como no ha ido por la agencia no lo sé. Lo descubriremos allí.

Caminaron hasta la cafetería más cercana a su puerta de embarque y cuando se sentaron con los cafés, vieron a los chicos sentados sin hablarse entretenidos con el móvil. —Son unos obsesos del trabajo. No vamos a sacar algo de esto.

—Pues se van a llevar una sorpresa porque en la cabaña no hay internet —dijo Jane divertida.

—¿No tienen internet?

—En el rancho sí que hay, porque lo necesitan para trabajar y eso, pero en la cabaña no.

Les miró de nuevo y vio que el moreno levantaba la vista metiéndose el móvil en el interior de la chaqueta y sus miradas coincidieron. Tenía los ojos azules. Jo, era guapísimo. Él sonrió y cuando se levantó se puso nerviosa. —¡Qué viene!

—Genial, así vamos adelantando trabajo.

Se acercó hasta su mesa con esa sonrisa que cortaba el aliento. —Hola, tengo la sensación de que vamos al mismo sitio.

—Exacto —dijo Jane con descaro—. También nos hemos apuntado a una semanita en las montañas.

—Me llamo Bennet Stuart —dijo mirando los ojos negros de Avariella.

—Avariella Romero.

—Jane Smith.

—Al parecer estaremos muy bien acompañados. ¿Os gustan los viajes de aventuras?

—¿Aventuras? ¿De qué tipo? —dijo Jane maliciosa.

—¡Jane! —Se sonrojó intensamente. —Sabía que había actividades no que era un viaje de aventuras.

—Esta Avariella no se entera de nada. —Le dio una patada por debajo de la mesa sobresaltándola. —Te dije que había aventura. —Miró sensualmente a Ben. —Y la habrá.

Él sonrió. —Perfecto. Pues a ver si disfrutamos mucho. Estoy deseando llegar para desestresarme. —Le guiñó un ojo a Avariella. —Nos veremos luego.

—Ajá... —dijo frotándose la rodilla disimuladamente mientras se alejaba antes de fulminar a su nueva amiga con la mirada—. Les has metido una trola, ¿verdad?

—Querían aventura y les vendí el viaje como es mi deber. No sé de qué te quejas. Menudos cañones.

—Esos no buscan pareja.

—Oh, no la buscan, pero la van a encontrar. —Bebió de su café tranquilamente.

—¡Me has mentido!

—No. No te he mentado en nada. Te dije que estaban apuntados y lo están. ¿En qué te he mentado?

Frunció el ceño recordando su conversación. —Eres muy lista.

Jane sonrió radiante. —Gracias.

—Pues a ver cómo les explicas que no hay las actividades que esperan.

—Les dije que se montaba a caballo, que se hacía rafting por la zona y se puede hacer. Y que podían usar el lago para deportes acuáticos. No mentí en nada, bonita. Conozco mi trabajo.

—¿Y las otras chicas?

—Como que si alguno de esos tiene la suerte de liarse con la rubia no iba a estar contento.

—¿Y la otra?

—Eso es lo que me tiene en un sin vivir. ¿Cómo será? Mira que como sea de esas desesperadas que buscan marido...

—¿Como nosotras?

—¡Shusss! Nosotras no estamos desesperadas. Probamos y nos divertimos.

—Pues como la otra les diga algo... —Abrió los ojos como platos.

—Tenía que hacer algo, ¿vale? No podía dejar que se me escaparan sin conocerles. Son cuatro candidatos muy buenos a ser el padre de mis hijos.

Las dos miraron hacia ellos y sonrieron cuando Ben las saludó con la mano. —Te quiero —dijo Avariella sonriendo de oreja a oreja saludando a su futuro marido como una quinceañera.

—Lo sé.

Capítulo 2

Después de un viaje muy bueno donde se echaron una siestecita y todo, llegaron a Montana muy ilusionadas. Recogieron su equipaje y se sonrojó al ver que Ben la miraba desde el otro lado de la cinta.

—Vale, el moreno para ti —dijo Jane tirando de su maleta.

—Todavía no lo conozco. ¡Y no buscan pareja!

—Ningún hombre busca pareja. Hay que convencerles.

—Se te ocurren unas cosas —dijo saliendo por las puertas de cristal.

Jane jadeó a la vez que salía corriendo y Avariella atónita vio que corría hacia una mujer que tenía una pancarta con corazoncitos rosas que decía: “Semana de solteros. Bienvenidos a Montana.”

—Esto va a acabar en desastre.

Tiró de su maleta y llegó hasta ellas. —Mejor no diga nada porque es muy sensible. —Se volvió aparentando sorpresa. —¡Estás aquí! Mira esta es la señora Dubois, la dueña del rancho.

Avariella sonrió radiante mirando a la mujer que debía tener sesenta años y llevaba su cabello castaño algo cano recogido en una trenza que le caía por la espalda. Iba vestida como una auténtica vaquera con botas y todo. Aunque lo que sí la sorprendió fue el chaleco parecido a los de caza sobre la camisa de franela. No era nada femenina.

—Llámame Marie.

—Encantada.

—Vaya, qué guapas sois. ¿Listas para conocer un rinconcito de Montana?

—Más que listas. Lo estoy deseando —dijo emocionada.

—Estamos teniendo muy buen tiempo para esta época del año. Espero que el resto de la semana siga así y no llueva.

—¿Es cierto que tiene un rancho?

—Sí, un rancho ovino. —Sonrió agradablemente mirándola con sus preciosos ojos verdes.

—¿Has estado alguna vez en un rancho?

—No, soy de Nueva York y nunca he salido del estado.

—Pues entonces te vas a llevar una sorpresa.

—Espero llevarme muchas.

—Oh, aquí está el resto del grupo. Los hombres, claro, porque a la otra chica no la veo. ¡Chicos! ¡Es aquí!

Se acercaron a ellas y Marie se presentó —Bienvenidos a Montana. Espero que hayáis tenido buen viaje.

—Magnífico —dijo el de pelo castaño que le tendió la mano—. Gad Martin.

Y así se fueron presentando. Después se presentó un rubio con unos rizos impecablemente peinados hacia atrás de ojos castaños. Se llamaba Daniel Batterfield y las chicas se miraron asombradas. —Joder, preveo lío —dijo Jane por lo bajo.

—Y yo.

El otro también era rubio pero sus ojos eran verdes y se presentó como Fred Harrison.

—¡Ya estoy aquí!

Todos se volvieron para encontrarse con Rose Anne. Daniel dejó caer la mandíbula. —¿Qué coño haces en Montana, Rosie?

—¡Venir de vacaciones! —Levantó la barbilla. —¡Yo también quiero disfrutar del aire puro de Montana!

—¡Eran unas vacaciones con mis amigos y estamos separados! ¡Vuelve a Nueva York!

—¡Tú lo que vienes es a ligar y a ti no te quito ojo!

Jane silbó y Avariella dijo rápidamente —¿Nos vamos?

—Aún falta una —dijo Jane rápidamente antes de decir en voz baja—. No podemos dejarla plantada en el aeropuerto.

—Oh, está allí. ¡Patricia! —Marie saludó con la mano de un lado a otro. —Es una amiga de la familia que viene a visitarnos.

—¿Y no se aloja en el rancho? —preguntó Jane por lo bajo a su amiga—. Qué raro.

—Shusss —susurró mirando a la tal Patricia que era otra rubia con gruesos rizos que le llegaban por la barbilla.

Jane se acercó a Marie al ver que los demás estaban distraídos con la discusión. —¿Ésta también busca marido?

—También.

—Oh, perfecto. —Se acercó a Avariella. —Mierda.

No pudo evitar reír por la manera de pensar que tenía su amiga. Ben se volvió y se acercó a ella. —Menudo drama. Se casaron hace un año, pero no les va muy bien.

—Me he dado cuenta.

—¡Señores! Ella es Patricia, también está en el grupo —dijo Marie después de abrazarla.

—Bienvenida —dijeron los demás antes de que la pareja se pusiera a discutir de nuevo.

Marie preguntó —¿Están casados? ¿Y por qué se apuntan a un viaje así?

—Parejas modernas —dijo Jane roja como un tomate.

—Se va a liar... —Avariella le dio un codazo a su amiga. —Di algo.

—Igual no se enteran.

—¿Cómo que viaje de solteros? —preguntó Daniel mirándola como si estuviera loca—. ¡Esto es un viaje de aventura!

Todos se volvieron hacia Jane y Avariella carraspeó. —¿Nos vamos?

Nadie se movió y Jane forzó una sonrisa. —Bueno, al parecer ha habido una confusión.

—Vamos a ver —dijo Ben molesto—. ¿Nos has metido en un viaje de solteros?

—Aquí hay aventura. ¿Verdad, Marie?

La mujer que todavía estaba atónita asintió vehemente. —Toda la aventura que quieran. —Eso pareció tranquilizarles. —De hecho uno de mis peones es especialista en ese tipo de deportes y podrán practicar lo que quieran.

—¿Ves? ¡A eso venía yo! ¡A quitarme el estrés!

—¡Pues nos desestresaremos juntos! ¡A ti no te quito ojo!

Entonces los chicos las miraron de otra manera. —Así que buscáis pareja —dijo Ben divertido.

Avariella se sonrojó. —Bueno... pero ya que ha habido esta confusión nos apuntamos a la aventura. ¿Verdad, chicas?

Patricia y Jane asintieron porque no había más remedio. —Claro que sí. Lo pasaremos bien. —Jane carraspeó. —¿Alguno más está casado?

Ben se echó a reír a carcajadas y negó con la cabeza. Avariella suspiró del alivio y sonrió. —¿Ahora nos vamos? ¿Falta alguien? ¿Alguna novia quiere unirse al grupo?

Los chicos se echaron a reír mientras que Rose Anne entrecerraba los ojos apartándose un mechón rubio de la cara. —Muy graciosa. Esos tres son unos pendones, así que mucha suerte.

—¡Rosie, en serio! ¿Quieres dejarlo ya?

—¡Si no fuera por estos, seguiríamos juntos! Son unos mete mierda... —Tiró de su maleta hacia Marie. —¿Nos vamos?

—Sí, claro —dijo la mujer confundida—. Por cierto, soy Marie Dubois.

—Me alegro por usted.

—Rosie, ¿siempre tienes que ser tan borde? —le recriminó su marido siguiéndola.

—¡Nos hubiera salido más barato un consejero matrimonial! ¡Las cosas que hago por ti!

Ben carraspeó. —Va a ser una semana de lo más interesante.

Avariella sonrió. —Opino lo mismo. No vamos a aburrirnos.

—Bueno, no ha ido tan mal. Ya no tengo que disimular —dijo Jane aliviada siguiendo a Marie.

—Anda que de verdad...

—¡Pensaba que no se darían cuenta!

Soltó una risita. —La cara que han puesto.

—Espero que no se entere mi jefa. Tienen que pasarlo genial para que no protesten. —La

miró de reojo. —¿Me ayudarás?

—Claro.

—Gracias, tú sí que eres una amiga.

Al salir vieron como Daniel metía la maleta de su mujer en el portaequipaje del pequeño autobús que les esperaba mientras seguían discutiendo. —Esa lo que necesita es un buen orgasmo que le quite la mala leche —dijo Jane haciéndoles reír, pero Avariella vio dolor en sus ojos marrones antes de subir al autobús. Esa chica disimulaba lo mal que lo estaba pasando haciéndose la fuerte.

Guardaron las maletas con ayuda de Gad y subieron al autobús. Rosie estaba sentada al final mirando el tráfico por la ventanilla mientras que su marido se había sentado al otro lado del autobús jurando por lo bajo. No debía ser muy agradable que tu marido reaccionara así al verte, aunque estuvieran separados. Jane también se dio cuenta de la situación y se sentó en los primeros asientos al lado de la ventanilla. Avariella lo hizo a su lado.

—Me arrepiento de lo que he dicho.

—Lo está pasando fatal. ¿Has visto? Parece que va a llorar en cualquier momento.

Patricia y Marie se sentaron juntas al lado del conductor hablando como viejas amigas y los demás se pusieron cómodos por el autobús. Avariella miró hacia atrás y Ben sonrió, pero ella miró a Rosie que había agachado la cabeza. Al mirar a su marido vio que la miraba de reojo, pero no hacía nada. Menuda sensibilidad.

Ben se acercó a su asiento. —No sientas pena por ella. Es una bruja de cuidado. Le ha amargado la vida este último año.

—Le quiere. Sino no hubiera venido.

—Pues hay amores asfixiantes que no son sanos para ninguno de los dos. Han hecho bien en separarse y que haya hecho esto, demuestra que no está bien de la cabeza.

Avariella se volvió mirando a Jane de reojo que se había tensado. —Pues a mí me demuestra que no quiere darse por vencida y que le sigue queriendo —dijo a Ben sin cortarse sin importarle quien la escuchara—. Y en eso se basa el amor. En querer a la otra persona por encima de todo y luchar. Porque en un matrimonio tienes que luchar continuamente para mantener la relación a flote.

Rosie levantó la vista hacia ella mientras que su marido la miraba de reojo. —Bien dicho —dijo Marie desde la parte de delante—. Yo luché con mi marido durante treinta y nueve años. Los mejores de mi vida.

—¿Ya no está casada?

—Tutéame, querida. Mi marido murió el año pasado. Se lo llevó un cáncer de próstata.

—Lo siento mucho.

—Ha sido muy duro. Pero este nuevo trabajo me distrae mucho. Siempre he querido ser

casamentera. —Se echó a reír mientras los hombres gruñían por detrás. Marie hizo una mueca haciendo reír a Patricia.

—Así que tú también buscas pareja —le preguntó a la chica.

—Ella es especial. No viene por esos —susurró su anfitriona.

Interesadas se acercaron. —¿Ah, no? ¿Y por quién viene?

La chica se sonrojó como un tomate, pero Marie no se cortó. —Viene por el mayor de mis hijos —respondió cómplice—. Es hora de que mi Kenneth se case ya.

Avarella miró a Patricia. —¿Pero a ti te gusta?

Levantó una ceja rubia mostrando más sus ojos verdes. —Ken es especial. Esos no le llegan ni a la suela de las botas.

Marie se echó a reír asintiendo y eso las dejó aún más intrigadas. —Debe ser la leche porque en Nueva York esto es de lo mejorcito —dijo Jane en susurros.

—¿Tienes muchos hijos, Marie?

—Tengo siete.

La miraron asombradas. —Pero cuatro ya están casados y han hecho vida fuera del rancho. Fueron a la universidad y ya no volvieron. —Se echó a reír. —Bueno, sí que volvieron, pero no para quedarse definitivamente.

—Así que los que tiene en casa son los solteros —dijo Jane de lo más interesada.

—Sí. Ken se encarga del rancho, Brent es quien lleva las ventas y Luke es el benjamín. Todavía está en el instituto.

—Ken y Brent —susurró ella por lo bajo.

—Ya me he dado cuenta —siseó Jane sonriendo como una loca.

—¿Y ellos son los mayores?

—¿Te refieres a Ken Y Brent? Sí. Pero ya tienen treinta y tres años y ya estoy harta. Cada día se vuelven más maniáticos. Lo mejor es que se casen de una vez. —Miró a Patricia y le palmeó la mano cómplice.

Ésta sonrió dulcemente y Avarella carraspeó llamando su atención. —Pero eso es un poco raro, ¿no? ¿Es que hay pocas mujeres por allí?

—No... Pero en cuanto conocí a Patricia supe que era para mi Ken.

—¿Y él qué opina de eso? —Avarella le dio un codazo a Jane por haber abierto la boca y ésta susurró —Me vas a dejar llena de morados.

—Oh, Ken piensa que es preciosa. Y lo es. —Patricia sonrió encantada. —En cuanto la conozca un poco, esto está hecho.

—Pero si se conocen... ¿No surgió la chispa?

—No, no surgió la chispa por su parte. Pero eso cambiará. Vaya que sí. Por eso nos hemos buscado esta excusa. —Patricia levantó la barbilla viendo como ambas sonreían de oreja a oreja.

—Así que vosotras podéis centraros en otras cosas.

—Sí, claro. Si nosotras venimos a un viaje de aventura —dijo Jane antes de mirar a Avariella y guiñarle un ojo.

Cuando Patricia y Marie se pusieron a hablar emocionadas, las amigas se miraron. —¿Tú qué opinas? —susurró Avariella.

—Puede que sean dos cardos. Han pasado muchas mujeres por allí este año y no se han enamorado de ninguna. Es su madre. Puede que les vea con buenos ojos, pero para las demás sean dos fetos para morirse del asco.

—No. Mira a Patricia. Es una tía guapa y moderna. No se enamoraría de uno cualquiera. Además, tiene pasta aunque no lo demuestra. Sus vaqueros cuestan quinientos pavos.

Jane entrecerró los ojos. —Seguro que la princesita que le ha buscado su madre es de lo mejorcito del contorno.

—Exacto. Es su primogénito. Tiene que tener lo mejor.

Disimuladamente su amiga sacó su móvil y accedió a internet. Tecleó el nombre de Kenneth Dubois y ambas esperaron impacientes los resultados. —Pon Montana.

—Espera un momento.

Salieron los resultados y pincharon en el primero que ponía ranchero en Montana. Avariella gritó arrebatándole el móvil con los ojos como platos viendo a un tío de traje que le sacaba la cabeza a su madre que estaba al lado. Tenía el cabello castaño y era enorme, pero sus duras facciones robaban el aliento. Su cabello estaba impecablemente cortado y tenía los ojos claros. Y cómo le sentaba el traje. Era perfecto.

Todos miraron hacia ella y se sonrojó levantando la cabeza. —Vaya, qué paisaje más bonito.

—Pues no has visto nada —dijo Marie divertida.

Cuando los demás volvieron a sus cosas, las chicas se miraron con los ojos como platos. —Éste para mí.

—Sí, ya me he dado cuenta de que has tenido un flechazo —dijo divertida quitándole el móvil de la mano para mirar la foto—. No está mal.

—Dios... —Se llevó la mano al pecho. —Lo he encontrado. Me he enamorado.

—¿Cómo será su hermano? Éste es un poco Conan para mí.

Avariella ni la escuchaba. Solo podía pensar en qué hacer para conocerle. No se alojaban en el mismo sitio. Mierda. Pero seguro que tenía oportunidad de verle, ¿no? Aunque él estuviera trabajando y ellas de vacaciones... Miró a Patricia. Sí... si esa estaba simulando el viaje, es porque tendrían oportunidad de verse.

Jane jadeó y Avariella miró el móvil. Un tío igual que Ken, pero en rubio y algo más bajo salía en la pantalla. —Tus deseos son órdenes, guapa.

—Qué bien le queda el traje azul —dijo Jane como si se lo quisiera comer.

—Céntrate, Jane. Tenemos que idear un plan.

—Chicas, ¿queréis un caramelo? —preguntó Ben desde atrás.

—No, gracias —respondieron sin mirarle siquiera.

—¿Qué tipo de plan? Vamos a su casa. Nos conocerán y si funciona pues muy bien. Y si no ... sería una mierda muy gorda.

Avariella se echó a reír asintiendo. —Pero ella... —Las dos miraron a Patricia que se comportaba como la perfecta nuera.

—Ese es tu problema, guapa. Va a por el tuyo.

Jadeó indignada. —Pues vete pensando que puede pasar al segundo hijo si se da cuenta de que con el primero no tiene muchas posibilidades.

—No, esa va a piñón fijo. —Gruñó arrebatándole el móvil y Jane levantó una ceja. —¿No tienes el tuyo?

—No seas pesada. Ya lo tienes abierto. —Dio hacia atrás y volvió a salir la foto de Ken. Sonrió como una tonta. —Qué mono.

—¿Mono? Si es tan grande como un oso. En cuanto te dé un abrazo, te parte la espalda.

—Es vaquero. Hace mucho ejercicio. Seguro que es tierno y delicado.

—Sí, tiene toda la pinta —dijo su amiga irónica.

—Oye, que el tuyo es parecido.

—Sí, pero más bajo. Eso me da ventaja para gritarle a la cara. —Avariella la miró como si estuviera chiflada. —¿Qué? Eso intimida mucho. —Su amiga se mantuvo en silencio observando como miraba la foto. —No te hagas historias en la cabeza que pueden ser tontos. Los tíos dan esas sorpresas.

Avariella asintió. —Tienes razón. Primero a ver cómo son antes de tirarme en plancha.

—Y cuando hablas de tirarte en plancha, ¿de qué hablamos exactamente?

—De hablarle y eso.

—A ti no te va a dar tiempo en una semana.

—Oye, que puedo ser muy descarada si quiero. —Se dio la vuelta. —Ben dame un caramelo.

—Toma —dijo encantado.

—Sí, eso es ser de lo más descarada. —Jane se echó a reír. —Me parto contigo.

La fulminó con la mirada antes de mirar a Ben y sonreír cogiendo el caramelo. —Gracias.

—De nada. Si quieres más...

Tímidamente se volvió porque parecía que insinuaba otra cosa. —¿Quiere acostarse conmigo? —susurró acercándose.

—Si le pides otro caramelo, le tienes en el bote.

—No te soporto.

Capítulo 3

En el trayecto admiraron el paisaje, que demostraba que ya no estaban en Nueva York. Todo era muy verde y precioso. Además, tenían un día de sol fantástico que daba a todo unos colores intensos. Ella disfrutó todo lo que pudo, pero no dejaba de darle vueltas al asunto. Jane tenía razón, era demasiado tímida con los hombres. Ser la única soltera de la familia, demostraba que era ella la que hacía algo mal. Tenía que ser más abierta y divertida, que era lo que les gustaba. Intentaría relajarse en ese viaje y mostrarse como era.

Cuando entraron en una carretera secundaria, pasaron por un pueblo precioso y se sorprendió cuando varios les saludaron a su paso.

—Estamos en Dubois Valley —dijo Marie orgullosa—. La familia de mi marido se asentó aquí hace trescientos años y nuestro apellido es muy común en la zona.

Avariella asintió impresionada. —¿Sois familia?

—Todos procedemos del primer Dubois. Francis, que tenía una herrería que aún se conserva en el pueblo.

—Impresionante.

—Podréis venir todos los días si queréis, porque tendréis unos quads a vuestra disposición.

—Genial —dijo Jane encantada.

—Solo os pido que si os pasáis por el bar del pueblo, no los cojáis para volver. Una de las chicas que estuvo en mi casa, se estrelló con uno y se rompió la clavícula con el golpe. Hay que ser prudentes. Por aquí pasan muchos turistas para visitar Big Lake y Lost Lake que son dos lagos preciosos de la zona. Ahora ya no quedan muchos porque empieza a hacer frío. Como podéis ver, estamos a menos de dos horas de Great Falls, lo que hace de la zona un sitio estupendo para pasar los fines de semana. Mucha gente de la ciudad tiene casa cerca de los lagos. —Miró hacia adelante y saludó a una vecina con la mano. —Estamos apenas a quince minutos del rancho, así que llegaremos enseguida. Por si alguien tiene curiosidad, es un rancho ovino y tiene una extensión de cien mil hectáreas, lo que le hace el rancho de ovejas más grande de Montana.

—¿Y por qué te has metido en esto, Marie? —preguntó Gad divertido.

—Es un capricho que me han permitido mis hijos para que me distrajera. —Avariella sonrió viéndola tan feliz. —Espero que disfrutéis de la estancia en mi casa. Lo pasaremos bien.

Avariella impaciente se acercó a la ventanilla apretujando a Jane, pero como por ese lado no se veía nada miró hacia el otro lado. Prados y prados. Jane reprimió la risa y le señaló al frente.

Alucinó con el arco que ponía Dubois en letras de hierro, sujetas con dos troncos tallados enormes. No le dio tiempo a ver qué representaban, pero se notaba que el trabajo era de primera. ¡Aquello empezaba genial! Sonrió a Jane que también estaba impresionada, pero aquello solo era el principio. Al pasar por la carretera vieron al fondo un mar blanco.

—¿Eso es un rebaño? —preguntó haciendo que todo el autobús mirara a la derecha.

—Es uno de los rebaños.

Se le cortó el aliento cuando dos jinetes a caballo pasaron a galope al otro lado del autobús y las dos se tiraron sobre la ventanilla intentando ver quiénes eran. —Quita pesada, que no veo —dijo Jane.

—No son ellos. —Se sentó en su asiento molesta.

—Aquella es mi casa.

Miraron al frente de nuevo y dejaron caer la mandíbula al ver la típica casita de troncos que todo el mundo ha visto alguna vez pero multiplicada por cien. Era enorme y tenía flores en las ventanas y en el gigantesco porche.

Marie se echó a reír viendo sus caras. —¿Os gusta, chicas?

—¿Cómo limpias toda esa casa? Si yo con el trabajo ni tengo tiempo para pasar la escoba —dijo Jane haciendo reír al autobús.

—Afortunadamente tengo tres mujeres que me ayudan.

—¿Y nuestra cabaña? —preguntó Rosie impaciente por llegar. Seguramente para llorar a gusto.

—Está a un kilómetro de la casa.

—Bueno, un kilómetro no es tanto —dijo para sí.

—Era la antigua casa del capataz, pero Lewis se jubiló hace cinco años y desde entonces estaba vacía. Se remodeló por dentro para que tuvierais todas las comodidades y hay cocina con la nevera llena, por si queréis picar algo fuera de las comidas. El desayuno se sirve a las ocho, la comida a las doce y la cena a las seis. Se servirá en la casa del capataz y estoy segura de que quedaréis satisfechos. —Avariella apretó los labios decepcionada. —Así disfrutaréis de vuestra compañía y os conoceréis mejor. En cuanto lleguemos, podéis ir a vuestras habitaciones y en cuanto bajéis estará la comida. Después si alguien quiere dormir la siesta perfecto, pero para los que no os propongo un paseo a caballo para dar una vuelta por el rancho.

—Caballo, caballo —dijo Jane haciéndola asentir vehemente.

—Los que no sepan montar no hay problema. Tengo monturas muy mansas para estas ocasiones.

—Viendo la finca esta tiene de todo. —Avariella le dio otro codazo a Jane que protestó. —Te las voy a devolver, ¿sabes?

—Por la tarde refresca. Llevad ropa de abrigo.

En ese momento vieron la cabaña que era mucho más pequeña que la principal, pero no estaba nada mal. Se parecía mucho. Con bonitas ventanas con flores rosas y un porche lo suficientemente grande para estar todos por la tarde tomando algo en los preciosos bancos de madera que estaban distribuidos por él.

El autobús se detuvo delante y se abrió la puerta. —Ahora os digo cómo están distribuidas las habitaciones. —Marie bajó del autobús con agilidad y Patricia la siguió como un perrito faldero.

—Esta tía empieza a caerme gorda —dijo Jane por lo bajo.

—Y a mí. No se va a separar de Marie en toda la semana, ya verás. —Cogió su abrigo y se lo puso. Menos mal que había metido el plumas en la maleta.

Cuando bajaron, la puerta de la casa se había abierto y un chico muy alto y desgarbado salió sonriendo. Avariella sonrió cogiendo su maleta con ayuda del chófer y el chico se acercó. —¿Te ayudo? Soy Luke.

—Oh, el hijo de Marie.

—El mismo.

—Muchas gracias, eres muy amable.

—Luke, ellas van a la cuatro y a la cinco.

—Vale, mamá. Venid conmigo —dijo cogiendo la maleta de Jane.

—En una hora a comer —anunció Marie.

—¿Trabajas aquí? —preguntó Jane viendo que no tenía ningún problema para llevar su maleta.

—Ayudo a mi madre en las semanas en que la casa está ocupada.

—Eso está muy bien —contestó Avariella.

—Así me gano unos dólares. Ken dice que hay que ser un hombre de provecho.

Sin poder evitarlo sonrió porque le hablara así a su hermano. Demostraba que no le consentía y eso era de buen futuro padre. Entraron en la casa y Jane chilló de la alegría al ver una chimenea de buen tamaño encendida. —Aquí las Navidades tienen que ser geniales.

—Lo son. —Luke fue hasta las escaleras y ellas le siguieron.

—Ken es tu hermano, ¿verdad? —preguntó Avariella como si nada.

—Sí. Es mi hermano mayor.

—Tienes seis hermanos. Es genial crecer en una familia grande.

Luke se encogió de hombros. —Ellos se fueron cuando yo aún era pequeño. Pero me quedó Ken y Brent que son geniales.

Ambas sonrieron viendo lo orgulloso que estaba de ellos. —¿Les conoceremos? —Avariella fulminó con la mirada a Jane, que la miró como si fuera tonta.

—A Brent igual, si viene de uno de sus viajes, pero a Ken no creo. Se ha ido de caza.

Avariella le miró con la boca abierta. —De caza.

—Sí, suele irse unos días al año. —Abrió una puerta. —Esta es la cuatro y esa la cinco.

Ambas metieron la cabeza, pero Avariella estaba tan decepcionada que le daba igual. De repente la semana había perdido parte de su atractivo. —¿No os gusta? —preguntó indeciso.

—Oh, es preciosa con esa cama con dosel —dijo rápidamente diciéndose que era estúpida por dejarse influir de esa manera por una fantasía—. Yo me quedo aquí.

Luke sonrió dejando su maleta al lado de la cama. —Ya has oído a mi madre. En una hora la comida.

—Gracias Luke.

Él cerró la puerta suavemente y escuchó que Jane le preguntaba algo. Seguramente relacionado con el otro hermano. Se sentó en la cama sobre el edredón de patchwork y acarició la tela. Era un trabajo precioso. Suspirando se levantó y fue hasta la ventana apartando las cortinas. Increíblemente cerca había unas montañas que ya tenían nieve. Aquello era realmente el paraíso y ninguna fantasía le iba a robar eso. —Pon los pies en el suelo, Avariella. Estás aquí para disfrutar y si encuentras el amor, mucho mejor. Dales una oportunidad a los chicos y deja de pensar en un tío que ni vas a conocer.

Jane llamó a su puerta media hora después y se puso el jersey yendo a abrir. Su amiga hizo una mueca. —Lo siento.

—Bah, era una tontería. —Cerró la puerta. —Enseguida estoy. Es que me he cambiado los vaqueros para ir a montar con los más viejos que tengo.

—Yo también me he cambiado. —Se sentó en la cama. —¿Estás bien?

—De verdad que sí.

Cogió el cepillo y se lo pasó varias veces por su larga melena. Se lo iba a atar en una coleta, pero Jane le dijo —Déjate el pelo suelto.

—Bueno, ¿y tú cuándo le conoces?

—Pues igual me quedo como tú porque está en Ohio. Tenía negocios que atender y Luke no sabe cuándo va a volver. De hecho, creo que huyen de la casa por nosotras.

Se volvió sorprendida. —¿Qué dices?

—Últimamente siempre tienen algo que hacer cuando llegan los turistas al rancho. Ken se ha ido esta mañana.

—Mierda.

—Sí, a Luke le parecía divertido.

—Marie debe de estar furiosa por Patricia.

—No me da ninguna pena. Le ha hecho una encerrona y supongo que se ha enterado. No

regresará hasta que haya una crisis ovina.

—Bueno, entonces regresamos al plan original.

—De pronto ese plan ya no tiene tanto atractivo. —Jane se dejó caer sobre la cama.

—¿Pues sabes qué? Nos divertiremos sin pensar en hombres.

Jane levantó la cabeza. —Tienes razón. No les necesitamos.

—Y si surge pues muy bien.

—Exacto. Vamos a quemar Montana. Lo haremos todo.

Avariella la miró emocionada. —¿Incluso deportes de riesgo?

—¡Incluso eso! Pasaremos las mejores vacaciones y fuera miedos.

—Pues yo empiezo esta tarde porque no tengo ni idea de montar a caballo. —Se echaron a reír y Jane se levantó abrazándola. —¿Y esto?

—Porque de este viaje ya ha salido algo bueno.

—Tienes razón. No podemos pedir más y eso que es el primer día.

—Vamos abajo. A ver si tienen algo de beber. Tengo la boca seca.

Llegaron abajo y ya estaban los chicos allí. Todos menos Daniel y su mujer. Ellos ya estaban bebiendo unas cervezas y picando unos canapés que había en la mesa de la cocina. —Probar esto —dijo Fred señalando algo que parecía embutido—. Está buenísimo.

—Tengo la sensación de que aquí vamos a engordar —dijo Jane cogiendo un canapé sin pensarlo—. Mmm, está delicioso.

—Es chorizo —dijo Marie entrando con una bandeja enorme—. Lo hacemos aquí.

Ben se acercó de inmediato a cogérsela como todo un caballero y Avariella sonrió. Luke entró detrás con otras dos, dejándolas en la mesa del comedor que ya estaba preparada para diez. Patricia bajó los escalones encantada de la vida. Las amigas se miraron. —Ésta aún no lo sabe —dijo Jane divertida.

Marie al verla la miró con pena y Jane rio por lo bajo. —Ahí vaaa.

—Qué mala eres.

Su anfitriona la cogió de las manos llevándola ante la chimenea y habló con ella por lo bajo. La cara de sorpresa de Patricia fue evidente y Marie la estuvo consolando un rato.

—Sentaros cuando queráis —dijo Luke señalando la mesa—. Hoy comemos cordero.

—En un rancho ovino no iba a ser menos —dijo Ben divertido apartándole la silla a Avariella que se sentó sonriendo.

—Gracias.

—De nada. —Se sentó a su lado y Jane levantó una ceja al ver que Gad hacía lo mismo con ella.

Luke frunció el ceño. —Faltan dos.

—Bajarán cuando ella se lo permita —dijo Ben irónico.

—Venga ya. No seas malo.

—No la conoces. Es lo más parecido a una arpía que he conocido nunca. Nos va a joder las vacaciones.

—Yo no la conozco, pero por la cara que puso en el autobús creo que está desesperada por recuperarle.

—Exacto.

Le miró con sus preciosos ojos negros. —¿No crees que hay que intentarlo todo lo que se pueda?

—Cuando un jarrón está roto, por mucho que lo pegues nunca quedará igual.

Avariella miró al frente donde Fred asentía. Luke que no se enteraba de nada se sentó a su lado. —En las jarras hay agua. ¿Vosotras queréis beber otra cosa?

—Está genial, gracias.

Patricia se sentó con desgana al lado de Luke mientras Marie se sentaba a la cabecera. Se notaba que estaba disgustada y eso la molestó un poco. Ken se había ganado una buena bronca. ¡Sobre todo por perder la oportunidad de conocerla a ella! Le tiraría de las orejas si pudiera.

—Huele maravillosamente —dijo Avariella intentando que sonriera y lo consiguió.

—Gracias. Lo han preparado los hombres asándolo sobre las brasas a la manera tradicional.

—Me hubiera gustado verlo.

—Lo verás en las fiestas —dijo Marie distraída antes de enderezar la espalda y sonreír—. Claro, las fiestas. Se me olvidaban...

—¿Qué se te olvidaba? —preguntó Patricia.

—Que mis hijos siempre participan en las fiestas. —Pareció aliviada.

—¿De verdad? —preguntaron las tres sonriendo de oreja a oreja. Marie las miró confundida y Avariella añadió a toda prisa—. ¿En un rodeo o algo así?

Marie se echó a reír negando con la cabeza. —No, en el concurso de esquilado.

Las chicas se miraron. —Concurso de esquilado, ¿y eso cuándo es?

—El sábado. —Marie sonrió a Patricia. —El sábado estará aquí.

—¿El sábado? Quedarán dos días para irme.

—Igual llega antes. No te preocupes. Y si te tienes que quedar más, te quedas. Vaya si te quedas. —Pinchó un trozo de cordero como si lo estuviera matando, demostrando que ella no se iba a dar por vencida. Luke soltó una risita y divertido miró a Avariella a los ojos.

La pareja bajó a comer y por sus caras era evidente que la cosa no iba nada bien. Rosie tenía los ojos rojos de haber llorado y él tenía un cabreo de primera.

Decidieron no hacer comentarios al respecto y hablaron de cómo era la vida por allí.

La comida estaba deliciosa y Avariella no se privó de nada. Ni de la tarta de nuez que les sirvieron de postre.

—Está todo buenísimo —dijo con la boca llena haciendo reír a la mesa.

—Una mujer con apetito —dijo Ben en su oído poniéndola como un tomate—. Habrá que quemar todo eso, ¿no crees?

Tragó lo más rápido que pudo. —Claro. Vamos a montar a caballo.

—Estoy deseando comprobar tu estilo.

Asombrada miró a Jane que retenía la risa y Marie se levantó. —Bueno, quien quiera venir a montar a caballo, nos vamos.

Se levantaron todos menos Rosie, que se quedó en su sitio mirando fijamente su vaso. Avariella apretó los labios y dejó que todos salieran. Se acercó a ella. —¿No vienes?

—No tengo ganas de hacer el idiota. Ya lo he hecho bastante.

Se sentó a su lado. —Tú no has hecho nada malo.

La miró sorprendida. —No me conoces.

—Tienes toda la razón. No te conozco de nada, pero alguien que se apunta a este viaje, incluso pensando en que su marido está buscando a otra, tiene que ser muy valiente y lucha por lo que quiere.

—Le da igual. Ya no sé qué hacer —susurró desmoralizada—. Me acaba de decir que va a pedir el divorcio después de esto.

Avariella entrecerró los ojos. Vaya con Daniel. Menuda mala leche decírselo allí donde no tenía en quien apoyarse. —¿Sabes qué? Has venido hasta aquí y te vas a divertir. Como dijiste, te has gastado una pasta y si ese no quiere nada contigo, seguro que hay algún vaquero por ahí al que se le caerá la baba por ti porque eres preciosa.

—¿Tú crees?

—Vamos, no dejes que un capullo que no quiere estar contigo te fastidie las vacaciones. Sé que es duro, pero demuéstrole que contigo no puede nadie. ¿Dónde está la chica dura que casi ni nos miró en el aeropuerto?

Sonrió irónica. —Se quedó en los Estados Unidos aterrada por la reacción de su marido.

—Pues ahora eso ya es agua pasada. Ven a reírte de mí que no he montado a caballo en mi vida. Va a ser un espectáculo, te lo garantizo.

Rosie sonrió. —¿De veras?

—De veras. Venga, ignórale y ya verás cómo le fastidia. No hay mayor desprecio que no hacer aprecio.

Eso pareció gustarle porque se levantó siguiéndola hasta afuera. Avariella parpadeó al ver que ya estaban todos montados en caballos enormes. —Madre mía, son muy grandes, ¿no?

—No.

—¡Vamos Avariella! ¡Éste es para ti! —gritó Jane mostrándole uno negro precioso que tenía pinta de tener carácter. Perdió algo de color en la cara y su amiga se echó a reír—. ¡Vamos!

—Ay, madre. ¿Ese caballo no es demasiado para mí? ¿No tenéis otra cosa? ¿Un pony?

Todos rieron y Rosie la cogió por el brazo yendo hacia sus monturas.

Marie aún riendo negó con la cabeza. —Pony no tengo, pero tengo un asno. No te lo recomiendo. No le gusta que le monten.

—Avariella, ¿quieres venir conmigo? —preguntó Ben guiñándole un ojo.

—Ni se te ocurra —dijo Rosie por lo bajo—. Es un buitre.

—Estupendo. Jane, ¿tengo seguro de viaje?

Entre risas Jane asintió. —Estás cubierta, tranquila.

—Es un alivio.

—Pon el pie en el estribo —dijo Rosie señalándoselo—. E impúlsate.

—Es muy bueno, Avariella. No tengas miedo —dijo Marie confiada.

Ella no lo estaba tanto. Se agarró en la silla y puso el pie donde le decían impulsándose hacia arriba. Le costó, pero al final puso la otra pierna al otro lado sonriendo encantada. —¡Lo conseguí!

—Perfecto. —Rosie se subió a la yegua castaña que estaba al lado y cogió las riendas con confianza, lo que demostraba que lo había hecho mucho. —Ahora endereza la espalda y coge las riendas.

—Eres toda una amazona —dijo Marie dándole ánimos—. Coge las riendas y dale un toquecito en el vientre con los talones.

Lo hizo y todos aplaudieron cuando el caballo dio un par de pasos. Se echó a reír dispuesta a disfrutar y siguió al grupo. En realidad el caballo lo hacía casi todo siguiendo a los demás.

—¿Qué tal? —preguntó Marie colocándose a su lado—. Lo haces muy bien.

—Es mentira, pero gracias.

—Al final de la semana serás toda una vaquera. —Fueron en dirección hacia las montañas. —¿En qué trabajas?

—Soy una especie de auxiliar de dentista. Hago de todo. Desde encargarme de las citas hasta asistir al jefe cuando lo necesita en consulta.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Lo odio. Quería ser artista e hice bellas artes, pero no conseguía trabajo y no vendía un cuadro, así que si no quería ser una indigente tenía que pedir trabajo en otro sector.

—Vaya, menuda mala suerte.

—Es que me pilló la crisis y no se contrataba a nadie en ese momento.

—Por aquí se aprecia mucho a los artistas. Hay varios. Si tenemos tiempo te los presentaré.

—Gracias. Me encantaría, de verdad. Me he fijado en los troncos tallados de la entrada del rancho y me han parecido asombrosos.

—Pues tienen más de cien años. Pero por aquí hay algunos que se dedican a tallar que son

muy valorados.

—No me extraña si hacen algo así. En Nueva York se los rifarían.

—¿Y eres buena?

Sonrió encogiéndose de hombros. —Creía que sí. Cuando terminé la carrera me creía la siguiente Van Gogh y por poco acabo como él. Pero sigo pintando y yendo a galerías por si suena la campana y puedo pegarle un corte de manga a mi jefe.

Marie se echó a reír. —Haces muy bien. ¿Tienes hermanos, padres?

—Sí, tengo de todo. Y abuelos por ambas partes. —Marie la miró sorprendida. —Sí, y viven los cuatro en Florida. No sé qué tiene, pero les encanta jugar al bingo. —Marie se partía escuchándola. —Tengo tres hermanas. Dieciséis primos y a mis padres por supuesto.

—Una familia unida por lo que veo.

—Las barbacoas son la envidia del barrio. Mis sobrinos son pequeños y están para comérselos.

—Ah, que están casadas.

—Sí, las tres. Soy el desastre de la familia.

—Qué va. Seguro que exageras.

—No, hablo en serio. Ellas trabajan de lo que estudiaron, se casaron y han tenido hijos enseguida. Parece que a mí siempre tiene que ponerse todo más difícil.

Jane que lo había escuchado todo apretó los labios. —Pero al final lo conseguirás. Ya verás como sí.

Marie miró a Jane a los ojos y cambió de tema. —¿Y tú, Jane? ¿Tienes hermanos?

—Dos. Y gemelos. Les quiero con locura. Y chicas, están solteros.

—¡Cómo no lo dijiste primero! —Todos se echaron a reír haciendo que Avariella se sonrojara por su exabrupto. Se puso como un tomate y carraspeó. —Quiero decir... Eso se avisa, guapa.

—Cuando regresemos te los presento.

—Al parecer ya os han descartado, amigos —dijo Daniel divertido.

—Vosotros venís a la aventura —dijo Jane sin cortarse—. Y nosotras buscamos un marido. Las cosas claras desde el principio que así no hay malentendidos.

—Para lo que sirve un marido...

Daniel miró a Rosie perdiendo la sonrisa. —A ti para poco, eso ya lo sabemos.

—No, yo no lo sabía —dijo Jane—. Pero tampoco me interesa, chicos. Pasémoslo bien.

—Mirad, allí están las instalaciones del rancho. —Marie señaló unos tejados.

—¿Tan lejos de la casa?

—Hace años estaban más cerca, pero al aumentar la explotación mi marido decidió alejarlos con una carretera independiente para los traslados.

—Claro, es lógico —dijo Ben como si entendiera del asunto—. ¿Vendéis internacionalmente? Porque yo conozco a mucha gente...

—Eso deberías hablarlo con mi hijo Brent, que es el que lleva esa parte del negocio.

Rosie sonrió por el corte y Avariella no pudo evitar corresponderla. Cuando se acercaron, vieron toda la actividad que había allí.

—¿Para qué son esos camiones?

—Están preparando un traslado. ¿Queréis ayudar?

Todos se animaron y bajaron del caballo. Ben la ayudó a ella y cuando se volvió le dio un azote en el trasero. Con los ojos como platos de la sorpresa vio como la adelantaba para unirse a los chicos. —Éste se toma muchas confianzas —dijo Marie tras ella molesta—. ¿Quieres que hable con él?

—No, no quiero problemas. Seguro que lo ha hecho sin pensar.

—Si estuviera aquí mi hijo Ken, seguro que le hubiera puesto en su sitio. Es muy serio para sus cosas.

—Pero yo no soy cosa suya.

—Estás en sus tierras. Claro que eres su responsabilidad.

—Luke le ha dicho a Jane que se ha ido a cazar.

Marie gruñó. —Lo ha hecho porque no quiere a nadie en sus tierras. La chica que se la pegó con el quad, le tocó bastante las narices. Si llego a saber que se iba a ir, no le hubiera dicho a Patricia que viniera. —Vio como hablaba con Gad y parecía que se llevaban bien. —Menos mal que no se ha molestado. Eso me pasa por hacer sorpresas.

Se echó a reír. —La sorpresa te la has llevado tú.

—Y tanto. Pero Ken es así. Es el más independiente de mis hijos. ¡Eh! ¡Nada de tocar las vallas y menos abrirlas!

Corrió hacia el grupo que miraban unos corderitos monísimos y ella la siguió mirando a su alrededor. Respiró hondo. Que aire tan puro. Tenía que haber cogido la cazadora. Miró a los demás y vio que ellos tampoco llevaban. Con su prisa por salir de la casa se les había olvidado. Le daba la sensación de que la excursión no duraría mucho. Miró el cielo. Había unas nubes que amenazaban tormenta. Jane cogió un corderito que le dio Marie y gritó—¡Qué alguien me saque una foto!

Se entretuvieron un rato y rieron viendo como los hombres ayudaban a dos peones de la finca a meter cien ovejas en uno de los camiones. Se les daba fatal. Cuando les mostraron las instalaciones, salieron a un cercado donde había ocho ovejas amarradas a unos soportes. Luke sonrió malicioso.

—Bien —dijo Marie dando una palmada—. Éste es el primer reto. Ordeñar a las ovejas. El que más leche consiga en cinco minutos, tendrá una sorpresa esta noche.

Rosie se echó a reír. —¿Es una broma? No he ordeñado en la vida.

—Preparados... —Los chicos se pusieron en posición demostrando que eran muy competitivos. —¡Listos, ya!

Avariella corrió hasta la oveja más lejana y se sentó en un taburete viendo el cubito que tenía preparado. Lo colocó debajo y cogió las tetillas de la pobre oveja. Tiró de la tetilla y para su sorpresa salió leche. Repitió el movimiento y lo difícil era que cayera dentro del cubo.

—¡Un minuto! —gritó Luke. Ella levantó la vista para ver que sus compañeros se quejaban. Jane levantó el cubo dándole la vuelta para demostrar que no tenía nada. ¡Podía ganar! Estrujó las tetillas más deprisa y dijo por lo bajo —Perdona, pero no te hago daño, ¿verdad? Sino no estarías tan quietecita.

—¡Tiempo!

Se levantó cogiendo su cubo y Marie abrió los ojos asombrada por la cantidad de leche que tenía. —¡Tenemos una ganadora!

—¿Qué he ganado? ¿Qué he ganado? —preguntó emocionada.

—Lo verás esta noche. —Le guiñó un ojo. —Lo has hecho genial. ¿No te decía que al final de la semana serías vaquera?

—Suerte del principiante —dijo Luke malicioso.

—¿Tú lo harías mejor?

—Por supuesto —respondió ofendido.

—Te creo. —Todos se echaron a reír.

—¿Qué os parece si ahora vamos a ver un riachuelo que hay por aquí? Hay grutas por toda la montaña y es un paraje precioso.

—Genial. ¿Se puede hacer espeleología? —preguntó Gad emocionado.

—Hablaré con Charles sobre eso. Yo no he entrado nunca, pero él sabe de esas cosas.

Fueron hacia los caballos y en ese momento cayó una gota de agua, pero nadie le hizo ni caso. Siguieron hacia el este y llegaron hasta lo que Marie llamaba riachuelo. Para ella era un río con todas las letras. Había que cruzar el río para ver las grutas y a los más experimentados no les costó pasar. Rosie la ayudó a cruzar sujetándole las riendas. —Gracias.

—¡Las grutas están allí! —dijo Marie señalando unos riscos.

—Esto no me parece buena idea. —Rosie levantó el rostro. —Está empezando a llover con fuerza y estos pueden ponerse muy pesados.

—Marie tiene experiencia. Además, Luke está tan normal.

Era cierto. El chico estaba en su salsa hablando con todos y ahora sonreía hablando con Fred como si no hubiera ningún problema. Rosie asintió sonriendo. —De formación profesional.

—¿De verdad? ¿En qué trabajas?

—Controlo riesgos en una aseguradora. —Agachó la mirada como si eso fuera un

problema.

—Deduzco que no solo controlas en el trabajo.

—Otra de las quejas de mi marido. Siempre quiero saber lo que hace, con quién y cómo.

—Eso puede ser asfixiante —susurró mirándola de reojo.

—Sí, eso está claro. Ahora puede respirar todo lo que quiera. —Hizo una mueca. —Es que antes no era así, ¿sabes?

—¿Y cómo era?

—Le gustaba estar conmigo y mi forma de ser. Yo no he cambiado. El que ha cambiado es él.

Escucharon un silbido y todos volvieron la cabeza hacia la montaña. Luke azuzó su caballo hacia allí alejándose del grupo y Jane preguntó —¿Quién es?

—Mi hijo Kenneth —dijo Marie maliciosa—. Acerquémonos a saludarle.

Miró encantada a Jane que la animó. Todos apuraron a sus caballos y ella no sabía cómo hacerlo, así que se quedó la última. En un intento desesperado hincó los talones con fuerza y el caballo salió disparado. Gritó saltando sobre la silla con las piernas abiertas en una situación que no controlaba en absoluto. Les adelantó antes de que se dieran cuenta y Marie gritó lanzándose a galope. Ni vio llegar al caballo que se le puso al lado cogiendo sus riendas y tirando de ellas con fuerza. Solo vio la mano y con la respiración agitada giró la cabeza para ver a un hombre que tenía barba y el cabello largo con una camisa de franela muy gastada y manchada de sangre. Pero su corazón saltó al mirar sus ojos verdes y creyó que el mundo se detenía justo en ese momento quedándose sin aliento.

Todos les rodearon, pero ella no dejaba de mirarle. —¿Estás bien? —preguntó él con voz grave.

—Dios, vaya susto —dijo Marie—. Lo siento Avariella, tenía que haber estado más atenta. Nunca había montado, Ken.

—Ahora lo entiendo todo —dijo molesto alejando su caballo de ella—. Madre, tengo que irme.

—Pero mira quién ha venido.

Patricia sonrió de oreja a oreja. —Hola Ken.

Le escuchó gruñir por lo bajo. —Patricia... Espero que lo pases bien estos días. Madre, vuelvo el viernes.

Luke rió sin ningún disimulo al ver que Patricia perdía la sonrisa de golpe como si no se lo esperara. —¿Quieres que me lleve las piezas?

—Dile a Mike que venga a por ellas con la camioneta. Las he dejado donde siempre.

—Hijo, ¿no puedes dejarlo para la semana que viene?

—No creo, madre. Además la semana que viene nevará. Eso si no nieva antes. —Miró el

cielo. —Dejará de llover enseguida y enfriará.

—¿Nevar antes? —preguntó Fred mirando al cielo—. No fastidie hombre, que nos estropea las vacaciones.

Le miró como si fuera idiota antes de irse sin dar más explicaciones. Su caballo desapareció entre los árboles colina arriba. Todavía en shock miró a Jane. —¿Qué hago? —preguntó desesperada.

—Tía no se parece nada al de la foto. ¿Estás segura? —Asintió y preocupada por no verle de nuevo hasta el viernes miró hacia donde había desaparecido. —Tenemos que volver —dijo su amiga.

Marie se acercó después de que Luke saliera a galope, seguramente para avisar al que tenía que ir a recoger las piezas. —¿Cómo estás? ¿Se te ha pasado el susto?

—Sí. Me encuentro mejor, gracias.

—Llueve un poco más, así que es mejor que regresemos. En la cabaña hay juegos y quien quiera puede ir al pueblo en el quad.

—¿Caza mucho tu hijo? —preguntó Jane.

—Cuando se va de caza me llena el congelador —dijo divertida—. Siempre deja las piezas en un sitio y allí se las recogen todos los días. —Señaló un lugar cerca de unas rocas. —Allí hay un arcón de caza.

Jane levantó las cejas antes de sonreír. —¿Regresamos? Creo que Avariella se está quedando fría.

—Oh, sí. Acordaros de salir siempre con algo de abrigo. En esta época se necesita.

Se aseguraron de que iniciaba su camino sin más sobresaltos y Marie no le quitó ojo hasta llegar a casa. Preocupada se acercó a ella al estar tan callada. —Te has llevado un buen susto, ¿verdad? No debes preocuparte. No tienes que montar más si no quieres.

—Oh, no. Me ha encantado el paseo y no me ha pasado nada. —Forzó una sonrisa. —Estoy aquí para tener experiencias nuevas. Y ésta ha sido genial.

—¿Seguro? Estás un poco pálida.

—Seguro, no te preocupes más por mí.

Jane se puso a su lado y le preguntó —¿Vamos al pueblo?

—Bah, está lloviendo —dijo Ben como si le hubiera preguntado a él—. ¿Qué os parece una partida al Scrabble?

—Me apunto —dijo Rosie sorprendiéndoles a todos—. ¿Qué? Se me da genial. No tenéis nada que hacer contra mí.

—Eso es cierto. —La apoyó su marido a su lado. —Es un hacha en ese juego.

—Bueno, bueno... veo que os estáis picando, así que me voy a ver cómo va la cena.

—¿Quieres jugar? —preguntó Jane sin ninguna gana.

—No me apetece. Vamos al pueblo. —Vio como Marie se subía de nuevo a su caballo. —
¡Estaremos aquí para la cena!

—Y para el premio. —Le guiñó un ojo a Avariella. —No creas que se me ha olvidado.
Tenéis los quad en la parte de atrás.

—Gracias, Marie.

—¡Abrigaros! ¡No quiero que os pongáis enfermas!

—Vamos a por las cazadoras.

Corrieron al piso de arriba y cogió su plumas. Al salir de la habitación se encontró con Jane
ya con su plumas rojo que la cogió del brazo metiéndola dentro de la habitación de nuevo. —¿No
nos vamos?

—Claro que sí. Pero no vamos al pueblo.

Entrecerró los ojos confundida. —¿Ah, no? ¿Y a dónde quieres ir?

—A buscar su refugio.

—¿Estás loca? ¡Está en el monte! ¡Podemos perdernos y morir de frío por la noche! ¡No
pienso ir! —Se apartó enfadada consigo misma porque lo estaba deseando, pero debía ser cauta.
Estaban en una zona que no conocían y no podían dejarse llevar por las locuras que se le ocurrían
a Jane.

—No fastidies. ¡Tienes cara de mustia desde que se metió en el bosque! ¿No vinimos a
seguir una ilusión? ¡Pues tu ilusión esta ahora mismo en el bosque pegando tiros!

—Otra razón para no ir. ¿Y si nos mata?

—Creo que es lo suficientemente experimentado para distinguirse de un oso o lo que cace.

—¿Hay osos? —preguntó con voz chillona—. Uy, qué frío tengo. Yo me quedo en casa.

—¡No!

—¡Sí! ¡No pienso arriesgar la vida por un tío que no conozco y que no quiere conocerme!
Además, no llegaríamos para la cena y Marie se preocuparía.

Jane entrecerró los ojos. —Tienes razón. Mejor hacerlo por la mañana. En cuanto nos
levantemos, pasamos de las actividades del día y decimos que nos vamos al pueblo. Tenemos
todo el día para buscarle. Hay comida y bebida en la nevera. ¡Cogemos lo que necesitamos y nos
vamos de excursión!

—¿Tú crees?

Su amiga asintió emocionada. —¡Esto sí que será una aventura! Venga, vamos al pueblo a
tomar una cerveza. Paso de jugar con esos.

—Eso es porque tú ya tienes a Brent entre ceja y ceja.

—Qué va.

Se echó a reír al ver que se sonrojaba. —Sí, claro.

Capítulo 4

Disfrutaron del paseo hasta el pueblo porque ninguna había montado en quad y era divertido. Después de aparcar, caminaron por las calles principales y entraron en algunas tiendas. Compraron algunos souvenirs y dos camisetas iguales que decían: “Sobreviví a Montana”. Estaban riendo mientras salían de la tienda con las bolsas en la mano cuando casi se chocan con alguien que entraba en ese momento.

—Perdón señoritas —dijo el hombre levantándose ligeramente el sombrero.

Jane se quedó con la boca abierta al ver el tipo que saludaba a la dueña con familiaridad mientras Avariella desenvolvía un enorme caramelo que se acababa de comprar.

—¡Tenemos que entrar otra vez! —dijo Jane muy nerviosa.

—¿No me digas que te vas a comprar esas botas rojas? A mí me gustan, pero no sé si en Nueva York...

—¡Era Brent!

Asombrada se acercó al escaparate de nuevo pegando casi la nariz contra el cristal para ver que su amiga tenía razón. Llevaba unos vaqueros y un grueso jersey beige, pero era él sin duda porque estaba igual que en la foto, al contrario que su hermano que parecía que acababa de salir de chirona. —¡Está en el pueblo!

—¡Uy, estos hermanos son realmente rebeldes! Hay que hablar con Marie muy seriamente. —Jane la cogió por la muñeca y la metió de nuevo en la tienda.

Disimuladamente se acercaron a un perchero lleno de sombreros y miraron una por cada lado a Brent que ojeaba unas revistas. La anciana de detrás del mostrador sonrió observándolas y dijo —Esas son nuevas, hijo. Llegaron ayer.

—Vete a hablar con él —susurró a su amiga que le comía con los ojos.

—Shusss.

—Chicas, ¿queréis algo más?

Se volvieron de golpe para ver a la ancianita que apenas les llegaba al pecho mirándolas con los brazos cruzados. —Mujer, ayúdeme un poco —siseó Jane.

—Marla me llevo éstas —dijo él acercándose al mostrador.

Jane cogió un sombrero horrible y se acercó al mostrador poniéndose a su lado. —¡Y yo me llevo esto!

Él la miró levantando una ceja rubia antes de mirar el sombrero. Jane se sonrojó al ver un sombrero con unos cuernos de arce de plástico que debía ser para Halloween. Soltó una risita. —

Es que tengo un tío muy bromista y esto seguro que le encanta.

—Me alegro por ti. —Sacó veinte dólares del bolsillo trasero del pantalón tendiéndoselos a la mujer.

—¿No os conocéis? —preguntó la dependienta casi haciendo que Jane le besara los pies del agradecimiento.

—No, ¿debería? —Miró a Jane y a Avariella que estaba tras ella con una sonrisa de oreja a oreja. —No me sonáis de nada.

—Están en tu rancho. Son turistas de tu madre, Brent.

Él puso una cara que parecía que tenía indigestión. —Bueno, pues...

—Me llamo Jane —dijo extendiendo la mano—. Y ella es Avariella. Tu madre nos ha hablado de ti. Eres Brent, ¿verdad?

—Sí, soy Brent y ahora me tengo que ir. Espero que disfrutéis de la visita. —Se volvió con intención de largarse lo más rápido posible.

—¿No estabas en Ohio? —Se detuvo en seco volviéndose y Jane sonrió maliciosa cuando clavó sus ojos azules en ella. —¿Sabe tu madre que estás haciendo pellas? Mira que si se entera de que huís de la casa por esos turistas tan molestos...

—Muy graciosa. —Se cruzó de brazos. —¿Qué quieres por no decírselo a mi madre?

—Una cita —dijo como si nada haciendo reír a Marla que no se cortó.

Avariella vio fascinada como la miraba de arriba abajo y gruñía. Estaba claro que no le disgustaba lo que veía. —¿Una cita?

Jane sonrió. —Solo necesito una. Seré buena, te lo prometo.

—Mañana aquí a las seis —dijo él saliendo de la tienda gruñendo de nuevo.

—Increíble —dijeron Marla y Avariella a la vez.

Su amiga dio saltitos de la alegría. —¡Voy a salir con él! Todavía no me lo creo.

—Ni yo, te lo aseguro —dijo Marla apoyando los codos sobre el mostrador—. Esto sí que no me lo esperaba.

—¿Dónde duerme? —preguntó Jane guiñándole un ojo.

—Oh, tienen una casita aquí que usan cuando van de fiesta o quieren llevar a una chica. Pero que yo sepa nunca ha salido con una turista más allá de... —Carraspeó enderezándose. —Bueno, no sé si me entendéis.

—Éste quiere llevarte a la cama —dijo Avariella haciendo que Marla asintiera.

—Pues entonces tendré que hacerle ver que soy la mujer de su vida. —Abrazó a Avariella emocionada. —¡Voy a salir con él!

—¿Te llevas el sombrero? —preguntó Marla divertida.

Entrecerró los ojos mirando a aquella cosa horrible. —Estás deseando deshacerte de él, ¿verdad?

La mujer se echó a reír. —No sabes cuánto.

—Si me lo envuelves para regalo y me dices donde tiene la casita Brent, me lo llevo encantada.

—Hecho.

Mientras su amiga pagaba, Avariella se mordió el labio inferior pensando que ella jamás se comportaría así con un hombre. ¡Se iba a quedar soltera el resto de su vida!

Con el enorme paquete en la mano salieron de la tienda. Jane le tendió las bolsas quedándose con el sombrero. —¿Crees que podrás regresar sola al rancho?

No se lo podía creer. —¿Vas a ir a su casa?

—Claro, a llevarle su regalo. —Le guiñó un ojo. —Tenemos pocos días y no puedo perder el tiempo.

—¡Te vas a acostar con él! —preguntó a voz en grito.

—Shusss, pareces mi madre.

—Perdona, es que... —Desvió la mirada diciéndose que era una egoísta por sentir envidia de su amiga. Debía apoyarla. —No te preocupes. —Forzó una sonrisa. —Volveré al rancho. Supongo que no irás a cenar.

—Diles que me he encontrado en el pueblo con un amigo de la universidad y que me he quedado a cenar con él.

—Vale.

—Seguro que estás bien para volver, ¿verdad?

—¡Claro! —dijo sintiéndose fatal por fastidiarle el momento—. Vete a por tu hombre.

Su amiga soltó una risita ilusionada. —Deséame suerte.

—Suerte.

Observó como Jane se alejaba calle abajo como le había indicado Marla y suspiró antes de volverse. Empezaba a oscurecer, así que lo mejor era irse cuanto antes.

Comiendo el caramelo volvía al rancho cuando empezó a nevar. Era lo que le faltaba y sin saber cómo se debió despistar, porque cuando pensaba que iba por el camino correcto, se encontró con las construcciones de la explotación viendo un par de camiones al fondo. Abrió la boca asombrada cayéndose el caramelo de la boca. —¡Mierda! —Miró a su derecha por si podía ir campo a través, pero temía perderse. Dio la vuelta al quad y apenas había recorrido unos kilómetros cuando el vehículo empezó a ir más despacio, aunque aceleraba. Terminó por detenerse y juró por lo bajo. ¿Y ahora qué rayos pasaba? Intentó encenderlo de nuevo una y otra vez, pero nada. Lo empujó hasta un lado del camino. ¿Se habría quedado sin gasolina? Tendría que haberlo comprobado antes de salir del rancho, pero ni se fijaron en eso. Mordiéndose el labio

inferior cogió las bolsas que tenía colgadas del manillar y se volvió para ir a pedir ayuda en la explotación. Seguro que allí había alguien de guardia o trabajando. Hacía un frío que pelaba y el aire le azotaba en la cara demostrándole que aquello era una buena nevada. Al parecer Ken tenía razón. Miró a su izquierda viendo los árboles y se puso nerviosa porque temía que saliera algún animal en cualquier momento. Inconscientemente aceleró el ritmo y antes de darse cuenta corría hacia la explotación, resbalándose antes de llegar cayendo al suelo. Gimió colocando las manos sobre la nieve y se incorporó sentándose. Hizo un gesto de dolor al ver que tenía una herida en la rodilla y que su pantalón estaba roto.

—Estupendo, Avariella. —Miró hacia la explotación que estaba como a cien metros y gritó —¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Se levantó y recogió las bolsas que ya estaban hechas unos zorros. Caminó cojeando hacia allí cuando escuchó un gruñido. Se detuvo en seco y entonces vio que al otro lado de la valla que rodeaba el perímetro había un perro, y otro se unió a él observándola. —¡Hola! —gritó de nuevo empezando a tener miedo de verdad—. ¿Hay alguien ahí? ¡Necesito ayuda!

Solo se escucharon los gruñidos de los perros, que nerviosos empezaron a andar de un lado a otro antes de ponerse a ladrar. En ese momento llegó otro perro y Avariella dio un paso atrás al ver que se tiraba a la verja. Miró a su alrededor buscando donde esconderse o hacia donde correr, pero allí no había nada. Campo a través la cogerían. Cuando uno de los perros metió la cabeza por debajo de la valla arrastrando la tierra hacia atrás para hacer un agujero ni se lo pensó y corrió hacia el bosque. Miró hacia tras viendo que uno de ellos ya tenía medio cuerpo fuera y gritó asustada olvidándose que le dolía la pierna solo buscando donde esconderse. Llegó al río y se tiró a él nadando al otro lado ignorando el agua helada. Un gruñido la detuvo cuando iba a levantarse para seguir corriendo y se volvió para ver a uno de los perros mostrando sus dientes al otro lado del río. Se arrastró sobre la hierba hacia atrás y vio las rocas. ¡El contenedor de la carne! El perro gruñó de nuevo tirándose al río y Avariella corrió hacia las rocas muerta de miedo. Al rodearlas vio el contenedor y sin pensarlo se metió dentro casi tirándose en su interior. La tapa se cerró de golpe y se echó a llorar del alivio cuando escuchó el gruñido del perro fuera. Temblando de frío y miedo cerró los ojos. Queriendo abrazarse, su mano temblorosa chocó con algo en la oscuridad y gritó de miedo al notar una piel y algo pringoso que sospechó que debía ser sangre. Sin poder evitarlo gritó una y otra vez sabiendo que no la escuchaba nadie antes de desmayarse.

Entre una neblina vio que una luz la iluminaba y que alguien la cogía en brazos. Su cabeza cayó hacia atrás y la oscuridad volvió de nuevo. La nieve caía en su cara y abrió los ojos sintiendo que se movía. Asustada se dio cuenta de que estaba en brazos de un hombre y gritó. Él la pegó a su cuerpo evitando que se le cayera y Avariella pudo sentir el roce de su barba en su mejilla. Eso la detuvo. —¿Ken? —preguntó sin pensar.

—Enseguida llegamos. Entrarás en calor.

Cuando se dio cuenta de que estaba a salvo lloriqueó sobre su hombro. Se escucharon pasos sobre madera y levantó la vista para ver que estaban ante una puerta. —Abre la puerta, Avariella.

Alargó la mano temblorosa y giró un tope de madera. La puerta se abrió con un crujido iluminándolos la luz del fuego que había en su interior. Él no perdió el tiempo. La dejó ante la chimenea en una vieja mecedora y fue a cerrar la puerta. Temblando miró hacia él con miedo a que la dejara sola, pero regresó a su lado arrodillándose ante ella y le empezó a desatar las botas. El calor del fuego la estremeció con fuerza y él levantó la vista quitándole una bota con cuidado. —¿Te han mordido? —susurró como si no quisiera asustarla.

Sus ojos negros se llenaron de lágrimas negando con la cabeza. Él apretó los labios quitándole la otra bota. —¿Estás herida?

—No —dijo con la voz ronca de tanto gritar.

—Debes entrar en calor, Avariella. Voy a quitarte la ropa. —Lentamente le quitó los calcetines y muy despacio llevó sus manos hasta la cremallera de su plumas y la bajó sin que ella opusiera resistencia. Se la quitó con cuidado revisando que no tuviera heridas y sus manos fueron hasta el bajo de su jersey haciendo que levantara los brazos. No sintió vergüenza porque viera el sujetador rosa que llevaba. Él tiró el jersey al suelo al lado de la cazadora y sorprendida miró la sangre. —Es del arcón. Había sangre en su interior y te ha manchado la ropa. —Avariella le miró a los ojos y una lágrima cayó por su mejilla. —Sé que has pasado miedo, pero ahora lo importante es que entres en calor. Cuanto antes mejor. ¿Me entiendes?

Asintió llevándose las manos al cierre del pantalón, pero le temblaban tanto que Ken las apartó con cuidado haciéndolo él. Se incorporó cogiéndola por la cintura y la levantó con un brazo tirando de los pantalones y las braguitas, dejándola desnuda de cintura para abajo y sentándola de nuevo. Tiró los pantalones al suelo y metió las manos entre sus brazos para abrir su sujetador.

—Me perdí —susurró mirando el fuego.

Él asintió cogiendo una manta que había al lado y rodeándola con ella con una delicadeza que la emocionó, antes de cogerla en brazos y llevarla hasta una cama tumbándola en ella para taparla con otra manta.

—Me buscarán. Lo siento.

—No debes preocuparte por eso. Llamaré por radio para decir que estás aquí.

Le vio alejarse hasta una radio que estaba sobre una mesa y cerró los ojos abrazándose a sí misma sin escuchar lo que decía. Los escalofríos eran horribles y le castañearon los dientes sin darse cuenta sintiendo miles de agujas en sus pies. Ken regresó a su lado y abrió un pequeño armario. Se acercó a ella con algo en la mano y pudo ver que era un jersey y unos calcetines. —Enseguida entrarás en calor. —Apartó las mantas de los pies y se los masajéó haciéndola gemir

de dolor antes de ponerle los calcetines. Se sentó a su lado y apartó las mantas mostrando sus pechos. Ella le miró viendo como abría el jersey sin mirarla demasiado. La ayudó a incorporarse y le puso el jersey como si fuera una niña, antes de cubrirla de nuevo con las mantas. Ella sonrió.
—Gracias.

—No tienes que darlas —dijo con la voz ronca—. Has tenido una suerte enorme, ¿sabes? Si no hubiera estado cortando leña, no te hubiera oído y habrías muerto en ese contenedor.

—Pues yo me alegro de haberlo encontrado, porque lo que me esperaba era mucho peor.

Ken apretó los labios. —Turistas.

No podía replicarle porque tenía razón. Todo lo que había pasado era culpa suya. Avariella sonrió sorprendiéndole. —¿Te damos muchos problemas?

—Unos cuantos.

—Pero no le quitas el capricho a tu madre.

—La hace feliz. Cuando murió mi padre lo pasó muy mal. —Pasó la mano por su espalda y se la frotó. —¿De dónde eres?

—De Nueva York.

—Como casi todos. ¿Pero eres de allí de verdad?

—Sí, nací allí. Es muy distinto a esto. ¿Lo conoces?

—No. Odio la ciudad.

—Se te nota.

—¿Se me nota?

—Tienes pinta de leñador del siglo pasado.

—¿No me digas? —dijo divertido mostrando una preciosa sonrisa que le provocó un vuelco al corazón.

—Me gusta —susurró mientras se miraban a los ojos—. No se ven hombres como tú por ahí. Aunque sospecho que lo haces para espantar a las chicas.

—Pues no era esa mi intención. Sobre todo si son chicas como tú.

—No mientas, por la tarde ni me miraste dos veces.

—Sí que te mire dos veces —dijo con voz grave sonrojándola de gusto—. Pero buscas marido.

—Y eso es un delito. —Sus párpados le pesaban e intentaba resistirse, pero suspiró cuando el calor empezó a hacer efecto.

—¿Por qué quieres casarte? Todavía eres joven para disfrutar de la vida.

—Quiero tener hijos —susurró antes de quedarse dormida.

Sintió un escalofrío y se volvió en la cama buscando calor, pegándose al cuerpo de Ken que

la abrazó por la cintura acercándola a él. Su mejilla se pegó a su pecho desnudo y su calor la hizo suspirar rodeando su cintura con el brazo, pegándose todo lo que podía a su cuerpo. No fue consciente de que acariciaba su piel hasta que un gemido la despertó. Tímidamente levantó la vista hacia él comprobando que estaba despierto. Separó los labios sin darse cuenta. —Estás desnudo.

—Sí —dijo mientras su mano bajaba a su trasero acariciándolo antes de amasárselo pegándola a su pelvis. Avariella jadeó al notar su sexo erecto y sintió como su mano se metía bajo el jersey acariciando su pecho. Cerró los ojos sintiendo que la traspasaba un rayo cuando su pulgar acarició su pezón. —Eres preciosa —dijo con voz ronca.

Abrió los ojos y pasó una pierna por su cadera estirando su cuello para llegar a su boca. Él la tumbó boca arriba y se colocó entre sus piernas mientras se miraban a los ojos. Gimió arqueando su cuello cuando entró en ella lentamente de una manera tan exquisita que le robó el aliento hasta llegar al fondo de su ser. Apoyado en sus antebrazos, bajó la cara besándola y Avariella abrazó su cuello cuando entró en su boca saboreándola como si quisiera devorarle el alma. Gritó en su boca de placer cuando movió sus caderas suavemente y él la miró a los ojos entrando en ella de nuevo. Se sujetó a sus hombros maravillada y gimió necesitando más. Ken la besó apasionadamente moviendo su pelvis con más contundencia y Avariella rodeó sus caderas con las piernas. Él gimió de placer al entrar en su ser más profundamente y aceleró el ritmo provocando que ambos llegaran juntos al éxtasis. Avariella nunca en su vida conoció algo igual y se moriría si lo perdiera, de eso estaba segura.

Capítulo 5

Despertó entre sus brazos y Ken la puso sobre su cuerpo mirándola intensamente. — Menuda noche —susurró ella antes de besar su pecho.

—Nena, tenemos que bajar. Sino mi madre enviará a alguien.

Gimió abrazando su cintura. —Dile por radio que prefiero pasar mis vacaciones aquí.

Él sonrió. —¿Sin comida y sin ropa?

—Perfecto.

—Tengo que bajar. He de comprobar que todo está bien ahora que ha nevado.

Se sentó sobre él y le miró a los ojos intentando disimular que le molestaba que quisiera irse después de hacerle el amor. —¿Para ti qué ha pasado esta noche?

Levantó las cejas. —Me parece que esta conversación se va a poner intensa. Nos hemos acostado. Eso es todo.

—Me gustas. ¿Yo a ti no? ¿Solo ha sido sexo?

—Un sexo de la hostia, pero ni siquiera nos conocemos. —Se sentó abrazándola por la cintura. —Avariella, no hemos hablado ni diez frases. No sé nada de ti. No esperarás que me enamore en una noche. Es ridículo. Ha sido una noche. Nada más.

Ella se tensó. —Solo te falta decir que no se volverá a repetir.

—Tenemos que bajar. Tú seguirás con el grupo y yo me dedicaré a mi trabajo. Así que no. No se volverá a repetir. Considéralo otra experiencia de tus vacaciones.

Avariella le vio tan convencido de lo que decía que su corazón se retorció en su pecho. — ¿Por qué te has acostado conmigo?

—Porque los dos lo deseábamos, ¿o me vas a decir que tú no querías? —preguntó enfadándose.

—No. No puedo decir eso. Lo deseaba muchísimo.

Él sonrió y la cogió por la cintura sentándola en la cama. Se levantó mostrando su impresionante cuerpo desnudo y se acercó a sus pantalones poniéndoselos sin dirigirle la mirada. Ella no podía dejar de mirar su perfil que estaba muy serio. Como si aquello hubiera sido un error que ahora intentaba eludir. Quería perderla de vista cuanto antes.

—No hemos usado precauciones —dijo él como si nada antes de coger su camisa—. ¿Habrás problemas?

¿Con las posibilidades que tenía? —No debes preocuparte por eso. ¿El baño?

Él indicó una puerta. —¿Tomas la píldora? —Como ella no respondía la miró. —¿Tomas la

píldora?

—No.

—¿Entonces? ¿Cómo no va a haber problemas?

—Tengo dificultades para... ¿Dónde están mis pantalones? —susurró avergonzada levantándose y estirando el jersey que le llegaba hasta los muslos.

Él la miró como si no la comprendiera. —Los he tirado. —Se acercó a ella y la cogió por los brazos. —¿Dificultades para qué?

—Para tener hijos, ¿de acuerdo? ¡Así que no te preocupes porque no va a haber un bebé que te ate a mí de por vida! —Se apartó molesta y preguntó —¿Qué me pongo?

—Vaya, lo siento. No debes preocuparte. Ahora hay muchos adelantos —dijo fríamente abrochándose la camisa.

Esas palabras dichas como si fuera una auténtica desconocida la dejaron helada. Huyó hacia el baño que era un wáter y una pequeña ducha donde dudaba que Ken entrara. Usó el wáter rápidamente deseando largarse de allí. Cuando salió, Ken fue hasta el armario y cogió unos pantalones que parecían para dormir. —Lo siento, pero si te doy unos míos, se te irán cayendo todo el camino.

Los cogió sin decir una palabra y se los puso sin mirarle. Ken terminó de vestirse y se puso una cazadora. —Las botas igual están algo húmedas, pero...

—Da igual. —Se acercó a ellas sentándose en la silla y se las puso lo más rápidamente que pudo. Cuando se levantó, él le ofreció una manta. Se la puso por los hombros y forzó una sonrisa. —Lista.

Caminó hasta la puerta y él se la abrió demostrando que su madre le había enseñado buenos modales.

Salió al pequeño porche y se quedó sin aliento al ver la escena que tenía ante ella. Se veía el valle y todo estaba blanco en una stampa preciosa. Ken se colocó a su lado. —He avisado para que nos vengan a buscar.

—Gracias.

—Ten cuidado al pisar.

—No soy una niña, ¿sabes? —Bajó un escalón y resbaló sobre el hielo cayendo de culo sobre uno de los peldaños sintiendo que se había roto el trasero. Gimió interiormente y él quiso ayudarla, pero apartó sus manos molesta. —¡Estoy bien!

Ken se enderezó entrecerrando los ojos. —Te comportas como una cría.

Molesta se levantó sabiendo que tenía razón, pero no podía evitarlo. Se sentía muy dolida por su rechazo después de acostarse con ella. —No pensabas lo mismo hace unas horas. —Caminó levantando la barbilla orgullosa bajando la ladera de la montaña.

—¡Avariella, ten cuidado por donde pisas!

—¡Qué estoy bien! —La nieve se removió y cayó rodando, perdiendo la manta por el camino hasta que su cuerpo chocó contra un árbol. Se quedó sin aliento del impacto en el costado.

—¡Avariella! —Ken corrió hacia ella y se agachó a su lado. —Nena, ¿qué te duele?

—No... Nada —susurró al borde de las lágrimas sintiéndose humillada—. No ha sido nada, de verdad.

—¿Puedes levantarte?

Apartó su cabello lleno de nieve de la cara y ella vio que estaba realmente preocupado. —Déjame intentarlo —dijo sin aliento queriendo salir de allí cuanto antes.

La ayudó a incorporarse y Avariella soltó sus manos para apartarse el cabello de la cara. —¿Ves? —Forzó una sonrisa. —Estoy bien.

Se apartó molesto y cogió la manta de entre la nieve sacudiéndola con fuerza. Se la puso sobre los hombros de mala manera y siseó —Ten cuidado. No te lo digo más.

Suspiró como si fuera un pesado cuando en realidad el dolor del costado la estaba matando. Mierda, le daba la sensación de que se había roto un par de costillas porque le dolía al respirar. Bajó en silencio tras él manteniéndose callada y sintió que el frío la recorría porque su ropa no era la más adecuada para ese clima. Deseando apartarse de él y del ridículo que había hecho, suspiró del alivio al ver una camioneta roja a través de los árboles.

—Ya está Luke ahí —dijo él desde abajo tendiéndole la mano para saltar una roca.

—No puedo saltar eso. —Pálida sabía que si saltaba el dolor sería insoportable.

Ken la cogió en brazos y reprimió un gemido de dolor al doblar el torso. —¿Estás bien? —preguntó yendo hacia la camioneta.

—Una ducha, un buen desayuno y como nueva —respondió deseando perderle de vista.

—Ha sido un buen golpe. ¿Estás segura?

—Es evidente que Montana no es para mí.

Él apretó los labios y Luke salió de la camioneta corriendo en cuanto les vio. Rodeó el vehículo abriendo la puerta de atrás. —¿Estás bien, Avariella?

—Perfecta gracias a tu hermano. Menudo susto.

—Lo siento. Tenía que haber revisado la gasolina en los quads.

—Lo dejé allí delante —dijo mientras Ken la sentaba en la parte de atrás.

—No tienes que preocuparte por eso. Ya lo he recogido.

—Genial —susurró cerrando los ojos y acariciándose el costado debajo de la manta.

—Vamos Luke —dijo Ken con voz grave—. Está deseando llegar.

No lo sabía bien. Luke asintió preocupado y se puso tras el volante a toda prisa.

Hasta los pequeños botes de la camioneta fueron un auténtico suplicio. Frustrada de dolor y rabia, reprimía las lágrimas que pugnaban por salir. Era increíble la mierda de vacaciones que

estaba teniendo.

—¿Cómo la encontraste?

—Escuché unos gritos cuando estaba cortando leña. Al bajar vi a Luna gruñendo al lado del contenedor y al abrirlo allí estaba.

—Es una suerte que encontraras el depósito de la carne de noche —dijo el chico mirándola por el espejo retrovisor sonriendo. Perdió la sonrisa poco a poco—. Avariella, ¿te duele algo? ¿La perra te mordió?

—No, no me mordió. Tuve mucha suerte —dijo ella forzando una sonrisa.

Luke miró hacia su hermano. —Si que la tuviste, porque podías haber muerto congelada y...

—Luke, ¿has ido a comprobar el rebaño del norte?

—Ha ido Mike. Lo está trasladando a las naves y los chicos ya han preparado el forraje.

—Perfecto. ¿Brent está en casa?

—Llegó ayer por la noche en cuanto empezó a nevar. Al parecer su viaje a Ohio no fue tan largo como esperaba —dijo con cachondeo.

Avariella entrecerró los ojos sorprendida. Laura tampoco había tenido mucho éxito si había regresado tan pronto. Estaba claro que estaban sembradas. A saber qué le había dicho él para rechazarla.

—Jane está muy preocupada por ti. Se echa la culpa por haberse ido a cenar con ese amigo de la universidad en lugar de acompañarte.

—No tiene la culpa de nada. La culpa es mía por equivocarme de camino y terminar aquí. Yo le dije que podía volver sola.

—Pues es evidente que no tienes mucho sentido de la orientación —dijo Ken con mala leche.

—Ni sentido común. De eso también carezco —replicó rabiosa.

—Es evidente.

Luke miró asombrado a su hermano. —Pues a mí me parece que ha sido muy lista al meterse en el contenedor. Luna podría haberla destrozado.

—Luke, ¿quieres darte prisa? —preguntó Ken de malos modos.

—Sí, claro.

Aceleró la camioneta y el traqueteo aumentó, lo que hizo que se mantuviera en silencio el resto del camino intentando mantener la espalda lo más recta posible. En cuanto llegaron ante la cabaña, Jane salió poniéndose la cazadora y abrió su puerta.

—¿Estás bien? —preguntó de los nervios.

—Sí, estoy muy bien —dijo con una sonrisa en los labios para la galería.

Marie se puso tras ella. —Dios mío. Qué susto.

—¿Peor que la que se estrelló en el quad? —Cogió la mano de Jane para bajarse de la camioneta mientras que Ken ni abrió su puerta para descender y ayudarla. No sabía por qué, pero eso le dolió. Como si ahora que la había dejado en casa, su bienestar le importara muy poco.

—Mucho peor. Y eso que mi hijo me había avisado de que estabas bien, pero estaba preocupada por ti.

—Lo siento. —Levantó la vista y Ben sonrió. —¿Quién ganó al Scrabble?

—¿Quién va a ganar? Rosie nos ha dado una auténtica paliza.

—La próxima vez me quedaré a jugar.

Todos se echaron a reír. Todos menos Jane, que la miraba preocupada ayudándole a subir los escalones como si fuera una viejecita. Soltó una risita. —Estoy bien, Jane.

—Madre, nosotros nos vamos. Tenemos que hacer —dijo Ken desde la camioneta.

Se volvió hacia él ignorando el dolor y vio su perfil haciéndole un gesto a Luke para que se pusiera en marcha. No podía dejar que se fuera así.

—¡Ken! —Él la miró y Avariella sonrió disimulando el dolor que sentía en su interior. — Gracias por salvarme la vida.

Asintió fríamente antes de que la camioneta se pusiera en marcha.

—Vamos, amiga. Estarás deseando darte un baño. Estás helada.

—Oh, sí —dijo reprimiendo las lágrimas—. Un baño suena genial.

Subió las escaleras mientras todos la observaban y Rosie subió tras ellas. Marie corrió al baño para abrir el agua mientras que Jane entraba con ella en la habitación y la llevaba hasta la cama. —¿Quieres que llamemos a un médico?

—Estoy bien, de verdad. Solo ha sido el susto y el frío.

Jane entrecerró los ojos como si no se creyera una palabra.

—¿Dónde tienes el pijama? —preguntó Rosie abriendo el cajón del aparador.

Marie salió del baño y se agachó ante ella con Jane para desatarle las botas. Se emocionó al ver lo amables que eran y la verdad es que ella no podría desatárselas.

—Tienes los pies helados —susurró Marie frotándoselos como si fuera una niña.

—Dios mío, ¿esto es sangre? —preguntó Jane mirándole el cuello.

—El arcón tenía sangre de los animales.

—Válgame Dios. Yo me hubiera muerto de miedo. —Rosie se acercó con el pijama más grueso que tenía.

—Es una chica fuerte —dijo Marie sonriendo—. En cuanto se bañe y coma algo, se encontrará mejor.

Intentando no llorar susurró —Solo quiero olvidar esta noche y dormir un poco.

Jane asintió apartando la manta de sus hombros y tirándola al suelo. —Rosie vete a comprobar la bañera.

—Así que les machacaste en el juego —dijo intentando desdramatizar lo que había pasado.

—No tienen ni idea. —Rosie salió del baño y le guiñó un ojo. —Menuda paliza. No se recuperan en la vida.

Sonriendo miró a Jane a los ojos. —¿Qué tal con tu amigo?

—Pues recibió una llamada y tuvo que irse. Regresé casi detrás de ti —dijo molesta.

—Estos hombres —dijo Marie cogiendo el jersey por el bajo—. En mi época los hombres eran hombres que trataban a las mujeres con respeto. ¡Si un hombre quedaba con una mujer, la acompañaba a casa! ¡Llegó muerta de frío en el quad! Yo a ese no le hablaba más. Sube los brazos, niña.

Incómoda dijo —Mejor me desvisto en el baño para no coger frío.

Marie frunció el ceño como si no la entendiera. Las amigas se miraron y Rosie carraspeó. —¿Por qué no vamos a buscarle una bandeja para que desayune, Marie? Así se baña tranquilamente.

—Déjate de tonterías. Levanta los brazos.

Para todas fue evidente que le costaba levantar el brazo izquierdo y cuando Marie le quitó el jersey jadeó. —¿Qué es eso?

—¿El qué? —preguntó como si nada.

—Dios mío se te está amoratando. —Jane se arrodilló ante ella mirándole el costado. —¿Cómo te lo has hecho?

—Me caí y me di con un árbol. —Se miró el costado, pero solo podía ver parte por el pecho. Efectivamente se le estaba amoratando.

—Voy a llamar a un médico —dijo Marie asustada.

—No es nada. Solo el golpe.

Rosie dio un paso hacia ella frunciendo el ceño. —¿Te duele al respirar?

—No. Estoy bien.

Se levantó y Jane iba a bajarle los pantalones cuando Rosie la detuvo. —Si está bien que lo haga ella. Si puede.

—Claro que puedo. —Tiró de la goma hacia abajo y se los quitó tirando de ellos arrastrándolos con las piernas. Como si nada fue hacia el baño. —Estoy bien, exageradas.

Cerró los ojos con fuerza al entrar en el baño y las escuchó murmurar. Jane entró tras ella y cerró la puerta. —Bien, ahora dime la verdad.

—¿No irá a llamar al médico, verdad? No quiero causar más problemas.

—Rosie quiere que lo haga, pero yo le he dicho que no. ¿Por qué le he dicho que no, Avariella? Es obvio que lo necesitas.

—Ayúdame a entrar en la bañera —dijo agotada.

Jane la cogió de la mano y con su ayuda se pudo sentar. —Avariella...

—No quiero causar más problemas. Estoy bien, de verdad.

—No me lo trago. —Se arrodilló al lado de la bañera. —¿Qué pasó ayer? Pareces triste en lugar de aterrorizada por lo que a mí me hubiera traumatizado de veras. Y eso que soy de Nueva York y no soy fácil de asustar.

Ella suspiró cogiendo la esponja. —Que me rescató y...

—Hala, ¿te lo has tirado? A ti los traumas te duran poco.

Sus ojos se humedecieron mirando el agua. —Fue tan amable conmigo... Me trató tan bien... Me acostó en su cama después de desnudarme y me dormí.

—Ah, que no te lo tiraste.

—Eso fue después. Me desperté y estaba tumbado a mi lado. —Sonrió con tristeza. —Fue maravilloso, Jane. Nunca en mi vida me he sentido así. Sentí que era parte de él y él de mí.

—Pero...

—Pero por la mañana dijo que solo había sido un polvo, que no nos conocíamos y que cada uno por su lado.

Jane se mordió el labio inferior y Avariella giró la cabeza para mirarla mientras una lágrima caía por la mejilla. —No lo entiendo.

—Pues con esto vas a alucinar. Sí que me lo tiré. —Dejó caer la mandíbula del asombro al escucharla. —En cuanto me vio le hizo gracia. Entré en su casa y me echó un polvo de tal calibre contra la pared, que aún tengo las piernas temblando. Pero cuando terminó, dijo que había estado muy bien, pero que tenía que regresar a casa porque estaba nevando. Todo eso como en diez minutos y antes de darme cuenta estaba subida en el quad camino a casa bajo la nieve, porque él me dijo que no podía llevarme en el coche ya que todo el mundo se enteraría de que había estado en el pueblo.

—Te ha pasado lo mismo que a mí.

—Casi. Pero va por el mismo camino. Y te juro que lo que sentí con Brent tampoco lo había sentido en la vida. —Miró su cabello. —¿Puedes inclinarte hacia atrás?

Negó con la cabeza pensativa y Jane se levantó cogiendo la alcachofa de la ducha. —¿Estás entrando en calor?

—Sí, gracias —dijo cuando empezó a mojarle el cabello.

—No me des las gracias. Esto es culpa mía. No tenía que haberte dejado sola.

Sin poder evitarlo Avariella se echó a llorar dejándola de piedra. —Eh, eh. —Se arrodilló a su lado de nuevo. —¿Te duele mucho?

—¿Qué voy a hacer? Me he enamorado de él. —La miró con sus ojos negros llenos de lágrimas.

—Lo arreglaremos, ya verás.

—Ya le has visto. No le importo nada.

—Y ahora quieres esconderte debajo de una piedra hasta que nos vayamos de aquí, ¿verdad?

—No pienso salir de la cama. —Jane se echó a reír y la miró asombrada. —¡Hablo en serio!

—No vas a hacer eso.

—¿Ah, no?

—Ni hablar. Le has dicho a Rosie que disfrute de las vacaciones teniendo a su marido al lado, ¿y tú no eres capaz de disfrutar de ellas solo por un tío con el que has compartido una noche?

Se sonrojó porque era cierto. —Eso suena a cobardes, ¿verdad?

—Exacto. Vas a salir de esta habitación y vas a pasártelo como nadie. Los hermanos Dubois no van a amargarnos la existencia —dijo maliciosa—. Se la amargaremos nosotras a ellos.

Entrecerró los ojos. —Tienes razón. Se van a cagar.

Jane cogió el champú echando una buena cantidad en la mano. —De momento voy a bajar y a decir que tienen que llevarte al hospital.

—¿Al hospital?

—Claro que sí. Hay que hacerte una placa para comprobar que no tengas las costillas rotas.

—No quiero molestar... —Su amiga la advirtió con la mirada. —Pero voy a molestar todo lo que pueda.

—Bien dicho. —Le enjabonó el cabello con fuerza. —Se van a cagar.

—¡Ay!

—No te quejes tanto. ¡Está lleno de mierda!

Puso los ojos en blanco. —Serás bruta. Brent no sabe lo que se le viene encima.

Jane la cogió por la barbilla levantándola. —Y ya puedes ponerte las pilas, porque solo tenemos seis días para amargarles la existencia como Dios manda y que les quede el recuerdo para los restos. Quiero un anillo en el dedo el domingo y voy a hacer lo que haga falta. ¡Espero que me superes!

—Haré lo que pueda —dijo a punto de reír.

—Bien dicho.

Le lavó el cabello dos veces porque no se había quedado contenta y le frotó todo el cuerpo hasta dejarle la piel brillante. —¡Puedo hacerlo yo! ¡Ay! —gritó cuando la frotó en el cuello.

—No digas tonterías. Cuando vuelva a verte, tienes que estar impresionante incluso con las costillas rotas.

—¿Crees que las tengo rotas?

—Pues sí.

—Mierda.

—Venga, en pie que quiero secarte el cabello con el secador.

Estaba sentada en un taburete con el pijama ya puesto cuando la puerta se abrió y Marie metió la cabeza. —He llamado, pero no me habéis oído. Tienes aquí el desayuno.

Jane le dio un toquecito en el hombro y ella se decidió. —Marie...

La mujer sonrió entrando en el baño. —Dime.

—Creo que voy a tener que ir al hospital.

—Oh, Dios —dijo preocupada—. ¿Te duele mucho?

—Sí, bastante. Al respirar. Pero no te asustes por favor, seguro que no es nada.

—¡Por eso dijiste que estabas bien, para que no me preocupara! ¡Esta niña! —Salió de la habitación a toda prisa.

—Tenías que haber dicho que te llevara Ken —susurró a su oído.

Gimió porque aquello se le daba fatal. Terminó de secarle el cabello y la acompañó a la cama. Le colocó el desayuno delante y de repente ya no tenía apetito. —Venga, come algo.

Cogió una tostada con desgana y le dio un mordisco. Marie entró rápidamente sonriendo. —No hay problema. Te llevarán ya que tengo que quedarme aquí con los chicos.

—¿Quién la llevará? Voy con ella.

—Mi hijo Ken ya viene para acá.

—Oh, pues si le conoces me quedo. No te importa, ¿verdad?

—Claro que no. Seguro que no es nada. —Emocionada dejó caer la tostada perdiendo el apetito del todo. —¿Así que me lleva Ken?

—Sí, no le ha quedado otra porque Brent había ido al pueblo y Luke se ha ido al instituto. —Soltó una risita. —Si te dice algo sobre el trabajo que tiene, recuérdale que tú también eres una clienta.

Gruñó por dentro. Al parecer los Dubois no se cortaban en decir lo que pensaban. —Se lo recordaré.

—¿No comes más?

—He perdido el apetito. —Se apoyó sobre las almohadas y cerró los ojos desmoralizada. —Estoy cansada.

—Ahora no puedes dormirte —siseó Jane dándole un toquecito en el hombro—. Come.

En ese momento Ken entró en la habitación y puso los brazos en jarras mirándola furioso. —¿No dijiste que estabas bien? —preguntó a voz en grito.

—Oh, pues...

—Hijo, no la regañes. No quería molestar.

Ken se acercó a la cama y apartó las sábanas de golpe. Antes de darse cuenta levantó la parte de arriba de su pijama sin cortarse y Avariella se puso como un tomate cuando Marie estiró el cuello para ver el hematoma. Ken juró por lo bajo palpando la zona y ella se quejó. —¡Tienes las manos heladas!

—Madre búscale algo de abrigo. Las tiene rotas.

—¿Más de una? —preguntó Jane preocupada.

—Creo que sí. Al menos dos por el tamaño del golpe. —Levantó la vista hacia ella furioso.
—¡No tendrías que haberte callado!

Se puso como un tomate y se dio cuenta de que se había duchado. Incluso se había recortado la barba. Estaba mucho más guapo y ese jersey negro le quedaba de miedo.

Su madre llegó con un abrigo y Jane también se puso en acción sacando unos calcetines y unas zapatillas de deporte. —Es lo que tiene.

—Está bien —dijo él levantándose—. No va a pisar el suelo.

Entre las dos la calzaron y ella sacó los pies de la cama. Ken cogió el abrigo y se lo puso con cuidado. Marie entrecerró los ojos antes de mirar a Jane que sonrió cruzándose de brazos.

—No ha desayunado nada —dijo Jane aparentando una preocupación exagerada.

Él apretó los labios cogiéndola en brazos.

—Puedo caminar.

—Estoy a punto de pegarte cuatro gritos —siseó sacándola de la habitación.

Jadeó indignada. —¿Y se puede saber por qué?

—¡Por mentirme! —le gritó a la cara.

—Ah...

—Sí, ah. —Salió de la casa mientras todos les observaban y antes de darse cuenta la sentó en la camioneta roja que antes había llevado Luke. Rodeó la camioneta gritándole a su madre. — ¡Dile a Brent cuando regrese, que tiene que esperar al veterinario! Varias ovejas parecen enfermas. Que le informe Mike.

Su madre asintió y cerró la puerta sin esperar a que se fueran.

Esas palabras le crearon remordimientos, así que cuando se sentó a su lado le miró de reojo.
—Siento que...

—¡Mira, en este momento estoy un poco alterado, así que lo mejor es que te mantengas callada un tiempo!

—¡No seas grosero! ¡Quería disculparme por las molestias!

—¡Desde que te conozco solo das sobresaltos!

Le miró asombrada. —¿Yo? ¡Si soy la mujer más aburrida del mundo!

Gruñó apretando el volante como si quisiera estrangularla e hizo una mueca porque la verdad es que desde que había llegado allí no le pasaban más que desgracias. Aparte de acostarse con él, claro.

—Si me hubieras hecho caso... —siseó sin dejar el tema.

—Ya está, ¿vale? ¡Yo me he pegado el golpe! ¡No seas pesado!

—¡Mírate! ¿Sabes cuánto tardan en curar?

—¡Ni idea! ¡Pero como no te duelen a ti, deja de darme el coñazo!

La fulminó con la mirada. —¡Así que ahora te doy el coñazo! ¡Pues parecía que te encantaba mi compañía esta mañana!

—¿Ves? Si no hubiéramos salido de la cama, esto no hubiera pasado. Deberías haberme hecho caso tú a mí. —Sonrió porque le había ganado y miró al frente antes de gritar sujetándose al salpicadero cuando un coche patinó sobre el asfalto cruzándose en medio de la carretera. Ken giró el volante saliendo de la calzada. La camioneta dio un fuerte bote cayendo a la nieve y enterrándose hasta la ventanilla.

Con los ojos como platos miró al frente pálida sin saber qué decir. —Nena, ¿estás bien? —La cogió por la barbilla girándola para mirarla preocupado. —¿Te has hecho daño? ¡Avariella!

Le miró a los ojos diciendo lo primero que se le pasó por la cabeza. —¿Seguro que ya no quieres hacerme el amor?

Él gruñó mirando sus labios. —¿Te has golpeado la cabeza?

Se sonrojó intensamente al darse cuenta de lo que acababa de preguntarle. —¿Qué?

—¿Estás bien? —Exasperado metió los dedos entre su cabello. —¿Tienes alguna herida más? Las costillas...

—Estoy bien.

Él volvió a su asiento. —¡A ver como salimos ahora de aquí! —gritó como si fuera culpa suya.

Avariella miró a su alrededor. —Sí que hay nieve. No creía que había nevado tanto.

—¡Llevan anunciando tormenta de nieve desde hace una semana!

Jadeó asombrada. —¿Y cómo Marie no nos dijo nada?

—Porque siempre tiene que conseguir lo que quiere. —Molesto intentó encender la camioneta.

—No nos podemos mover, ¿para qué haces eso?

La miró como si fuera estúpida. —Para bajar la ventanilla. —El motor no arrancaba. —¡Estupendo! —Miró hacia atrás y juró por lo bajo. —¡Ese cabrón se ha largado!

—Tendrás que romper la ventanilla.

—Gracias por tus sabios consejos, Avariella. No me había dado cuenta.

—Oye, parece que estás algo molesto. —Empezó a divertirse al ver que se ponía de los nervios y recordó las palabras de Jane. Fastidiarle todo lo que pudiera. —¿No será tensión sexual?

—¡No!

—Vale, era solo una pregunta. —Miró al frente. —Cómo se pone.

—¡A la que veo un poco desesperada por sexo es a ti!

—Bueno, a nadie le amarga un dulce. —Sonrió de oreja a oreja y él gruñó intentando

arrancar de nuevo.

—Cúbrete la cara.

—¿Por qué?

—¡Porque no quiero que te salte un cristal que te deje tuerta!

—Ah, vale. —Se cubrió la cara con las manos mirando hacia su ventanilla y escuchó el golpe. Él juró por lo bajo golpeando de nuevo y ahí sí que oyó que se rompía el cristal. Apartó las manos para mirarle y ya estaba saliendo de la camioneta sujetándose en el techo. —¿Te has hecho daño?

—A ver como saco ahora la camioneta de aquí —refunfuñó sin molestarse en responderle. La nieve le llegaba a la cintura y Avariella se estremeció de frío.

—Te vas a empapar. —Por la mirada que le echó, estaba claro que no quería que abriera la boca. Vio como con esfuerzo intentaba avanzar hasta la carretera. —Pues te vas a cansar de oírme. —Se pasó al otro asiento y gritó —¿Te acompaño?

—¡Ni se te ocurra salir de ahí! ¿Me has entendido?

—¿Seguro? No te alejes mucho.

Se volvió furioso. —¿A dónde me voy a ir?

—No sé. —Puso cara de miedo. —He visto películas que te pondrían los pelos de punta. Una situación así es imprevisible. ¿No tienes móvil?

—¡Se me ha olvidado en casa, Avariella!

—¿Has salido con este tiempo sin móvil? —Gruñó de nuevo volviéndose y ella sonrió de oreja a oreja. —¡Vale, te perdono! ¡Pero que no vuelva a pasar!

—Oh, no. ¡Te aseguro que esto no va a volver a pasar! ¡Métete dentro! ¡Solo me faltaba que cogieras una pulmonía!

Ella entrecerró los ojos. Una pulmonía no, pero un catarrito. No, que en ese caso la cuidaría Marie y sería una lata no poder verle.

—Cariño, ¿pasa alguien?

Se volvió de nuevo a mitad de camino. —¿Qué me has llamado?

—Bueno, cuando se acuesta uno con alguien se llaman así. ¿Prefieres otro? ¿Qué te parece pastelito? —Reprimió la risa al ver que se ponía rojo de furia. —Aunque a ti te va más osito.

—¡Nena, vuelve a llamarme así y vamos a acabar muy mal!

—¡Tú me llamas nena!

—¡No lo haré más!

—A mí me gusta. —Puso la mano en la ventanilla sin darse cuenta y chilló.

—¡Te has cortado! ¿Es que no puedes estarte quieta?

Se miró la palma de la mano y vio un cristal que se quitó como si nada antes de sonreír mirándole. —Estoy bien. ¡Corre, corre que ahí viene uno!

—¿Cómo voy a correr?

Ella se miró la mano de nuevo y juró por lo bajo. No era nada, pero estaba sangrando. Miró a su alrededor y abrió la guantera buscando el botiquín. Se encontró uno pequeño y abrió la cremallera para ver que tenía todo lo necesario. Se puso una tirita grande y volvió a guardarlo cuando vio un revólver. Con los ojos como platos lo sacó de la guantera. ¿Para qué quería eso? ¿No sería un asesino en serie o algo así?

Ken apareció en la ventanilla y gritó sobresaltada dejando caer el arma sobre sus piernas.

—¿Qué coño haces? —Furioso alargó la mano dentro del coche y cogió el arma. —Es peligroso, ¿sabes? ¡No deberías tocarlo si no sabes usar un arma! —Movié el arma de un lado a otro y Avariella asintió. —Ya han pedido ayuda por el móvil. Mujeres. Siempre tenéis que meter las narices en todo. ¡Guárdalo en su sitio y no vuelvas a tocarlo! —Ken miró sobre su hombro y tiró el arma sobre su asiento. El sonido del disparo la hizo chillar y cuando sintió un resquemor en la pierna, asombrada se miró el muslo antes de levantar la vista atónita hacia Ken, que por su cara tampoco se lo podía creer.

—¡Me has disparado! —gritó histérica antes de llevarse las manos al muslo por el que empezaba a salir sangre en abundancia.

—¡Joder!

Antes de darse cuenta estaba sentado a su lado y juró por lo bajo. —Sangras mucho. Hay que hacer un torniquete.

Los ojos de Avariella se llenaron de lágrimas. —¿Por qué me pasan estas cosas a mí?

Ken se quitó el cinturón y lo pasó por debajo de su pierna. —No llores, nena. No pasa nada.

—¿Qué no pasa nada? —gritó de los nervios pensando que iba a morir—. ¡Me has pegado un tiro!

Apretó el cinturón haciéndola gemir y cuando se aseguró de que estaba bien la cogió por las mejillas para que la mirara. —Todo va a ir bien.

Sorbió por la nariz sin dejar de llorar. —¿Me lo prometes? ¿No me voy a morir aquí?

Ken palideció. —No, no te vas a morir aquí. —La besó rápidamente en los labios. Salió de la camioneta lo más rápido que pudo.

—¡No me dejes sola! —gritó taponando la herida.

—¡Necesitamos ayuda! Estoy aquí, nena. ¡No me voy a ningún sitio!

Muerta de miedo vio como llegaba a la carretera y movía los brazos de un lado a otro. Un camión se detuvo y él se acercó a la ventanilla del pasajero para hablar. Debían conocerse porque Ken gritó —¡No te muevas de aquí! ¡Avisa por radio al doctor!

Miró su pierna de nuevo para ver que la sangre ya había empapado su pijama.

Temblando de frío y miedo le buscó con la mirada de nuevo. De pasar tantas veces por la nieve ya había hecho un pequeño sendero y no tardó en llegar. Alargó los brazos. —Nos vamos.

—¿No esperamos ayuda?

—No, ya no. Voy a llevarte al doctor del pueblo. Él sabrá qué hacer.

Se pasó al asiento de Ken y cogió la pistola. —No podemos dejarla aquí. Puede cogerla cualquiera.

Él asintió cogiéndola y metiéndosela en la cinturilla del pantalón a la espalda. —No se te caerá sin el cinturón, ¿verdad?

—¡Avariella date prisa!

Alargó los brazos y él tiró de ella con cuidado, pero Avariella reprimió un grito de dolor cuando la sacó cogiéndola en brazos. —Ya está, nena.

—Dijiste que ya no me llamarías nena, osito —dijo apoyando la mejilla sobre su pecho.

La pegó a él caminando lo más deprisa que pudo hasta el camión y gritó —¡Bill baja a abrirme la puerta!

—Joder —escuchó decir al camionero—. ¿Qué le ha pasado?

—Le sientan fatal las vacaciones.

—¿Le han pegado un tiro?

—He sido yo —dijo ella sintiéndose muy floja—. Soy muy torpe. No debería haberla tocado.

Entre los dos la subieron a la cabina del camión y sintió un escalofrío. —Tengo frío —susurró mientras Ken le pasaba el brazo por los hombros pegándola a él.

—Lo sé. No te duermas. Mierda Bill, date prisa.

—Sí, jefe. ¡Voy tan aprisa como puedo! ¡Estamos a cinco kilómetros!

Ella miró al conductor y sonrió. —¿Te llamas Bill? Soy Avariella.

—Mucho gusto, señorita.

—Gracias por llevarme. Voy a poner tu camión perdido de sangre.

Bill miró a su jefe sobre su cabeza. —El camión no es mío, pero no importa.

Se empezó a marear y apoyó de nuevo la cabeza en el hombro de Ken. —Eres guapo, ¿estás casado?

—Sí, nena. Ese no te vale.

—Vaya.

—¿Quiere casarse? —preguntó Bill divertido.

Ken le fulminó con la mirada y el conductor miró la carretera de golpe. —Entendido jefe. Es terreno vetado.

—Para todos.

—Veto general, entendido.

Ken miró a Avariella que tenía los ojos cerrados. —Eh, nena. —Le dio una palmadita en la cara y Avariella abrió los ojos. —Eso es, preciosa. Abre esos ojitos negros.

—¿Ken? Me duele.

Él juró por lo bajo al ver que cerraba los ojos de nuevo. —¡Date prisa!

Capítulo 6

Avarelli suspiró sintiendo frío e intentó taparse, pero solo tocó una sábana. Abrió los ojos molesta sintiendo el dolor en el costado y en la pierna. Parpadeó porque la luz del sol le daba en la cara y al girar la cabeza, vio a Ken sentado en una silla con la cabeza apoyada en la pared que tenía detrás, dormido como un tronco. Reprimió la risa porque la silla era pequeñísima en comparación con él. Se notaba que estaba agotado.

Una enfermera rubia y muy bonita entró y se sobresaltó saltando de la silla. —Lo siento —dijo la enfermera con una tímida sonrisa antes de mirarla a ella—. Está despierta.

—Tengo frío.

—Eso lo solucionamos enseguida. —Abrió un armario y sacó una manta que le puso encima rápidamente.

Ken se acercó a la cama apoyando las manos en el colchón. —¿Cómo estás?

Miró sus ojos verdes y sonrió sintiéndose agotada. —Bien, ¿y tú?

Reprimió una sonrisa. —Yo estoy muy bien, gracias.

—De nada, osito.

Ken carraspeó mirando a la enfermera que estaba poniendo una bolsa en el gotero. —¿Qué le pone?

—Suero y un analgésico. En cuanto termine la bolsa, pueden irse.

—¿De verdad? —Avarelli sonrió. —¿Puedo seguir mis vacaciones?

—Nena, como para vacaciones estás tú.

—Estoy de vacaciones, ¿sabe? En su rancho. Para encontrar marido.

—¿De veras? ¿Y de dónde viene?

—De Nueva York.

—¿Y hay buenos candidatos? —preguntó mirando de reojo a Ken que se había enderezado y cruzado de brazos.

—Bueno, hay cuatro hombres. Son hombres de negocios de mi ciudad, pero uno ya está casado con otra de las chicas que van. —Soltó una risita. —Ella se apuntó después de que lo hubiera hecho él. Tiene las ideas claras.

—Es muy valiente.

Avarelli abrió los ojos como platos. —¿A que sí? Hay que tener mucho valor para seguir a un hombre que te ha rechazado y que te rechaza continuamente delante de todos. Yo ni soy capaz de pedirle una cita a un hombre. ¿Tú lo has hecho alguna vez?

—Sí, alguna que otra.

—Os admiro mucho. La próxima vez que vea a un hombre que me guste, me voy a lanzar.

—Y haces muy bien.

Ken carraspeó. —Así que me la puedo llevar después...

—Oh, sí. Por cierto, ya que estamos con el tema... ¿Quieres salir a cenar conmigo?

Avariella parpadeó asombrada mirando a la enfermera. ¡Le había pedido una cita ante sus narices! —Oye lagarta, ¿qué acabas de decir? —Se sentó de golpe gimiendo de dolor y Ken la sujetó por los hombros.

—Nena, acuéstate.

—¿Que me acueste? ¿Has oído a la descarada ésta? —preguntó con asombro.

—Ah, que estáis juntos —dijo la enfermera confundida.

—No —respondieron los dos a la vez. Avariella le miró sorprendida—. ¿Quieres salir con ésta?

—Nena, te estás alterando.

—¡Contesta a la pregunta!

Ken miró a la enfermera intentando ponerse serio. —Desgraciadamente debo decir que no.

—¿Cómo que desgraciadamente? ¡Oye, si quieres salir con ella, por mí no te cortes! —gritó alteradísima.

—No quiero salir con ella, ¿contenta?

—¡Pues no sé! ¡No me he quedado a gusto!

—Mejor voy a preparar los papeles del alta —farfulló la enfermera roja como un tomate antes de salir de la habitación a toda pastilla.

—La has asustado —Divertido se sentó en la cama a su lado.

—¡No tiene gracia! —Frunció el ceño. —¿Dónde estamos?

—En el hospital de Great Falls. Y por si te interesa, el doctor Wellington te ha sacado la bala y te han trasladado aquí en ambulancia.

—¿Y las costillas?

—Una rota y otra fisurada. Descanso y nada de vacaciones. No te sientan bien.

—Si no me hubieras pegado un tiro... Hacía dos años que no me tomaba vacaciones —dijo enfurruñada—. Debería pedir que me devolvierais el dinero.

—No se admiten devoluciones. ¿No leíste la letra pequeña?

—¿Ni por un tiro?

—Ni por un tiro. Pero si quieres volver para repetir la experiencia...

Se le cortó el aliento mirando sus ojos verdes. —¿Quieres que vuelva? Tenía la sensación de que no querías ni verme.

—Bueno, eso fue antes de pegarte el tiro. Me ha impresionado tu sangre fría.

Entrecerró los ojos. —¿Es coña?

Ken reprimió la risa. —No, nena. No es coña.

Sonrió radiante. —No puedo rechazar esa invitación.

—En realidad...

—¿Me estás invitando o no?

—Sí, por supuesto. Una invitación en toda regla.

—A mí háblame claro. Esas vueltas que dais los hombres me despistan mucho.

—Intentaré ser lo más claro posible. —Se agachó lentamente y a Avariella se le cortó el aliento separando los labios sin darse cuenta. Él miró su labio inferior y susurró —Voy a besarte.

—Bueno, no hace falta que me digas cada paso que...

Él atrapó su boca y Avariella suspiró rodeando su cuello con el brazo. Fue un beso embriagador y tan lento que era como si quisiera disfrutar de ella el máximo tiempo posible. Ken se apartó lentamente y Avariella sonrió. —¿Piensas afeitarte en algún momento entre este viaje y el siguiente?

Él se echó a reír. —¿No te gusta?

—Me gustas más sin barba.

Ken frunció el ceño y se apartó. —¿Cuándo me has visto sin barba si puede saberse?

Se sonrojó por su metedura de pata. —Bueno, te he buscado en internet.

—En la cabaña no hay cobertura de móvil ni internet. —Mosqueado se levantó. —Sabías quien era antes de llegar al rancho, ¿verdad?

—Tu madre habló de vosotros en el autobús cuando llegamos.

—¡Y lo planeaste todo! ¿Qué pasa, que el heredero del rancho era mucho más apetecible que los que iban en el autobús?

Se sonrojó aún más. —No fue así. Vi tu foto y me gustaste. —La miró como si estuviera loca. —¡Ken no me mires así! Si estás insinuando que me perdí a propósito...

—¿Y no fue así?

—¡No! ¡Me equivoqué en el desvío! —Él se pasó la mano por su cabello castaño. —Ken no sé por qué piensas eso, pero...

—Voy a por esos papeles y a tomar un café.

Salió furioso de la habitación y Avariella dejó caer los hombros desmoralizada. La verdad es que sí que lo habían planeado, pero no así. No le extrañaba que creyera que estaba algo loca. Gimió dejando caer la cabeza sobre la almohada. Estupendo. Ahora sí que la había fastidiado bien.

Una hora después la enfermera de antes entró en la habitación con una sonrisa de oreja a oreja y una bolsa en la mano. —Le han traído ropa. La voy a ayudar a vestirse.

—¿Dónde está Ken?

—Se ha quedado fuera. —Le guiñó un ojo maliciosa. —Vaya hombre, ¿eh? Menuda noche voy a pasar.

Se quedó lívida y no fue capaz de decir palabra mientras le quitaba la vía. La ayudó a incorporarse. —¿Le ha pedido una cita?

—Me la ha pedido Ken. Me ha dicho que usted está encaprichada con él y que no quería decir nada en la habitación. Pero a mí me gusta ir con la verdad por delante.

—Y restregármelo de paso —siseó con rabia.

—Exacto. —Sacó un chándal negro de la bolsa. —Uy, no hay ropa interior. No pasa nada.

Impotente porque sabía que no podía vestirse sola, tuvo que dejar que la ayudara. Le cerró la cremallera y pudo ver en sus ojos azules que quería rematarla. —La ambulancia la espera para llevarla de vuelta.

—¿Qué? ¿Qué ambulancia? ¡Quiero hablar con Ken!

—Pero él no quiere. Se sintió obligado a traerla hasta aquí, pero no es su niñera. Una ambulancia la llevará de vuelta al rancho.

Descalza se levantó de la cama y aguantando los dolores fue hasta la puerta abriéndola de golpe. —¡Ken! ¿Dónde estás? —Salió al pasillo cojeando apoyándose en la pared y le vio al final ante las puertas del ascensor. —¡Ken!

El ascensor se abrió y él entró como si no la hubiera oído. Al volverse pulsó el botón y sus ojos se encontraron. A Avariella se le cortó el aliento al ver que la odiaba. Un odio intenso que le rompió el corazón. —¿Ken?

Las puertas se cerraron y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Olvídate de él, guapa. Ahora es mío —dijo la enfermera divertida.

—¡Cállate! —gritó haciendo que todos la miraran—. ¡Cállate y tráeme una silla de ruedas como es tu obligación!

Sentada en la ambulancia miró el reloj del enfermero y vio que eran las cinco de la tarde. No se podía creer que la devolviera así al rancho cuando él tenía que regresar también y que la hubiera abandonado allí sabiendo que estaba sola.

Al llegar a la cabaña salió Luke, que asombrado vio que la bajaban en una silla de ruedas. —¿Dónde está Ken?

Al escuchar esa simple pregunta, Avariella no lo aguantó más y se echó a llorar. El enfermero carraspeó. —¿Se encuentra bien?

Luke bajó los escalones a toda prisa y la cogió en brazos. —Ya me encargo yo. Gracias.

Demostrando mucha más fuerza de lo que parecía, la metió en la casa y cerró la puerta con el pie antes de llevarla al sofá y dejarla allí. Llamaron a la puerta y Luke forzó una sonrisa. —Enseguida vuelvo.

Sin ser capaz de hablar asintió y él se alejó corriendo hacia la entrada. Cerró la puerta con una bolsa en la mano y Luke se sentó a su lado poniendo una gran bolsa de papel sobre la mesa. —Tus cosas y las medicinas.

—Gracias —susurró pasándose las manos por las mejillas para limpiar sus lágrimas—. Perdona el numerito.

—Después de tener las costillas rotas y un tiro en la pierna, puedes llorar todo lo que quieras. Mamá está que trina con Ken. —La observó varios minutos mientras miraba al vacío. —Pero no es eso, ¿verdad? Te has enamorado de él y Ken te ha facturado a casa con tal de no verte.

—No sé qué ha pasado —dijo sin poder creérselo.

Luke apretó los labios. —De esto tú no tienes la culpa. Si fueras de por aquí, todo sería muy distinto.

Le miró sorprendida. —¿De qué hablas?

El chico suspiró. —Mira, esto no lo sabe mi madre, así que no digas nada, ¿de acuerdo? No quiero disgustarla.

—No diré nada. Te lo prometo.

—En el primer viaje vino una tía que a Ken le volvió loco. Literalmente. Era preciosa y una ejecutiva de esas de Nueva York. Se pasaron toda la semana juntos y él dijo que la iría a visitar.

—Me dijo que nunca había estado en Nueva York.

—Pues te mintió. Se presentó allí y ella prácticamente le echó.

—¿Qué?

—Le dijo que no se casaría con un tío de Montana cuando tenía mil tíos mejores que él en Nueva York con los que compartiría los mismos intereses. Que había sido una aventura de vacaciones y que se había terminado.

—Entiendo. Supongo que le sentó fatal.

—Llegó hecho polvo. Se empezó a alejar de las turistas, pero llegó la del quad. Le seguía a todos los sitios e intentó seducirle de mil maneras distintas, pero él se resistía. Bueno, el hecho es que el día del accidente ella bebió de más en el bar y se le fue la lengua con uno de nuestros chicos después de tirárselo en el baño. —Avariella le miró sorprendida. —Sí, precisamente por eso se lo contó. Barry le preguntó si no iba a por el jefe y ella le dijo que lo que quería era ser la mujer del dueño del rancho, pero que siempre podrían divertirse.

—Quería su dinero.

—Exacto. Otro hecho que a Ken le sentó como una patada en la boca y se alejó de las turistas todo lo que podía. Brent siguió su ejemplo y así hemos llegado hasta aquí.

Pensando en ello miró la chimenea. Así que porque era de Nueva York y porque la creía otra aprovechada, le había dado una patada en el trasero sin más explicaciones. Se moría por estar con él, pero que la tratara así no lo iba a tolerar. —¿Me ayudas a llegar a mi habitación? Necesito descansar.

—Avariella...

—Por favor —dijo intentando no llorar—. Por favor, solo quiero dormir.

Luke asintió levantándose y la cogió en brazos. —No hace falta...

—Shusss. Necesitas que te cuiden un poco.

Emocionada agachó la mirada y cuando la tumbó en la cama, la cubrió con el grueso edredón después de quitarle las zapatillas de deporte. —¿Quieres comer algo?

—No, gracias.

—Los demás estarán a punto de llegar de la excursión. Diré que no te molesten.

—Gracias. —Se volvió dándole la espalda dando gracias a Dios porque al menos tenía las costillas y la pierna herida en el mismo lado, porque sino aquello sería una tortura.

Luke salió de la habitación y dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas. Era obvio que se había equivocado con él. No era el hombre que necesitaba si la rechazaba por lo que habían hecho otras, sin ni siquiera dejar que se explicara.

Escuchó ruidos en la habitación y abrió los ojos. Jane sonrió sentada a su lado. —Tienes que comer algo y tomar la medicación. Llevas cuatro horas durmiendo. ¿No te duele?

—Sácame de aquí —suplicó mirándola a los ojos—. Por favor, sácame de aquí.

Jane frunció el ceño viendo que había llorado. —Avariella, ¿qué ocurre?

—No puedo hacerlo, ¿vale? Yo no soy como tú. Me ha hecho daño y quiero irme.

—Cuéntamelo.

—No quiero hablar de ello. Por favor llama a quien quieras, pero sácame de aquí. Quiero regresar a casa —dijo angustiada.

Al ver que estaba a punto de llorar de nuevo asintió. —No tienes que preocuparte. Te irás por la mañana.

—Gracias. —Se volvió ignorando la comida y suspiró. —Allí tengo a mi familia y lo olvidaré todo. Tengo a mis sobrinos y a mis hermanas... Mi madre me cuidará y le olvidaré.

—Claro que sí. No te preocupes. Todo volverá a la normalidad. —Le acarició la espalda mientras se quedaba dormida y vio el dolor en su rostro por el espejo que tenía en frente.

Jane se levantó de la cama muy despacio dejándole los sándwiches sobre la mesilla. Apretó

los labios porque no había tomado las pastillas. Muy preocupada se volvió y a toda prisa fue hasta a la habitación a por su móvil, pero juró por lo bajo porque no tenía cobertura. Bajó las escaleras corriendo y les preguntó a los chicos que estaban ante la chimenea —¿Alguien tiene cobertura?

—Qué va. Esta muerto desde que llegamos. —Ben se volvió. —¿Por qué?

—Si quieres llamar, debes ir a la casa grande —dijo Rosie tirando los dados.

—Por supuesto que voy a ir —siseó cogiendo la cazadora del perchero antes de irse dando un portazo.

Jane fue hasta uno de los quads poniéndose la cazadora y arrancó con ganas de matar a alguien recordando la ilusión que a Avariella le hacía ese viaje. Aceleró yendo hacia el rancho guiándose por las luces. Cuando llegó, la puerta principal se abrió mientras aparcaba. Marie salió preocupada. —¿Está peor?

—¡Pues sí! ¡Está mucho peor! —Subió los escalones y pasó a su lado gritando —¡Ken! ¿Dónde coño estás?

—No está en casa —dijo Marie asombrada—. Tenía una cita.

Se volvió sin poder creérselo. —¿Una cita?

Brent salió del salón. —¿Qué haces tú aquí?

—Hablar con tu madre. ¿No lo ves, idiota?

—¡Jane! —Marie estaba atónita por su actitud.

—¡Mira, tú me caes genial, pero no sé qué le ha hecho tu hijo a mi amiga y no me voy de aquí hasta que me dé explicaciones! ¡Y quiero un puto teléfono ya!

—Lo del disparo fue un accidente —dijo Brent muy serio—. Y baja la voz.

—¿Y cuando se acostó con ella después de una experiencia muy traumática también fue un accidente?

Marie jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Pero qué dices?

Brent apretó los labios. —Te estás pasando.

—¿Yo me estoy pasando? ¡Tenía que llevarla al hospital y la ha destrozado! ¡No sé qué le ha dicho, pero ya que es tan hombre, me lo va a decir a mí a la cara! ¿Dónde está el teléfono? — Brent señaló el salón y ella fue hasta allí furiosa, encontrándolo sobre una mesilla.

—¿A quién llamas? —preguntó Marie poniéndose nerviosa.

—Al seguro. Avariella quiere irse de aquí de inmediato.

Marie miró a su hijo sin poder creérselo. —¿Pero qué ha hecho?

—Mamá, déjame a mí. Jane cuelga el maldito teléfono.

—Y una mierda. —Le señaló con el dedo. —Suerte tenéis que no os meta una demanda con la que perdáis medio rancho. ¡Lleva dos días aquí y casi se mata varias veces! —Juró por lo bajo y volvió a marcar.

—Ken dejó que volviera sola a casa en una ambulancia. —Los tres miraron a Luke que estaba tras ellos. —Llegó sola a la cabaña.

—¡Esto mejora por momentos! —gritó Jane mirando con rencor a Brent que se tensó—. Todos unos caballeros, sí señor.

—¿Por qué? —preguntó su madre sin poder creérselo—. ¿Le pega un tiro y la deja sola en el hospital?

—Ken no ha querido contármelo —dijo Luke preocupado—. Cuando le vi esta tarde, le pedí explicaciones y me dijo que me metiera en sus asuntos. Se cambió y se fue.

—¡Sí! —gritó Jane al teléfono—. ¿Me oye? Soy Jane Smith, número de operador siete, siete, cuatrocientos cincuenta y seis. Sí, de Nueva York. Necesito el traslado de una usuaria accidentada para mañana. Nombre Avariella Romero. Sí, del viaje a Montana. —Les miró con rencor. —¿Lesiones? —preguntó divertida—. ¡Un tiro en la pierna y dos costillas rotas! Necesita silla de ruedas. Sí, tiene seguro completo, me encargué yo misma. —Se pasó la mano por su cabello castaño. —¡Mira, no me toques las narices y búscate la vida que para eso lo ha pagado! O ya me encargaré yo de que mi agencia no vuelva a contratar con vosotros y correré la voz entre los operadores sobre que dais largas a los usuarios. ¡Quiero que vengan a recogerla mañana por la mañana para regresar a Nueva York de inmediato! Llámame a este número de teléfono con los detalles. Te espero aquí.

Colgó el teléfono y se cruzó de brazos levantando la barbilla. —Os aconsejo que alguien llame a Ken cuanto antes, porque como he dicho hace un minuto, no me voy de aquí hasta escuchar sus explicaciones.

Brent apretó los puños antes de acercarse al teléfono. —Luke vete a la cama.

—Ni hablar, quiero enterarme de lo que ha hecho.

—Hijo vuelve a tu habitación, por favor —dijo su madre abochornada.

El chico bufó antes de ir de nuevo hacia las escaleras. —Siempre me dejáis de lado.

—Menudo numerito estás montando —siseó Brent con el auricular en el oído.

—Pues no has visto nada, porque como el cabrito de tu hermano no me dé unas explicaciones coherentes, se va a cagar. Va a arder el maldito rancho. —Sin cortarse fue hasta el sofá y se sentó muy tiesa, demostrando que de allí no la movía nadie.

Brent se pasó una mano por la nuca. —¿Sí? Ken tienes que regresar a casa. Ahora, ¿me has entendido? Tenemos un problema. —Colgó el teléfono y se volvió. —Viene para acá.

—Perfecto.

—Todavía no entiendo qué ha podido pasar para que... —Marie se sentó en el sofá frente a ella. —Dios mío, ¿se acostó con ella en la cabaña?

—Madre...

—Sí, señora... los tiene muy bien educados.

—¡No te pases, Jane! ¡Mi madre no tiene ninguna culpa!

—Claro que no. ¡La culpa es de tu hermano!

—¿Quién me dice que ella no hizo lo mismo que tú y se le insinuó? ¡Estás especulando!

—Avariella no es como yo —dijo descarada—. ¡Y estamos en el siglo veintiuno, imbécil!

Una mujer puede decir lo que desea sin que retrógrados como tú se sientan menospreciados. Me gustabas, ¿y qué? Y yo te gustaba a ti. Lo sé. Pero no sé qué trauma de mierda tenéis que salís corriendo. ¿Pues sabes qué? ¡Para decir que no, no hace falta hacer daño a la gente y tu hermano le ha hecho daño y varias veces! —Se levantó furiosa. —Pongámonos en el caso de que fuera ella quien se le insinuara... ¿Qué pasa por eso? ¿Acaso le obligó a acostarse con ella? ¡No creo, le saca medio metro! ¿Crees que una mujer que ha estado a punto de morir y está medio congelada, piensa en seducir a nadie? ¿De verdad lo piensas? —Brent pálido miró a su madre que se apretaba las manos angustiada. —¡Si alguien se pasó, fue Ken! ¡Él aprovechó que estaba débil para acostarse con ella! ¿Pero qué pasó por la mañana? Que él le dio la patada. ¡Tú por tu lado y yo por el mío! Muy bonito. ¡Y cuando tiene que llevarla al hospital, tiene un accidente y le pega un tiro! ¡Esto es el colmo! ¡Y encima la abandona sola en el hospital! ¡Pero mi amiga no estaba destrozada por eso y pienso hacer que tu hermanito me lo diga a la cara!

—Dios —susurró Marie avergonzada.

Brent se sentó a su lado cogiendo sus manos. —Será mejor que nos mantengamos en silencio hasta que llegue Ken y esto se solucione.

—Por mí perfecto. —Se sentó de nuevo y se cruzó de brazos.

Pasaron media hora en silencio y el teléfono sonó. Brent se levantó para ir a cogerlo y Jane miró a Marie a los ojos, pero la mujer agachó la mirada.

—Es para ti.

Se acercó a toda prisa cogiendo el teléfono con mala leche. —Tienes que estar de broma —dijo segundos después pasándose la mano por la frente—. ¿Dos días? No hablas en serio. ¡No me vengas con historias de que has hecho lo que has podido! ¡Tu obligación es enviar al usuario a casa de inmediato! ¡Si no hay billetes en vuelos comerciales, contrata un avión privado! ¿Que no es una urgencia médica? ¡Le han pegado un tiro y quiere regresar a casa! ¡Qué te den! ¡Te aseguro que esto tu compañía lo va a pagar! ¡Prepararos para una demanda! —Colgó furiosa y cuando vio que Brent levantaba una ceja exclamó —¿Qué?

—Al parecer te gusta ir por la vida como una apisonadora.

—A diferencia de tu familia, yo no me llevo a nadie por delante, así que no me des lecciones.

Escucharon el sonido de un motor y Brent se acercó a la ventana. —Es Ken.

—Vaya, ha llegado rápido. ¿También estaría escondido en el pueblo?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Marie.

Ken entró en ese momento y Jane dejó caer la mandíbula al ver al tipo de la foto. Se había afeitado y cortado el pelo. Además llevaba un traje gris con un abrigo carísimo que se quitó en ese momento.

—¿Qué pasa? ¿Qué problema hay? —Brent se apartó y vio a Jane en el salón. —¿Qué ocurre?

—¿Qué ocurre? Dímelo tú.

—¿Quién es esta mujer?

—Es Jane Smith, es una de las turistas y es amiga de Avariella —respondió su madre levantándose—. ¿No la recuerdas de ayer cuando recogiste a Avariella de su habitación para llevarla al hospital?

Ken se encogió de hombros. —No lo recuerdo, ¿pero qué ocurre?

—¿Qué ocurre? Vuelve a preguntar eso y te meto una patada en las pelotas que te envió a Marte, maldito cabrón. —Dio un paso hacia él y Brent la cogió por el brazo.

—Jane quiere explicaciones sobre qué ha ocurrido para que abandonaras a Avariella en el hospital y la verdad, yo también las quiero —dijo su madre seriamente.

Ken se tensó. —Consideré que no debía quedarme más tiempo.

—¿Consideraste que tenías que dejarla allí sola, sin una cara conocida a su alrededor, después de pegarle un tiro? —Su madre no salía de su asombro.

—Hay cosas que no sabes, madre. Hice lo que me parecía mejor.

—¡Lo mejor para ti! —gritó Jane.

—¡Sí! ¡Y era lo mejor porque no quería decirle a la cara que era una zorra aprovechada!

Los tres le miraron atónitos. —Ken, ¿qué pasó para que pienses eso?

—¡Sabía quién era antes de que llegara al rancho y lo hizo todo a propósito para estar a mi lado!

Jane negó con la cabeza mirándole con desprecio. —No te conocía.

—¡Claro que sí! ¡Sabía que no llevo barba normalmente! ¡Me lo dijo ella! ¡Había visto mi foto antes!

—¡En el autobús! —Señaló a su madre. —¡Ella nos habló de ti y sentimos curiosidad!

—¡Y ella decidió que era una presa mejor que los que iban en el autobús!

Jane soltó su brazo de Brent de mala manera. —Serás gilipollas. Me di cuenta de que nada más ver tu foto sintió algo por ti, ¿y qué? —Señaló a Brent. —¡Y yo me fijé en él! ¡Era una foto y teniendo en cuenta lo que teníamos alrededor, era una opción mucho mejor! ¡Parecía hombres de verdad, que es lo que llevamos buscando toda la vida! —Se echó a reír sin ganas. —Pero nos equivocamos, eso es obvio. Al contrario que yo, mi amiga no es capaz ni de pedirle una cita a un hombre y tú, desgraciado de mierda, ¿la acusas de un plan descabellado con perros incluidos para atraparte? Te debes creer la leche para que una mujer pase por todo eso por ti. —

Se echó a reír de nuevo al ver como se enderezaba. —Y aún así mi amiga al día siguiente lloraba entre mis brazos porque le habías dicho que era el polvo de una noche. ¡Yo le dije que no se rindiera! —le gritó a la cara—. ¡Qué si estaba enamorada no podía darse por vencida! ¡Ni quería llamar al médico y yo la convencí para que fuera al hospital! ¿Y tú le pegas un tiro después de tener un accidente y porque te dice que te ha visto en una foto, la dejas tirada allí? ¿Sabes cómo se ha sentido? ¿Tienes alguna idea de cómo se ha podido sentir?

—Dios mío esto es por lo de esa con la que te liaste hace un año, ¿verdad? —preguntó Marie. Ken pálido apretó los puños—. ¿Fue por ella? Por eso te alejaste de los grupos, ¿pero Avariella qué culpa tiene de lo que hizo esa mujer?

—¿Qué mujer? —preguntó Jane.

—¡No es asunto tuyo!

—¡Claro que lo es si por su culpa has juzgado a Avariella sin conocerla! ¿Pero sabes qué? Tienes razón, ya no me interesa, porque me he dado cuenta de que no eres lo que ella necesita. Ella necesita un hombre que la acompañe en todo momento, y que quiera pasar un infierno cuando se eche a llorar porque desee tener un hijo y ese hijo no llegue. Merece a alguien que piense en ella antes que en sí mismo y que no vea planes ocultos en cada una de sus acciones. —Fue hasta la puerta y la abrió furiosa. —Pero sobre todo merece alguien que no le haga daño y está claro que ese no eres tú. —Iba a salir, pero se detuvo señalando a Brent. —¡Y a ti... madura un poco! ¡Si no quieres grupos en tu casa que te molesten, díselo a tu madre en lugar de esconderte en el pueblo como un crío! —Salió cerrando de un portazo y dejando un tenso silencio tras ella.

Marie miró a sus hijos decepcionada. —Todo lo que ha dicho es cierto. Avariella supo de vosotros en el autobús porque yo se lo dije y es cierto que las escuché cuchichear emocionadas por conocerlos. Si alguien tenía un plan era yo, que traje a Patricia intencionadamente para que te olvidaras de esa mujer, que ha conseguido que mi hijo mayor dude de sí mismo. Y como mujer, yo jamás hubiera dejado que me persiguiera un perro y me hubiera metido en un depósito con riesgo a congelarme solo con la simple intención de hablar con un hombre, cuando simplemente me hubiera podido acercar a él este viernes en la fiesta del pueblo. Me has decepcionado. Ella necesitaba tu apoyo y tú solo le has hecho daño. Yo no te crie así.

Salió del salón y Ken cerró los ojos. Brent fue hasta el mueble bar en silencio y se sirvió un bourbon, bebiéndoselo de golpe sin mirarle. —¿Tú no vas a decir nada?

Brent se volvió cogiendo la botella. —Esa mujer me vuelve loco.

—¿Qué? —preguntó incrédulo.

—Jane. Y no te culpes, yo pensé lo mismo que tú y me acosté con ella como tú. Pero mi chica es más dura que la tuya. Y no le he pegado un tiro, claro. Pero ha conseguido que me sienta igual de cabrón. Después de acostarnos, dejé que volviera sola en el quad al rancho y nevaba

bastante. —Sonrió sin ganas. —Así que debemos tener la misma sangre.

—La noche en que desapareció Avariella.

—Exacto. Jane estaba conmigo y Avariella mientras tanto se perdía al regresar.

—Si te gusta tanto, ¿por qué lo hiciste?

—Yo también aprendí una lección con Laura. No quería que me pasara algo parecido.

Ken se sentó en el sofá y apoyó los codos sobre las rodillas mirando el suelo.

—¿Por qué ha dicho eso de los hijos? —preguntó su hermano acercándole una copa. La cogió y le dio un buen sorbo. —¿Ken?

Levantó la vista. —Tiene problemas para tener hijos. O eso me ha dicho.

—¿Aún dudas de ella?

—Joder, ya no sé qué pensar.

—De todas maneras creo que ya da igual. Se va pasado mañana.

Ken miró a su hermano. —¿Cómo que se va?

—Jane ha conseguido que su seguro se la lleve. Tenías que haberla visto cuando llegó. Pensé que quemaba la casa. —Divertido bebió de su copa. —Estaba enfadadísima diciendo una y otra vez que le habías hecho daño. Destrozado fue la palabra.

Ken miró su vaso recordando la mirada de incredulidad de Avariella cuando se cerraban las puertas del ascensor. —Al parecer la he fastidiado bien.

—Ella lo sabe. —Miraron a Luke que parecía arrepentido. —Yo le dije lo que pasó con Laura y la del quad cuando llegó esta tarde del hospital, porque llorando repetía que no lo entendía. Supe que le habías hecho daño y me imaginé que la habías rechazado, así que se lo conté. Lo siento.

—Tú no tienes la culpa de nada. —Bebió el resto de su copa y tragó mirando la alfombra pensando en lo que había ocurrido.

—La escuché.

Ken giró la cabeza para mirar a su hermano pequeño. —¿Qué escuchaste?

—Lloraba en la bañera mientras Jane le limpiaba la sangre. Mamá me había dicho que la chimenea de Jane no tiraba bien y estaba limpiándola, haciendo pellas del instituto, cuando las escuché por el respiradero del baño. Escuché lo que decían cuando creían que no las oía nadie. —Apretó los labios y Ken se tensó mirando sus ojos. —Está enamorada de ti.

—¿Qué dices? —preguntó pálido.

—La escuché decir que había sido maravilloso y que se había sentido parte de ti. Que nunca en su vida había sentido algo así.

Ken se levantó furioso tirando el vaso contra la pared antes de salir de la casa dando un portazo.

Brent carraspeó mirando a su hermano interrogante. —La tuya tiene más mala leche.

Reprimió la risa. —Ya me había dado cuenta.

—Pero también está loquita por ti.

—Me acabo de dar cuenta de eso también.

—Para ser los mayores, sois un poco idiotas.

—Vete a la cama, enano. Ya no harás más pellas.

Luke se fue de nuevo y Brent se acercó a la ventana para ver a su hermano sentado en el porche con la mirada perdida. Cogió el abrigo y salió sentándose a su lado en silencio. —Bueno, ¿qué vas a hacer? Es para ver si me proporcionas una idea sobre qué hacer con Jane.

—¿Qué coño voy a hacer, Brent? ¿Crees que tengo posibilidad de hacer algo? ¡Joder! ¡Incluso después de pegarle ese puñetero tiro, quería tener algo conmigo! ¡Hasta la había invitado a venir de nuevo y estaba encantada! ¡Y he tenido que joderlo todo! ¡Cree que me voy a tirar a otra esta noche! ¡Me aseguré de ello dándole cien pavos a la enfermera antes de largarme del hospital para que pensara que iba a salir con ella!

—Está claro que tú lo tienes mucho más difícil que yo.

—Vete a la mierda.

—Eh, no la tomes conmigo.

Ken juró por lo bajo levantándose y se detuvo sorprendido al ver que empezaba a nevar de nuevo. Frunció el ceño. —¿Cuándo vienen a buscarla?

—Pasado mañana.

—Me voy a la cabaña.

Brent no se lo podía creer. —¿Estás de broma? ¿Vas a pasar de todo? Además, está nevando muchísimo. Puedes quedarte bloqueado días. ¡Ella ya se habrá ido!

—Precisamente por eso.

Entró en la casa a toda prisa y Brent susurró —Joder, está más perdido que yo.

Capítulo 7

Avariella gimió de dolor y al intentar darse la vuelta en la cama, le dolió la pierna por apoyarla contra el colchón. Suspirando se puso boca arriba cuando sintió un trapo sobre la boca con un olor horrible. Asustada abrió los ojos como platos intentando apartar aquella mano de su boca y cuando una cara borrosa se puso sobre ella, gritó pataleando en la cama. Pero su cuerpo empezó a no responderle y perdió el sentido.

Dios, le dolía todo. Gimió levantando las manos hasta la cabeza. Tenía el estómago revuelto y ganas de vomitar. Se apoyó del costado en el brazo sano intentando incorporarse y cuando abrió los ojos se quedó muy quieta al ver que estaba en la cabaña de Ken. Asombrada miró a su alrededor. Estaba muy distinta. Había dos mecedoras ante la chimenea y mantas de colores. Se había limpiado a fondo y había un montón de comida en la zona de la cocina. ¿Qué diablos hacía allí otra vez? Consiguió sentarse del todo y se mareó. Suspiró llevándose las manos a las sienes. —¡Dios! —Apartó las sábanas y escuchó unos pasos saliendo de la zona de la cocina que no veía. Levantó la vista para ver a Ken sin barba acercándose a ella con un vaso de zumo.

—Toma, nena. Llevas mucho sin tomar las pastillas.

—¿Qué ha pasado? —Apartó el zumo asqueada volviendo la cabeza.

—¿Te encuentras mal?

—Todo me da vueltas.

Él hizo una mueca sentándose a su lado. —Seguro que cuando te tomes esto te encuentras mejor. ¿Te duele?

Se encontraba tan mal que le entraron ganas de llorar. —¿Qué me pasa?

—Se te pasará. Toma.

Vio las pastillas en la palma de su mano y las cogió metiéndolas en la boca. Su mano tembló al coger el vaso y Ken la sujetó ayudándola a beber. Él sonrió. —Ya verás cómo te encuentras mejor en un rato.

Ella reprimió una arcada y Ken apartó el vaso mirándola preocupado. —Intenta no vomitarlas. —Gimió tumbándose en la cama de nuevo. —Sería bueno que comieras algo.

—Déjame en paz —susurró contra la almohada.

Ken se levantó lentamente y se alejó de ella. La verdad es que se empezó a sentir mejor varios minutos después en los que le oyó ir de un lado a otro de la cabaña como si estuviera

colocando cosas. Sin darse cuenta el mareo desapareció y se volvió para observarle. Entrecerró los ojos al ver que estaba en el armario y que su ropa estaba allí colgada. Ahora que ya podía pensar, volvió los ojos de un lado a otro. ¿Qué rayos hacían allí? Se sentó en silencio y sacó las piernas de la cama. —¿Qué hacemos aquí?

Él se volvió sorprendido y sonrió del alivio. —Pensaba que te habías dormido.

—¿Qué hacemos aquí? —Mosqueada miró a su alrededor y parpadeó al ver unas zapatillas forradas de piel en el suelo que parecían de su número. Le miró a los ojos esperando una respuesta.

—Pues te vas a reír.

—No lo creo —dijo con mala leche.

—He tomado una decisión.

—¿No me digas? ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Pues mucho. —Cerró el armario y se acercó quedándose a unos metros. Puso los brazos en jarras como si se preparara para una lucha y ella le miró con desconfianza. —He decidido que no quiero que te vayas, así que te he traído aquí.

Procesando la información, porque aún estaba algo espesa, se le quedó mirando sin mover el gesto. —¿Qué?

—Ha habido un malentendido...

—¡Un malentendido! ¡Me pegaste un tiro y me abandonaste en el hospital!

—Ese no fue el malentendido. —Carraspeó incómodo. —¿Quieres desayunar?

Entonces Avariella lo entendió todo. —¡Me has secuestrado! ¡Me has drogado!

—Bueno, drogar es una palabra muy fuerte. Te anestesié un poco.

—¿Un poco? ¿Cuánto llevo aquí?

Él hizo una mueca. —Unas dieciocho horas. ¿Seguro que no quieres beber un poco más? Igual estás algo deshidratada.

—¡Voy a perder el avión! —gritó nerviosa.

—No tienes que preocuparte de eso. No vas a coger ese avión.

Le miró asombrada. —¿Se te ha ido la cabeza? ¡Cómo que no voy a coger ese avión! Puede que a ti te sobre la pasta, pero...

—Nena, te vas a quedar aquí hasta que yo decida que podemos bajar. Y como está nevando, vamos a tardar unas semanitas.

—¡No!

Se cruzó de brazos. —Sí.

Sin creérselo se levantó y él la empujó ligeramente por el hombro sentándola de nuevo. — ¡Yo me largo de aquí! ¡Ni me toques! —gritó con rabia.

—Eso es lo que tenemos que arreglar.

—¡Tú y yo no tenemos que arreglar nada!

—Claro que sí. Ahora estás enfadada, pero...

—¿Enfadada? —Dolida le miró a los ojos. —¡No tienes ni idea de lo que siento, así que ni me dirijas la palabra, maldito chiflado bipolar!

—Vale, me lo merezco. ¿Una tostadita?

—¡Métete la tostada por donde te quepa, capullo!

Él sonrió. —¿Ves? Ya hay comunicación. Eso es importante en una pareja.

—¿Pareja? —preguntó a voz en grito—. Tú y yo no somos pareja. ¡Ni lo seremos!

—Claro, ahora es pronto para que pienses siquiera en perdonarme. Es que me equivoqué al juzgarte tan rápidamente, pero lo arreglaremos, ya verás. —Se volvió como si nada y regresó a la cocina. —¿Sabes? Yo también estoy de acuerdo en tener hijos cuanto antes. No debes preocuparte por eso. Seguro que tenemos unos cuantos.

Avariella entró en pánico dándose cuenta de que le faltaba un tornillo y se levantó caminando lentamente hacia la puerta. La madera crujió a su paso y él se volvió para verla tirando de la manilla de manera desesperada. —Nena, no deberías forzar la pierna para nada. Si quieres ir al baño, ya sabes dónde está. Aquí no hay que salir fuera.

Se tiró al cerrojo intentando abrirlo pero estaba muy duro y él suspiró acercándose. —Avariella, está cerrada.

Se volvió furiosa. —¡Eso ya lo veo! ¡Abre!

—Hace un poco de frío fuera. Mejor métete en la cama.

—¡Abre la puerta!

La cogió en brazos y ella le agarró del pelo chillando que la dejara salir. Sin inmutarse la tumbó en la cama y cogió sus brazos poniéndoselos sobre la cabeza. —¡Suéltame! —gritó revolviéndose antes de gemir de dolor.

—¡Te has hecho daño! ¿Quieres estarte quieta? ¡No te voy a dejar salir y que cojas una pulmonía, que es lo que te faltaba! —Se agachó y le besó los labios con fuerza. Avariella abrió los ojos como platos e intentó morderle, pero él se apartó a tiempo sonriendo. —Esto te lo perdono porque estás alterada.

—¡Puñetero psicópata! ¡Déjame irme!

—Te había invitado a pasar otras vacaciones aquí y eso es lo que vamos a hacer. —Los ojos de Avariella se llenaron de lágrimas de la impotencia y él perdió la sonrisa. —Sé que te encuentras mal y que he metido la pata, pero danos una oportunidad.

—¿Qué pasa? ¿Que la enfermera no te gustó en la cama? —preguntó con rabia.

—Nunca he salido con esa mujer. —El corazón de Avariella dio un brinco, pero se negaba a pensar de nuevo que tenían una posibilidad. Puede que para él fueran tonterías, pero no iba a consentir que le hiciera daño de nuevo. Cogió sus muñecas con una mano y la sujetó por la

barbilla para que le mirara a los ojos. —Era mentira, ¿de acuerdo? No he vuelto a verla desde que salí del hospital.

—Me importa poco.

—Vale, no te importa. Pues bien que me lo acabas de echar en cara, pero no quiero discutir.

—¡Pues no te queda nada como no me dejes irme!

—¿Para qué? ¿Para volver a tu trabajo en Nueva York?

—¡Quiero ver a mi familia! ¡Ellos sí que me quieren!

Ken apretó los labios al ver su dolor. —Siento haberte hecho daño, nena.

—No me has hecho daño. ¡No me importas nada!

—Si no te importara no estarías así.

Avariella le miró con odio. —Púdrete.

—Sabía que esto no iba a ser fácil. Tengo mucha paciencia.

—Se te va a agotar, eso te lo juro.

—Ahora vas a desayunar. Y te lo vas a comer todo.

—¡Qué te den! Jane me encontrará.

—Tu amiga tiene mucho carácter, pero dudo que te busque porque no sabe que has desaparecido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó sorprendida.

—Mi madre le dirá que vinieron a buscarte cuando ella no estaba en la casa.

—¡Me llamará!

—Claro que puede intentarlo, pero tu teléfono no dará señal.

—¡Cuando llegue a Nueva York, se dará cuenta de que no estoy allí!

—Puede, eso si llega a Nueva York.

Abrió los ojos como platos. —¿Qué quieres decir?

—Que mi hermano no vio mal del todo esta idea. Dudo que ella coja ese avión. Seguro que ahora mismo están reconciliándose en la casa del pueblo.

—¡Estáis chiflados! ¡Y tu madre también si os está ayudando!

—Es que mi madre quiere nietos en casa —dijo divertido—. ¿No te habías dado cuenta?

—¡Os voy a meter una demanda que os vais a cagar! ¡No puedes tenerme aquí para siempre!

—No, claro que no. Pero sí puedo mantenerte aquí durante un tiempo. Al menos mientras nieve, así que igual hasta primavera...

—¡Mi familia se pondrá en contacto con la policía cuando no vuelva de las vacaciones!

—Ya, puede que suceda, ¿pero saben a qué rancho de Montana te has ido?

Perdió todo el color de la cara. —Estás loco.

Ken se levantó furioso. —¡Vale que todo esto es un poco raro! ¡Pero si no hago nada, te

hubieras ido!

—¡Y ahora con mucha más razón!

—Bah, no eres rencorosa —dijo como si nada dejándola de piedra—. Si lo fueras no me hubieras perdonado tan fácilmente haberte dicho que había sido un polvo de una noche y todo lo que ocurrió después. Sobre todo lo del tiro. Otra se lo hubiera tomado fatal. ¿Quieres huevos revueltos con las tostadas? De momento tenemos huevos y hay que aprovecharlos.

Furiosa se levantó de la cama y entró en el baño cojeando y cerrando de un portazo. —Nena, si te quieres duchar no hay agua caliente. ¡Todavía! La cocina es de leña. ¿Quieres que te caliente agua?

—¡Qué te den! ¡Espero que se te caiga la nariz porque no me pienso lavar!

—Tranquila, yo cuando estoy aquí me paso días sin lavarme.

—¡Serás guarro!

Reprimió la risa yendo hasta la cocina de nuevo. Sacó el pan y lo puso en la tostadora. Esperaba que la instalación eléctrica aguantara con tanto electrodoméstico encendido. Cuando salió del baño, él la miró con una sonrisa en la cara, pero al ver que estaba a punto de llorar la perdió del todo. No estaba nada contenta por su arrepentimiento. —Enseguida estarán las tostadas.

Asintió sonrojándose y miró de un lado a otro allí de pie. —Nena, te vas a enfriar. Tienes las zapatillas. —Fue hasta ella y la volvió a coger en brazos sentándola en la cama, pero ella se levantó de golpe tocándose el costado. —No te vas a ir, así que estate tranquilita, ¿quieres? Así no hay quien haga el desayuno.

—¿Dónde están mis cosas del baño?

Él juró por lo bajo. —Perdona Avariella, pero con las prisas solo me acordé de la ropa.

Se sonrojó aún más. —Pues tienes que ir a buscarlas.

—Sí, ya. —Se volvió para regresar a la cocina.

—¡Tienes que ir a buscarlas o dejar que me vaya! —gritó rabiosa.

—Eso no va a pasar.

—¡Me ha bajado la regla!

Estupendo. Tomó aire volviéndose y la miró. —Tampoco es para tanto. Puedes cortar una de las toallas.

Le miró con unas ganas de matarle que se dijo que aquello iba a ser más difícil de lo que pensaba. —¡Insensible de mierda!

—No te lo tomes tan mal. Será la próxima vez.

—¿Será qué? —preguntó atónita.

—Tendremos hijos. No debes agobiarte por eso, que luego es peor. ¿Mermelada y mantequilla?

Furiosa cogió lo que tenía al lado que era uno de sus libros y se lo tiró a la cabeza. Lo esquivó fácilmente. —No era un libro muy bueno.

—¡Te odio! ¡No tendría un hijo contigo ni muerta! —Entró en el baño y volvió a cerrar de un portazo.

—Mejor hablamos de eso más adelante cuando estés más relajada.

—¡Imbécil!

Terminó de hacer el desayuno y lo puso en la mesa. Preocupado porque llevaba un buen rato en el baño y no se oía nada, se acercó a la puerta. —Nena, el desayuno ya está listo.

Como no contestaba frunció el ceño. —¿Avariella? ¿Estás bien? —Giró el pomo pero estaba cerrada por dentro. Juró por lo bajo golpeando la puerta con el hombro y vio que había escapado por la ventana. —¿Estás loca, mujer? ¡Si estás descalza!

Corrió hacia la puerta y la abrió a toda prisa. Vio las huellas en la nieve que demostraban que había rodeado la casa. —¡Avariella! —Salió corriendo tras ella y no tardó en encontrarla porque se había detenido al lado de un árbol y por su cara le dolía algo. —Nena... —Se acercó asustado y la cogió en brazos para ver que había roto una de las toallas para cubrirse los pies. —¿Qué te duele?

—¡Todo! ¡Me duele todo!

Se echó a llorar sobre su pecho y la apretó a él llegando a la casa. La sentó en la cama y preocupado le quitó las toallas de los pies que estaban empapadas. También tenía mojados los pantalones y él se levantó para ir al armario y coger un chándal porque era más caliente que lo que llevaba. Cuando se volvió, se detuvo porque se había tumbado en la cama dándole la espalda. Suspiró acercándose a ella y se tumbó a su lado. —¿Sabes? Esta cabaña me la hizo mi padre y me la regaló cuando cumplí los dieciséis. Eres la primera persona que está aquí conmigo.

—¿De verdad? —Sorbió por la nariz y él sonrió.

—Nunca dejo que venga nadie. Es mi refugio.

—Te va a encantar el refugio que te va a buscar la policía. Se llama celda y allí vas a estar de miedo.

—Tú no me harías eso. —Cogió un mechón de su cabello y lo acarició. —Cuando te vi montada a caballo con aquella cara de susto, pensé que eras una preciosidad, ¿sabes?

—Mentiroso.

—Sí que lo pensé, pero lo que ocurrió con Laura me hizo largarme a toda prisa. Luke me ha dicho que te lo ha contado, así que supongo que ya lo sabes todo.

Ella se mantuvo en silencio, pero él hizo una mueca cuando apartó su cabello molesta. —¿No quieres hablar de esto? Vale. Pero desayuna un poco, ¿quieres? Llevas muchas horas sin comer y te vas a poner enferma.

—Mejor.

—¡No, mejor no! —Se levantó y puso los brazos en jarras. —Como si tengo que obligarte a comer, pero lo vas a hacer. ¡Y cámbiate de pantalones o lo haré yo! —Avariella no se movió y él entrecerró los ojos. —¡Nena, voy a contar hasta tres! ¡Uno... dos... tres! —Nada, que no se movía. —Muy bien. Tú lo has querido. —Cogió su pierna sana y tiró de la pernera. Avariella gritó tirando de la cinturilla hacia arriba, pero él tenía más fuerza y consiguió bajárselos hasta los muslos. Frunció el ceño al ver que no llevaba ropa interior y que los pantalones no estaban sucios. —¿Me has mentido? —gritó enfadándose de veras.

Ella se volvió tapándose la cara con las manos y echándose a llorar. Palideció y le quitó los pantalones. Le costó un poco ponerle los otros y la cubrió con las mantas hasta la barbilla. —Me lo has dicho para que no me acostara contigo, ¿verdad? Preciosa, no haré nada si no quieres. De eso puedes estar tranquila. Solo quiero que lo arreglemos.

—¡No tenemos nada que arreglar! —Se volvió furiosa. —¡Cómo dijiste fue un polvo de una noche y lo que he conocido de ti, para mí ha sido suficiente!

—¡Así que no quieres perdonarme, pues me da igual! ¡Ya cambiarás de opinión! Tengo un montón de tiempo para que lo hagas.

—Eso no es amor. ¡Se llama síndrome de Estocolmo, imbécil!

—¡Para ser tan tímida, te estás soltando bastante desde hace una hora! ¡Ahora a desayunar! —Se acercó a la mesa y cogió la tostada con la mano. Se la tendió y ella le retó con la mirada. —Nena, no quiero tener que contar otra vez.

Le arrebató la tostada con rabia y le dio un mordisco. Uff, eso había sido un triunfo. Sonrió yendo hacia la mesa. Se sentó mirándola y cogió su taza de café que ya se le había quedado helado, pero le supo a gloria. Mientras comía su desayuno, ella se terminó la tostada y se tumbó de nuevo dándole la espalda. Era cabezota, eso estaba claro. Mejor le daba un descanso. Igual enterarse de que la había secuestrado después de pegarle un tiro, le había chocado un poco.

Capítulo 8

Avariella solo pensaba en cómo podía salir de allí. Lo del baño había sido una estupidez y había perdido una oportunidad buenísima de escapar. Mira que salir con esa temperatura y descalza. ¿Qué le había dado? Las ganas que tenía de salir de allí pitando. Sí, eso había sido. Cuando se le ocurrió lo de tener el periodo, le fastidió tanto su reacción que no lo pensó. Y ella que creía que iría a buscar sus cosas. Menuda ingenua. ¡Un hombre que te deja tirada en un hospital no va a ir a comprarte tampones!

Bueno, daba igual. Todavía podía coger el vuelo del lunes siguiente con sus compañeros. ¿Sería cierto que Jane estaba en una situación parecida con Brent? Pues pobre de él. Seguro que le había quemado la casa. Los ojos de Avariella brillaron. Eso era. Si la casa desaparecía, tendría que rendirse. Se mordió el labio inferior porque era su refugio. Y se lo había hecho su padre. ¿Es que era idiota? ¿Y a ella qué le importaba? ¡Aquello era un secuestro en toda regla!

Se puso boca arriba suspirando y vio que él se servía otra taza de café. —¿Quieres?

La verdad es que olía muy bien. Sin decir nada vio que servía otra taza y que se acercaba a ella. Se sentó cogiendo la taza y susurró —Gracias.

—De nada. —Volvió a su sitio en la mesa y bebió de su café tranquilamente mientras ella soplaba el suyo antes de darle un sorbo. Puso cara de asco cuando apartó la taza y él se echó a reír. —¿Un poco fuerte para ti?

—Parece alquitrán.

—Mi padre lo tomaba así y me he acostumbrado.

—¿Y qué diría tu padre de esto? —preguntó con mala leche.

—Que soy idiota y que tengo un gusto muy bueno.

Sonrió sin poder evitarlo. —¿De veras?

—No se cortaba en decir lo que pensaba.

—Como tú.

Ken asintió. —Sí, como yo. Aunque me he dado cuenta de que igual debería pensarlo un poco.

—Sí, deberías. —Bebió otro sorbo de café y apoyó la taza sobre el muslo sano mirando a su alrededor. —La cabaña es muy bonita y la has limpiado.

—He tenido que darme un poco de prisa, pero no ha quedado mal. Para hacerlo todo en unas horas, ha quedado perfecta. Nunca ha tenido mejor aspecto.

—Y has traído muchas cosas. —Su mirada cayó en la radio que había utilizado la última

vez que estuvo allí y disimuló mirando los libros que había en una caja. —¿Lees mucho?

—En el rancho casi no tengo tiempo. Aprovecho para leer cuando estoy aquí.

—Los he leído todos.

Él la miró sorprendido. —¿De veras?

—La mayoría de Arthur J. Miller dos veces. Me encantan los de misterio. —Sonrió maliciosa al ver uno abierto sobre la mesa de la cocina. —En ese el asesino es su compañero.

—¡Avariella! —protestó él.

—¿Cómo voy a rellenar mis horas si aquí no hay televisión? —preguntó sin ningún remordimiento.

—Hablaremos.

—¿Alguna otra opción?

—No. Porque el sexo está descartado. —Se sonrojó y él se echó a reír. —Además no es que estés muy en forma.

—Tuviste tu oportunidad y la cagaste. Ahora déjame en paz.

—Pues tú querías repetir.

—¡Estaba ciega!

—Repetiremos, cielo. De eso que no te quepa ninguna duda. Estoy deseando sentirte conmigo en tu interior —dijo con voz ronca mirándola intensamente provocando que su sangre corriera alocada por sus venas.

La taza tembló en su mano y bebió haciéndose la loca. Leche, aquello sabía a rayos. —¿Cuándo tiene que bajarte la regla?

Avariella se atragantó poniendo la manta perdida y tosiendo le fulminó con la mirada. Él se levantó lentamente y se acercó a ella dejando la taza sobre la mesa de al lado de la cama antes de sentarse a su lado dándole palmaditas en la espalda. —Mejor dejemos el café.

La mano en su espalda empezó a acariciarla y apartó su cabello con suavidad. Impotente porque deseaba tanto que la tocara, sintió como la siguió acariciando hasta llevar sus manos hasta sus hombros. —Estás tensa. —Gimió cuando masajeó suavemente sus músculos y cerró los ojos dejando caer el cuello hacia delante. Él besó su nuca antes de bajar sus manos de nuevo por su espalda y acarició su nuca con su nariz susurrando —Me he dado cuenta de que eres muy importante para mí, Avariella. Te necesito. —Sin aliento volvió la cabeza y miró sus ojos verdes, estremeciéndose cuando él se acercó a su boca. Besó suavemente su labio superior antes de gemir sujetándola por la nuca para entrar en su boca como si la necesitara de veras. Acarició su mejilla con el pulgar e inclinó su cara para entrar más en ella como si quisiera devorarla. Eso lo desencadenó todo porque Avariella ya no fue capaz de pensar y desesperada llevó las manos a sus hombros girándose. Gruñó cuando le dolieron las costillas y él se apartó de golpe con la respiración agitada. —No puedes.

—Claro que sí —dijo muerta de deseo abrazando su cuello besándole de nuevo.

Él gimió tumbándola en la cama y tiró de las dos partes de la camisa de su pijama haciendo saltar los botones. Apartó su boca mirando sus pechos antes de jurar por lo bajo al ver el morado que tenía en el costado mientras ella besaba su cuello ida de placer. —Nena... tenemos que dejarlo.

—¡Cómo me dejes ahora no te perdono más! Quitame los pantalones. —Avariella gimió cuando metió la mano en la cinturilla del pantalón y acarició con las yemas sus húmedos pliegues. Cerró los ojos de placer antes de sentir sus labios sobre su pecho y gritó cuando mordisqueó su pezón suavemente mientras se estremecía de arriba abajo. Enterró los dedos en sus cabellos y gimió cuando abandonó ese pecho para lamer su otro pezón. Gritó cuando un dedo suyo entró en su interior y arqueó su cuello hacia tras. —Hazme el amor.

Él levantó la cabeza sorprendido. —Nena, ¿y qué estoy haciendo?

Le agarró por el cabello desesperada por liberarse. —¡Hazme el amor! ¡Te quiero dentro de mí ya!

Ken se levantó y llevó sus manos a la espalda, quitándose el grueso jersey que llevaba mientras se la comía con los ojos prometiéndole mil cosas. Ella impaciente se bajó un poco los pantalones y empujó con los pies para sacárselos. Juró por lo bajo cuando las gomas de los tobillos impidieron que se salieran y él dejó caer sus pantalones haciendo que le mirara. Su sexo estaba erecto ante su cara y se pasó la lengua por su labio inferior haciéndole gemir. —Si estuvieras bien, te haría mil cosas.

—Hazme lo que quieras, pero házmelo ya.

Él fue hasta los pies de la cama y tiró de las gomas de su chándal sacándole los pantalones. Mirando sus ojos, vio cómo se arrodillaba entre sus piernas abriéndolas todo lo que podía. —¿Así te duele algo?

—¡Dios! —gritó al sentir su miembro rozando su sexo. La sujetó por la cintura mientras entraba en su ser tan lentamente que creyó que se volvía loca.

—Nena, estás tan caliente que es una tortura.

Ida de placer gimió cuando salió tan lentamente que apretó su interior temiendo perderle. Pero volvió a entrar en ella y ella levantó los brazos apretando la almohada entre sus dedos. Ken repitió el movimiento varias veces y gimió desesperada. —Por favor...

—Nena... te voy a hacer daño —dijo como si estuviera sufriendo.

Avariella abrió los ojos y gritó —¡Dame más!

Entró en ella de golpe y gritó de placer. Ken perdió el control y la invadió una y otra vez, hasta que con un fuerte movimiento de caderas se estremecieron de éxtasis al unísono llegando al paraíso.

Ken se dejó caer a su lado y llevó una mano a los ojos con la respiración agitada cuando la

puerta se abrió de repente y Avariella gritó intentando cubrirse al ver que cuatro hombres entraban en la cabaña armados con pistolas.

—Joder Peter, ¿qué coño haces? —gritó Ken furioso cogiendo las mantas para cubrir a Avariella.

—Escuchamos gritos y... —dijo un hombre vestido de uniforme que se sonrojó con fuerza—. Lo siento tío, pero...

—¡Salid de aquí! —gritó Ken furioso saltando de la cama.

Con los ojos como platos y tapada hasta la barbilla, vio como el hombre no se dejaba intimidar. —Ken, no puedo irme. —Miró a Avariella. —¿Es Avariella Romero? —Asintió muerta de la vergüenza. —Hay una denuncia de secuestro en su nombre.

Ken juró por lo bajo. —¿No me digas? ¿Y quién la ha puesto?

—Rose Anne Batterfield. ¡Y han denunciado la desaparición de Jane Smith! —Miró a Avariella de nuevo. —¿La conoce?

—Sí. Es amiga mía.

—Pues como ves está muy bien. ¡Si me disculpas...!

El policía volvió a carraspear. —Es que no puedo irme. —Miró a Avariella. —Tengo que asegurarme. Señorita, ¿está aquí en contra de su voluntad?

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Ken poniéndose los pantalones antes de mirar a los ayudantes del sheriff que estaban a punto de partirse de la risa—. ¿Que miráis?

—Esperadme fuera. —El hombre se volvió a ella de nuevo. —¿Señorita Romero?

—Peter, ¿por qué piensas eso?

—No sé, Ken. ¡Será porque tiene las costillas rotas y un tiro en la pierna hecho con tu revólver! Y porque está aquí cuando podía estar cómodamente en la cabaña por mucho sexo que tengáis.

—Queríamos intimidad.

—¡Pues a ver cómo explicas el paño con cloroformo que encontramos al lado de su cama! —Miró a Avariella de nuevo. —¿Señorita?

Ken juró por lo bajo. ¿Qué debía hacer? Era cierto que la había secuestrado y aunque se hubieran acostado, eso no borraba todo lo que él le había hecho. Ken palideció al ver las dudas en su rostro. —¿Nena?

El policía miró a su alrededor y fue hasta el armario. —¿Dónde están sus botas?

Ken apretó los labios antes de decir. —No las cogí.

—¿La trajiste en brazos? —preguntó muy tenso.

—Sí.

—Joder Ken, ¿qué has hecho? —Se acercó a él sacando las esposas. —Date la vuelta.

—¡No! —Ken suspiró de alivio al escucharla y Avariella negó con la cabeza. —No. No ha

hecho nada. Me dolía la pierna y me trajo en brazos, pero no ha hecho nada.

El policía que no era tonto miró a su alrededor. —¿Está segura de lo que dice? Ken sal fuera.

—No me voy a mover de aquí.

Peter gritó —¡Sacadle de aquí para que pueda hablar con mi testigo!

Los ayudantes entraron en la casa y cogieron a Ken de los brazos. —¡Joder soltadme! He dicho que me soltéis. —Como era tan grande no podían con él y Avariella se mordió el labio inferior angustiada.

—¡Ken resístete y te voy a detener! ¡Te lo juro! Sal de una puta vez de la cabaña.

—Nena no pasa nada —dijo al ver que estaba asustada—. Todo está bien.

Se dejó llevar al exterior y el policía se acuclilló ante ella. —Vamos a ver. Te voy a hacer una pregunta muy sencilla y quiero una respuesta sincera. El doctor me ha dicho que te pegaste un tiro en la pierna y que fue por accidente. ¿Eso es cierto?

Angustiada susurró —Fue un accidente.

Él apretó los labios sin creerse una palabra. —Muy bien, eso fue un accidente. ¿Has subido aquí consciente? —Se echó a llorar porque no sabía qué hacer. Le quería, estaba enamorada de él, pero en ese momento no sabía si era lo correcto. En realidad no le conocía. —¿No vas a contestar a la pregunta? —Negó con la cabeza. —Muy bien. Te vienes con nosotros. Resolveremos este asunto en el pueblo. ¿Puedes vestirte sola? No tengo agentes femeninos. —Ella asintió avergonzadísima. —Perfecto.

Se incorporó saliendo de la cabaña. —¡Detenedle! ¡Pero antes que se vista, joder! ¡Se va a helar!

Ken entró en la cabaña cogiendo el jersey del suelo sin mirarla y se lo puso a toda prisa antes de coger sus botas. Peter observaba desde la puerta. Avariella vio en su rostro que estaba dolido. —¿Ken?

Forzó una sonrisa y preguntó sin mirarla a los ojos —No pasa nada, preciosa. ¿Estás bien?

—No.

Él juró por lo bajo y miró a Peter. —¿Puedo hablar con ella?

—Ni de broma. Coge tu abrigo y sal de aquí cagando leches. No voy a dejar que influyas en la víctima.

—Ken no me ha hecho daño.

—¿Ves? No le he hecho daño. ¿Por qué no nos dejáis en paz?

—¡Porque hasta que no entienda todos los detalles de lo que ha ocurrido y encuentre a su amiga, os venís conmigo! ¿Me has entendido? No me des problemas, Ken. Puede que seamos amigos, pero ni de broma voy a dejar de investigar dos secuestros y hacer la vista gorda. Esta mujer tiene un lío mental que no puede con él. Hasta que no hable con Meredith y la psicóloga

me diga que está bien, yo no voy a dejar esto.

Ken la miró a los ojos impotente y cogió la cazadora del perchero antes de salir de la cabaña a toda prisa.

Avariella se llevó las manos a la cabeza preguntándose una y otra vez qué había hecho.

Capítulo 9

Sentada ante una mujer que no conocía, se apretaba las manos angustiada viendo como esa mujer que debía tener su edad, ponía ante ella una foto de Jane entre el grupo donde ella no estaba. Como era lógico porque solo había pasado una tarde con ellos desde que había llegado.

—Me llamo Meredith y soy la psicóloga del colegio. A veces colaboro con la policía. Te llamas Avariella, ¿verdad?

—Sí. ¿Dónde está Ken?

—No debes preocuparte por él. Estás aquí de vacaciones, ¿verdad? ¿Cuántos días llevas en el rancho?

Pensó en ello. ¿A qué día estaban? Habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo que no lo recordaba. —Tres días. Llegué el lunes.

—Entonces cuatro días. Hoy es viernes.

Se encogió de hombros como si le diera igual.

—¿Dónde estás en esa foto? ¿La sacaste tú?

—No sé cuándo se sacó esa foto.

—¿Por qué?

—Porque no he estado mucho con el grupo.

—Cuéntame la razón de que no estuvieras con ellos en ese momento.

—¡No sé cuándo se sacó esa foto! —respondió nerviosa—. ¿Dónde está Ken?

Meredith sonrió. —¿Por qué te preocupas tanto de lo que le ocurra? Le conociste hace cuatro días. Además, estamos aquí para hablar de ti. ¿Qué te hizo venir aquí de viaje?

—Quería vacaciones, ¿vale?

—Lógico. Pero pudiendo elegir muchos lugares en el mundo, has elegido éste. Dime la razón y dejaremos el tema. Es muy simple. Puedes alargarlo o puedes colaborar y ser directa en tus respuestas. Así terminaremos antes y podrás ver a Ken si quieres.

—¡Vine aquí porque era un viaje de solteros! ¿Contenta?

—Querías encontrar pareja.

—Muy lista.

Meredith sonrió. —Y conociste a Ken.

—Sí, el primer día. Estábamos montando a caballo y él me salvó de caerme de él. Era la primera vez que montaba.

—Un primer encuentro muy romántico.

—No crea. Él casi ni me miró antes de largarse —dijo con rabia.

—¿Y tú que sentiste la primera vez que le viste?

Avariella se sonrojó. —Le había visto antes.

—¿De verdad? ¿Cuándo?

—En foto. Su madre nos habló de los hermanos y los buscamos en internet.

—Entiendo, así que cuando llegaste ya te gustaba.

—Sí. Me pareció muy masculino en la foto. ¿Tenemos que seguir hablando de esto? ¡Es mi vida privada!

—Pues si quieres acabar cuanto antes, tendrás que contármela. —Bufó cruzándose de brazos. —¿Qué ocurrió después?

—A Jane le gustaba Brent y le vimos en el pueblo. Ella se lanzó y consiguió una cita con él, pero al final sintió el impulso de ir a verle a la casa que tienen aquí.

—Vaya, es atrevida.

—Decía que solo tenía una semana y no iba a desaprovecharla.

—¿Qué ocurrió después?

—Yo volví al rancho, pero me perdí.

—Continúa.

Avariella relató todo lo que había ocurrido y cuando terminó de contar lo que había pasado en el refugio de Ken aquella noche, se apretó las manos nerviosa. Como sabía que se lo preguntaría, continuó hasta que llegó a la cabaña de los solteros después de salir del hospital y se quedó en silencio.

—¿Y cómo pasamos de eso a encontrarte en la cabaña de nuevo con un hombre que te había tratado de esa manera? —Agachó la mirada. —Avariella, las pruebas contra Ken son abrumadoras. Y para colmo su hermano ha hecho lo mismo con tu amiga. Quería evitar que te fueras y te llevó a la cabaña en contra de tu voluntad, ¿verdad?

—No voy a decir nada más. Quiero ver a Ken.

—Por Dios, mírate. En cuatro días has sufrido más sobresaltos que en toda tu vida. Estás confusa y no sabes lo que es real o no. ¡Un hombre que te saca de tu cama herida y drogada, es un hombre que no te ama!

Se echó a llorar tapándose la cara y Meredith golpeó la mesa sobresaltándola. —¡Mira esta foto! —Avariella vio como señalaba a Jane con el dedo. —¿Sabes lo que puede estar pasando? ¿Y si ella está sufriendo? ¿Lo has pensado? ¿Dónde está?

—No lo sé.

En ese momento se abrió la puerta y al ver a Jane se echó a llorar levantándose para abrazarla. Su amiga la abrazó con fuerza. —¿Qué coño le está haciendo?

—Solo queremos averiguar la verdad.

—¿La verdad? ¡La verdad es que está enamorada de ese capullo que no hace más que meter la pata! ¿Qué pasa? ¡Tenemos un gusto pésimo para los hombres! ¡Y ahora pueden ir a que les den viento fresco porque nosotras nos largamos de este pueblo!

—¡No puede irse!

—¿Está detenida?

—No, pero...

—¡Pues buenas tardes!

Sin dejar de abrazarla por los hombros salieron al pasillo y el sheriff apretó los labios cuando pasaron ante él. Cuando llegaron a una sala con cuatro mesas, vieron a Brent que estaba discutiendo con uno de los policías. Las vio y dio un paso hacia ellas, pero Jane le fulminó con la mirada abriendo la puerta de la salida para que pasara.

Le sorprendió ver a Luke tras el volante de la camioneta roja que las esperaba. Se subió con Jane atrás y susurró —No le pasará nada, ¿verdad?

—Qué va. No hay víctima, así que no hay delito. Tranquila, en unas horas estará en casa y nosotras camino de Nueva York. Ya está todo arreglado.

Miró por la ventanilla mientras se alejaban del pueblo. —Todavía no me puedo creer todo lo que me ha sucedido en estos cuatro días.

—Se les ha ido la cabeza, eso está claro. Cuando me desperté en la casa del pueblo no me lo podía creer. ¿Quiénes se creen que son para tratarnos así?

—¿Cómo escapaste?

—Llamándole de todo básicamente. Al ver mi cabreo y que destrocé media casa por no romperle la cabeza, se dio cuenta de que se había equivocado. —Sonrió de oreja a oreja. —Me gusta. Éste no se me escapa.

La miró asombrada. —¡Pero si nos vamos!

—No podemos dejar que crean que pueden hacer lo que quieran cuando quieran sin pensar en nosotras. Hasta ahora es lo que han hecho. Me acuesto contigo, te doy puerta, te secuestro porque estás cabreada hasta que cedas a mis deseos... Ah no. No quiero una relación así. —La miró divertida. —Y eso que hablo de mí. Lo tuyo es aún peor.

Puso los ojos en blanco mirando por la ventanilla de nuevo. —Esto es una locura.

—Ah... la locura del amor, amiga. Es lo que nos da la vida.

Luke soltó una risita. —Jane estás fatal.

—Como tus hermanos. Por cierto, abre la boca sobre esto y te vas a acordar de mí durante el resto de tu vida.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó divertido.

—Ahora tienen que ser ellos los que vengán arrastrándose a Nueva York. Si no quieren perdernos, claro.

—Ken no va a ir a Nueva York —susurró harta de todo eso—. Se ha sentido dolido cuando no le defendí ante la policía.

Jane sonrió negando con la cabeza. —Tonterías. Claro que irá.

Entró en casa tirando las llaves sobre la mesa de al lado de la puerta y cerró con el pie mientras pasaba las cartas una por una. Suspiró tirándolas sobre la mesa también y se quitó el abrigo dejándolo sobre el sofá. Ignoró el desorden de su apartamento quitándose el jersey para tirarlo al suelo de la que iba a su habitación. Hizo una mueca al ver la cama revuelta. —En algún momento debería hacer la cama. Bueno, ya la haré más tarde. O mañana. O nunca.

Entró en el baño totalmente desmoralizada. Su vida se había convertido en un auténtico desastre. Estaba en el paro porque su jefe la había echado en cuanto le dijo que tenía que estar de baja por lo de la pierna y las costillas. Un hombre muy agradable, sí señor. En venganza le había pintado la puerta del coche con spray, escribiendo que era un explotador de mierda. No había sido una venganza espectacular, pero a ella le había sentado de miedo.

Pero no encontraba trabajo. De todas maneras, necesitaba vacaciones porque estaba hecha un guiñapo. Suspiró mirando su reflejo en el espejo y se quitó la goma dejando que su melena negra cayera sobre sus hombros. Tenía ojeras y no se encontraba nada bien. Y aunque había ido al médico por si era una infección por el tiro en la pierna que no dejaba de doler, aunque se suponía que estaba curado, simplemente le habían dicho que no tenía nada. Su familia creía que pasaba por una depresión. Su familia... Fue difícil llegar de vacaciones antes de tiempo y explicar cómo se había hecho las heridas que tenía. Su madre puso el grito en el cielo cuando le dijo que se había pegado un tiro, diciéndole a su padre que ya sabía ella que no tenía que haber salido de Nueva York, como si no estuviera preparada para salir al mundo. E igual no lo estaba.

Escuchó el sonido de su teléfono y gruñendo fue hasta su abrigo en el salón esquivando una caja de pizza. Sonrió al ver que era Jane. —Me iba a bañar —contestó dejándose caer en el sofá agotada.

—Ya sé lo que vamos a hacer —susurró conspiradora.

—¿Estás trabajando?

—Claro.

—Mira, ya han pasado cuatro meses y lo mejor es olvidarse de todo.

—¡Déjate de tonterías, Avariella! ¡Estás así porque estás enamorada hasta las trancas y esos capullos no han asomado la cara por aquí! Quiero sangre, ¿me oyes? ¡Y vas a venir conmigo!

—¿Ir a dónde?

—Nos volvemos a Montana.

—Ah, no.

—Escúchame. ¡Han tenido el descaro de empezar los viajes de nuevo! ¿Cómo se atreven? ¡Marie ha llamado a mi jefa para iniciarlos dentro de quince días! ¡Eso es una provocación en toda regla!

—¿Estás loca? ¿Y qué íbamos a hacer allí? ¡Aparte del ridículo, porque está claro que pasan de nosotras!

—He llamado a Luke.

Eso sí que la dejó de piedra. —¿Qué dices? ¿Has llamado a su hermano? —preguntó a gritos.

—Cálmate. Solo quería tantear el terreno.

—¡Genial, ahora piensan que estamos desesperadas!

Se abrió el botón del pantalón para estar más cómoda y al ver la caja de pizza puso los ojos en blanco.

—¿Y no estás desesperada? ¡No haces más que sentarte en ese horrible sofá comiendo porquerías! ¡El que no lucha no gana!

—No me cuentes historias. —Entrecerró los ojos. —¿Qué te ha dicho Luke?

—¡Ese chico es un chivato de mierda! —gritó sin darse cuenta—. En el futuro no pienso hablar nada delante de él.

—¿Se lo ha contado?

—¡En cuanto llegaron a casa! Por eso no han venido y eso que Brent insistía en seguirnos. Debo decir que mi hombre es mucho más razonable que el tuyo.

Dejó caer los hombros. —Ken no quiere venir. Está dolido por lo de la policía. Te lo dije.

—¡Qué dolido ni que porras! ¡Lo que pasa es que no quiere dar el brazo a torcer! Según Luke, él cree que se abrió en canal al llevarte a la cabaña. No cree que hiciera nada malo, porque así te demostró lo que le importabas. Que si ahora quieres algo, tienes que ir tú allí. Que él no se mueve del rancho porque sabes dónde encontrarle.

—Ah, no. Yo no voy. —Se sonrojó y todo de la vergüenza.

—Mi jefa me ha dicho que nos sale gratis.

—¿Qué?

—Sí, por el fiasco de la última vez. Que si queremos intentarlo de nuevo, ella paga los billetes y Marie el alojamiento. Es una manera de compensarnos.

Entrecerró los ojos. —¿Marie está metida en esto?

—No, si lo de Marie se lo dije yo a mi jefa para camelármela. —Rió por lo bajo. —Así ella paga los billetes.

—¿Quieres que nos presentemos allí sin que lo sepan?

—Claro. Sino qué gracia tiene. ¡Y aprovecharé a llegar con el siguiente grupo para que no puedan alojarnos en la cabaña! ¿Lo pillas? Nos tendrán que alojar en el rancho.

—¿Recuerdas la última vez? ¡Intentaste engañar a los chicos y te pillaron en el aeropuerto!

—Sí, pero ya estábamos allí y no dieron la vuelta, ¿verdad? Gané yo. Aunque para lo que me sirvieron. Oye, ¿sabes que Rosie ha vuelto con Daniel?

—¡Me alegro por ellos, pero yo no voy! ¡Me muero de la vergüenza!

—Pues ya te encargó el billete. Nos vamos en dos semanas.

—¡Qué no!

—¡Mira, como no vengas conmigo a ponerles las pilas a esos capullos, no te hablo más! ¡Tú verás lo que haces! Uy, mi jefa. Te dejo.

Asombrada miró el teléfono. De daba igual que no le hablara más. Ella no se movía de Nueva York por nada del mundo.

Capítulo 10

Pero allí estaba sentada mientras el avión aterrizaba de nuevo en Great Falls y eso porque la bruja que tenía al lado la amenazó con contarle a su madre, con la que había entablado una peligrosa amistad, todo lo que había ocurrido en Montana con secuestro incluido. Algo totalmente inaceptable porque su madre la vigilaría de cerca el resto de su existencia.

Los pasajeros empezaron a levantarse y Jane la cogió por la muñeca mirándola fijamente. —¿Recuerdas el plan?

—¡Sí, me lo has repetido mil veces!

—Si quieres te lo vuelvo a repetir para que no pierdas las bragas en cuanto os encontréis de nuevo.

—¿Por qué entraría en la agencia ese día?

—Porque necesitabas un ángel de la guarda. Eso está claro. Estabas muy perdida en la vida. Iba a abrir el compartimento que tenía arriba cuando un hombre abrió la pestaña antes que ella. —Permíteme...

Era rubio y guapísimo con una sonrisa que robaba el aliento. Se sonrojó al ver que seguía observándola con sus preciosos ojos grises. —¿El abrigo azul?

—Sí, gracias.

—Es un auténtico placer. ¿Eres de aquí?

—No, vengo de vacaciones. —Cogió el abrigo de sus manos y agachó la mirada.

—Yo también.

—¿De verdad? ¿A qué parte?

Jane le dio un codazo y abrió los ojos como platos al darse cuenta de lo que iba a decir. —A un rancho.

—¿No me digas? ¿No será el de Dubois?

El tío sonrió de oreja a oreja. —¿Vas al mismo sitio o es que es muy famoso?

—Vamos al mismo sitio.

—Estas vacaciones empiezan de maravilla. Por cierto, soy William —extendió la mano.

—Avariella.

—Un nombre precioso para una preciosa mujer.

No le soltó la mano y Jane puso los ojos en blanco antes de cogerla del brazo. —La cola avanza.

Caminaron por el pasillo uno detrás de otro para salir del avión y Avariella sonrió mirando

sobre su hombro, sonrojándose aún más cuando vio que William le guiñaba un ojo. —Nosotras ya hemos estado, ¿sabes? Pero no hubo suerte, aunque fueron unas vacaciones tan inolvidables que repetimos.

—Debe ser un sitio genial. Pero estoy seguro de que esta vez encontrarás lo que buscas.

Avariella sonrió. —Sí, estoy segura de que esta vez va a ser totalmente distinto.

Jane entrecerró los ojos y susurró —¿Qué te propones?

—Cambiar el plan.

Su amiga jadeó indignada. —Oye, ¿no te fías de mi criterio?

—No.

—¡Muchas gracias!

—De nada. Lo de ir al rancho y hacer que se arrastren para conquistarnos no va a funcionar. Ahora sígueme tú a mí. —Se volvió y sonrió a William. Esa presa no se le escapaba.

Jane gruñó. —Muy bien. ¡Pero no me digas que no te lo advertí!

Cogieron las maletas de la cinta y sonrió tímidamente a William que aún estaba esperando la suya. Cogió a Jane del brazo y tiró de ella a toda prisa hacia afuera. —Vamos, tenemos que sorprender a Marie.

—Sí que va a ser una sorpresa, sí.

Salieron fuera y vieron a Marie con el cartel del rancho sobre su cabeza y al verlas perdió la sonrisa poco a poco bajando el cartel.

—¡Sorpresa! —exclamó Avariella disimulando la vergüenza que le daba estar allí de nuevo.

—Pero...

—Hemos decidido aceptar la invitación de Ken.

—¿De Ken? —preguntó con voz chillona.

—Sí, la última vez que estuve aquí, me invitó a venir cuando quisiera como compensación por lo que ocurrió. Y como salieron fatal las últimas vacaciones, necesitaba otras con mucha urgencia. E intentarlo de nuevo.

—¿Intentarlo de nuevo? —La pobre no salía de su asombro.

William llegó hasta ellos y Avariella sonrió aparentando estar encantada de la vida. —Pues sí.

Jane silbó por lo bajo y de repente se encontraron rodeados de gente. Marie se fue presentando mientras que las observaba de reojo. Jane sonrió a un moreno que creía que se llamaba Claude mientras que Avariella empezó a hablar con ese tal William de una manera muy íntima. Marie gimió diciendo por lo bajo —Madre mía, esta vez acabamos todos en chirona.

—¿Perdón? —preguntó una rubita muy mona.

—Nada, guapa. Que espero que disfrutéis mucho de vuestra estancia.

Soltó una risita estúpida. —Eso espero. Pero hay más chicas que chicos, ¿no?

—Es que el resto los compensamos con los del rancho.

—Ah. —Lo pensó un poco antes de reír de nuevo disimulando que no entendía nada. —
Pues perfecto.

—¿Vamos hasta el autobús? Recogedlo todo.

—Es como una madre —dijo Avariella a William—. Siempre atenta a que todo vaya perfecto.

—Como buena anfitriona.

—No hay otra mejor. Marie, esta vez sí que voy a aprender a montar a caballo.

Marie miró a Jane como si quisiera matarla, pero ésta sonrió casi haciendo una mueca. —Y no te preocupes por las habitaciones —añadió Avariella—. Seguro que nos arreglamos en la cabaña.

—Oh, pero... —dijo Jane perdiendo la sonrisa de golpe.

—Bah, sé que Marie nos alojaría en el rancho. —Miró a William. —Tienen un rancho enorme. Pero yo prefiero quedarme en la cabaña porque así nos relacionamos más con el grupo.

—Pues si se trata de habitaciones, yo puedo compartir una si alguien se ofrece.

Avariella soltó una risita por como la miraba. —Serás pillín.

Él sonrió pasándole la mano por la cintura y Jane abrió los ojos como platos.

Marie estaba a punto de darle una apoplejía y cogió a Jane del brazo apartándola —¿Qué está pasando aquí?

—Me costó convencerla, ¿vale? Estaba hecha polvo como para repetir la experiencia. ¡Tuve que amenazarla con contárselo todo a su familia para que viniera! ¡Si tu hijo no fuera tan cabezota...!

—Pues cuando vea a ese rubiales intentando ligarse a su mujer sí que salimos en los periódicos. ¡Haz algo!

—¿Sin decirle que todo era mentira? ¿Que hemos planeado entre todos llevarla de vuelta? Ni hablar. ¡A mí no me metáis más! No tenía que haber dejado que Brent me convenciera. Él sí fue un hombre y fue a buscarme como tiene que hacer cualquier enamorado.

—Es que Ken es distinto. Cree que ella no le quiere, porque si le hubiera querido se habría quedado con él.

Ambas giraron la cabeza para ver a William riendo con Avariella al lado de la puerta del autobús. —Esta vez los tiros van a ser intencionados —dijo su suegra dramáticamente.

—Qué va. Intenta darle celos.

—¡Te aseguro que si Ken ve eso, va a dar resultado! ¡Está de los nervios por verla! Lleva semanas subiéndose por las paredes.

—Pues cuando ella lo sepa todo... —dijo por debajo.

—¿Qué?

—Nada, ¿nos vamos?

De repente Avariella se sintió genial. Sentada al lado de Jane en el asiento del pasillo, habló con William casi todo el camino. Era muy agradable y un poco bromista. Justo lo que necesitaba para levantarle el ánimo. El grupo era muy divertido y ya se veía más o menos quién hacía buenas migas.

—Mira, éste es el pueblo. —Jane gruñó a su lado y Avariella volvió la vista levantando las cejas. —¿Qué pasa? —siseó.

—No quiero dormir en la cabaña.

—Pues yo me quedo allí. Y tú también. No quiero que piense que vengo por él.

—Es que vienes por él.

—Shusss. —Las dos sonrieron a William, que se giró en ese momento diciendo que el pueblo era precioso. —¿Verdad que sí? Hay gente muy hospitalaria.

Marie hizo una mueca al verla saludar por la ventanilla al sheriff que dejó caer la mandíbula del asombro.

—Se llama Peter.

—Veo que has conocido a mucha gente en tu anterior visita.

—No creas. A dos o tres. Mira, en esa tienda tienen cosas muy simpáticas. Jane, ¿qué hiciste con el sombrero?

—Se lo quedó Brent.

—¿Brent?

—Es el hijo de Marie, ¿verdad Marie? Tiene unos hijos que son para comérselos de lo amables que son —dijo con ironía—. Les encanta tener turistas en casa. Podéis pedirles todo lo que necesitéis. —Todos pusieron la oreja. —Ken, el mayor, me salvó de morir congelada la otra vez.

—¿De verdad? Cuenta, cuenta —dijo la rubita muy interesada.

Marie gimió pasándose la mano por los ojos. —Mejor os lo cuento en una noche ante el fuego —dijo divertida.

—¿Como una película de terror? —preguntó la rubia.

—Casi, guapa. Os aviso. No os perdáis. —Todos se echaron a reír. —¡Ah y cuidado con las armas! Son muy peligrosas. El tiro que recibí en el muslo, es prueba de eso.

—¿Te pegaron un tiro? —William no salía de su asombro.

—¡Ya llegamos! —exclamó Marie levantándose de golpe.

El autobús se detuvo ante la cabaña y Marie forzó una sonrisa. —¿Podéis esperar un momentito en cuanto recojáis la maleta? Tengo que distribuirlos.

—No hay problema —dijo William entendiendo que era por ellas—. Marie, a mí no me importa compartir habitación.

Marie forzó una sonrisa. —Qué amable.

Un chico del fondo que casi no había hablado con nadie levantó la mano. —A mí tampoco me importa.

—¡Genial! —Avariella se levantó. —Pues asunto resuelto.

—¿Cómo que resuelto? ¿Tengo que compartir habitación contigo? ¿Y mi intimidad? —preguntó Jane tras ella.

—¡Qué pesada estás! —Cogió su bolso sonriendo de nuevo para disimular los nervios que la habían invadido de golpe. Sin poder evitarlo miró por las ventanas del autobús de la que pasaban por si Ken estaba por algún sitio. Pero cómo iba a estar allí si huía de los turistas.

Luke salió de la casa sonriendo y Avariella entrecerró los ojos bajando los escalones del autobús. En cuanto la vio, perdió la sonrisa poniéndose como un tomate. —¡Avariella!

—Luke, qué sorpresa. ¿A que no me esperabas? —Se acercó a él y le dio un abrazo. —Maldito chivato. Esto lo vas a pagar —susurró sin perder la sonrisa.

—No quería...

Se alejó de él cogiendo sus mejillas entre sus manos. —¡Estás más guapo! ¡Y más alto! —Le dio varias palmaditas. —¡Tienes que tener a las chicas locas en el instituto, bribón! ¡Espero conocerlas algún día y contarles tus virtudes!

Él gimió y cuando vio a Jane al lado de su amiga sonrió. —Hola Jane.

—¡Avariella! —Se volvió para ver a William haciéndole gestos con la mano. —¡Mira qué rebaño!

Avariella corrió acercándose a él y Luke cogió del brazo a Jane. —¿Qué hacéis aquí? ¡Tenías que llegar mañana!

—Sí, pero da la casualidad que si no ponía la excusa del viaje de turistas ella no se lo iba a tragar. No es tonta, ¿sabes? —Miró a su alrededor. —¿Dónde están?

Luke señaló el rebaño que estaba al fondo y Jane se volvió para ver a cuatro hombres a caballo. Aunque no se distinguía quién era quién a Jane le dio un vuelco al corazón sonriendo. Las risas de William y Avariella la hicieron reaccionar.

—¿Quién coño es ese? —preguntó Luke mosqueado.

—Ven, tenemos que hablar.

Entraron en la casa y fueron hasta el fondo de la cocina. —Necesito que vayas a buscar a Ken y le expliques que el plan ha variado un poco.

—¿Cómo que un poco? Esto no se parece en nada. ¿Os quedáis aquí?

—¡Ha decidido cambiar el plan y no puedo convencerla! Si hubiera hecho lo que tenía planeado, esta noche dormía con él porque no podría reprimirse, pero ella se niega a ir al rancho.

¡No puedo darle razones para que cambie de opinión!

—¡La boda es en cuatro días!

Jane hizo una mueca. —Pues igual se retrasa.

—Mierda, ¿y cuáles son sus planes ahora?

Avariella y William entraron en la casa riendo y él como todo un caballero le quitó el abrigo acariciándole la melena. —Hostia, vamos a morir todos.

Jane hizo una mueca. —Es mono. Y parece un buen tío. —Luke se cruzó de brazos molesto. —Pero los Dubois no tenéis rival.

—Cuñada, ya puedes quitarle eso de la cabeza.

—Bah, solo quiere darle celos. —Miró dudosa a Luke al ver que le daba un canapé en la boca a William. —¿O no?

—¡Jane, hay que parar eso!

—Oye, si tu hermano hubiera seguido nuestro otro plan, esto ya estaría arreglado. Llevarían meses casados. Ella lo ha pasado fatal, ¿sabes? ¡Y yo, teniendo que ocultarle que Brent iba a verme!

—Ken necesitaba que ella tuviera las ideas claras sobre que le quería. —Señaló a Avariella que se reía brindando con William con una copa de vino. —¿Crees que tiene las ideas claras? —preguntó incrédulo.

—Bah, está disimulando. La conozco. —Al ver que Avariella llevaba la copa a los labios gritó —¡Deja eso, loca!

Sobresaltada dejó caer la copa al suelo mirándola con los ojos como platos. —¡Me has asustado! —Gimió mirando la copa en el suelo. —Vaya.

—Déjalo, ya lo recojo yo —dijo William amablemente.

Todos miraron a Jane que se sonrojó. —No deberíamos beber a estas horas. El alcohol no es bueno. Díselo, Marie. Luego iremos a montar, ¿verdad? —Le hizo un gesto con los ojos a Marie.

—¡Ah, si! No abuséis que luego vienen los accidentes.

—Yo monto fatal —dijo Avariella divertida—. Casi me mato la última vez.

—Yo lo hago mucho —dijo William acercándose a ella—. Si quieres no me separo de ti para que te sientas segura.

A Avariella se le cortó el aliento porque parecía que hablaba en serio y le miró a los ojos sin saber qué decir, pero sintiéndose genial por primera vez en mucho tiempo.

Marie, Luke y Jane se miraron. —Hora de llamar a Ken antes de que esto se salga de madre.

Luke se subió a su caballo y salió a galope azuzando las riendas para llegar hasta sus hermanos. Brent se extrañó de verle allí. —¿No llegaban hoy los turistas?

—Han llegado más que los turistas. —Silbó con fuerza haciéndole un gesto a su otro hermano que al verle allí se puso en marcha hacia ellos.

—¿Jane ha llegado? —preguntó Brent sonriendo encantado.

—Quítate la alianza. Tenemos problemas.

Ken llegó hasta ellos y Luke puso los ojos en blanco al ver que todavía no se había afeitado. —¿Es que le tienes alergia a la espuma de afeitar?

—¿Qué pasa, enano? Tengo mucho que hacer y...

—Creo que tienes problemas más importantes.

Los hermanos le miraron fijamente y bufó. —¡Avariella está aquí! ¡Y un tío del grupo la corteja descaradamente! ¡Se le cae la baba con ella y no van a quedarse a dormir en el rancho! ¡El plan para sorprenderla con la boda se ha ido al garete!

Ken se tensó. —¿Qué has dicho de qué tío?

—¡Jane ha tenido que meterla en el viaje de solteros para convencerla de volver! ¡Un tal William no se separa de ella!

Ken se lanzó a galope hacia la cabaña y los hermanos se miraron antes de seguirle. —¿Y el rebaño?

—Mike se encarga —dijo Brent sin darle importancia.

Capítulo 11

Avariella se estaba riendo viendo a William subiendo las dos maletas por las escaleras cuando la puerta se abrió de golpe dando paso a Ken. Su corazón saltó en su pecho por su mirada de furia mientras caminaba hacia ella. Las chicas dejaron caer la mandíbula viendo cómo se ponía ante Avariella. —Nena... —gruñó mirándola a los ojos—, ¿qué haces aquí?

Se había quedado sin palabras de la impresión y se pasó la lengua por el labio inferior sintiendo la boca seca. —Pues de vacaciones...

—De vacaciones. —Levantó la vista hacia William que carraspeó. —¿Y ese?

—De vacaciones también. Se llama William —dijo mirándolo de arriba abajo comiéndoselo con los ojos sin darse cuenta.

Ken la rodeó cogiendo a William por el jersey y acercándole a su cara. —Así que estás de vacaciones.

William pálido asintió al ver la furia que emanaba de Ken. —Sí, sí. De vacaciones. No nos conocemos de nada.

—Ni os conoceréis.

—Eso.

Le soltó dejándole caer sobre los escalones y Avariella jadeó indignada disimulando que se sentía genial. —¡Ken! ¡Tienes que ser más amable con tus invitados!

—¡A éste no le he invitado! —La cogió de la mano y tiró de ella hacia la puerta.

—¿Qué haces?

—¡Te vienes a casa!

—No.

Ken la miró asombrado deteniéndose en seco. —¿Cómo has dicho?

—¡No fuiste a buscarme! ¡Así que no!

—¡Has venido! —le gritó a la cara—. ¡Así que me quieres! ¡Te vienes a casa!

Las palabras de Jane diciendo que se tenía que hacer respetar la hicieron gritar —¡He dicho que no! ¡Y no te pongas mandón conmigo!

—Lo que pasa es que quieres darme celos con ese. —Avariella se sonrojó con fuerza. —Y no voy a consentirlo.

—¡He dicho que me quedo! ¿O me vas a secuestrar de nuevo?

Ken apretó los labios enderezando la espalda. —¿En serio quieres quedarte aquí?

Miró de reojo a Jane que negó con la cabeza. Y en realidad no quería quedarse allí. Quería

estar con él y descubrir de una vez si él la quería. Levantó los párpados hacia él y por una vez iba a tener valor. —Quiero ir a la cabaña de la montaña y pasar la semana contigo.

Pareció sorprendido antes de sonreír. —¿No me digas?

—¿La cabaña de la montaña? —preguntó William confuso.

—Shusss —chistaron todos atentos a lo que iba a decir Ken.

La cogió por la cintura poniéndola a su altura y se miraron a los ojos. —Preciosa, has tardado mucho en volver.

—Tú no fuiste a buscarme. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Creía que no querías verme.

—Me moría por verte, preciosa. Pero ese día me di cuenta de que estabas confusa por todo lo que había ocurrido y no quería presionarte.

Avariella le abrazó enterrando la cara en su cuello y Marie sonrió emocionada al ver a su hijo hacer lo mismo. Luke sonrió mientras Ken salía de la casa sin soltarla. —Estupendo. ¿Y la boda?

Todos miraron al hermano pequeño.

—Veremos qué ocurre. —Su madre dio una palmada mirando a sus invitados. —Bien, ¿alguien quiere recorrer la finca para ver nuestro trabajo?

—¿Hay muchos vaqueros por aquí? —preguntaron las chicas haciendo reír a Jane, que abrazó a Brent por la cintura besándole en los labios con amor.

Tumbada sobre Ken el tercer día, acariciaba su fuerte pecho pensando que habían sido los mejores días de su vida.

—Me haces muy feliz —dijo él sorprendiéndola.

Levantó la vista hacia Ken y sonrió. —Te quiero.

La cogió por las axilas como si fuera una muñeca acercándola a su cara y susurró con voz ronca —Repítelo.

—Te quiero. —Acarició su cabello castaño.

—Y yo a ti. —Besó suavemente sus labios. —Nunca pensé que podría querer de esta manera a mi pareja.

Sonrió tumbándose sobre él y Ken la acarició en la espalda antes de bajar sus manos por su trasero llegando al muslo. Rozó la cicatriz con la yema de los dedos y suspiró. —Siento haberme portado como lo hice.

—No lo hiciste a propósito.

—Me refiero a todo. La primera noche en la cabaña tenía que haber hecho las cosas de otra manera.

—¿Ahora me demostrarás que me quieres, osito?

Él se echó a reír. —De verdad, nena... si me llamas así, los peones se van a partir de la risa.

Le miró maliciosa acariciando su barba. —Pues pienso hacerlo.

—Preciosa, has engordado un poco, ¿verdad?

Jadeó indignada poniéndose como un tomate. —Estaba en el paro. ¡Por tu culpa!

—¿Por mi culpa? —preguntó divertido.

—Me echaron por mis heridas. Mi jefe no quiso respetar mi baja. En realidad, creo que ha querido meter a su amante en mi puesto para tenerla más a mano y lo ha aprovechado.

—Mejor para mí. Así que has engordado —dijo malicioso.

—Bah, un kilito o dos. ¡No seas malo!

—Estás preciosa. —La besó en los labios. —Porque no será otra cosa, ¿verdad?

Distraída con sus labios susurró —¿Qué quieres decir?

—Nena, ¿te ha bajado la regla?

Ella apartó la cara para mirarle a los ojos sorprendida. —¿Crees que estoy embarazada?

—Comes como una lima. ¡Has acabado con las provisiones en dos días!

Se puso como un tomate sentándose sobre él. —No, no estoy embarazada. Te dije...

—Avariella, he visto a mis cuñadas embarazadas y se comportan como tú.

Frunció el ceño. —¿Qué pasa aquí? Te dije que...

—Ya sé lo que me dijiste, pero yo tengo la mosca detrás de la oreja. ¿Quieres contestar a mi pregunta? ¿Te ha bajado la regla desde que no estamos juntos?

—Pues sí.

Ken apretó los labios. —¿Seguro?

—Ken, no sé a qué viene esto, pero...

—Jane me ha dicho que cree que estás embarazada.

Le miró sin comprender. —¿Cuándo has hablado con Jane?

Él juró por lo bajo. —Nena...

Se apartó de él levantándose de la cama. —Por eso me ha traído hasta aquí, ¿verdad? ¡Cuando creías que no estaba embarazada no era digna de que fueras a buscarme a Nueva York, pero cuando Jane te lo dijo, me habéis liado para que regresara!

—No, eso no es así.

—¿Ah, no? ¿Cuándo has hablado con Jane? —gritó de los nervios.

Ken se sentó en la cama sacando las piernas y apoyó los codos en ellas mirándola preocupado. —Desde que os fuisteis. Pero lo del embarazo me lo dijo en la boda.

—¿Qué boda? —preguntó pálida.

—Brent y Jane se casaron hace un mes en el rancho.

Dio un paso atrás impresionada. Se llevó la mano a la boca sin poder creérselo mientras su

cabeza pensaba en todas las veces en las que llamaba a Jane y ésta le decía que estaba con su familia celebrando algo. Le había mentido durante meses. —Él fue a buscarla, ¿verdad? Y Jane no me dijo nada.

—Salió en el siguiente avión siguiéndoos. —Se levantó e intentó tocarla, pero ella se apartó furiosa. —No lo entiendes.

—Claro que lo entiendo. —Fue hasta su ropa y empezó a vestirse. —Soy una estúpida.

—Preciosa, yo te quiero.

—¡Tú no me has querido nunca! —gritó sintiendo que su corazón se retorció de dolor. —¡Si me hubieras querido, hubieras hecho lo mismo que hizo tu hermano! ¡Pero no soy importante para ti excepto por los hijos que puedo darte! ¡Pues entérate bien, yo no puedo tener hijos de manera tradicional, así que quédate tranquilo!

—Avariella, no fue así. Quería que tuvieras las ideas claras sobre lo que sentías por mí.

—¡Cómo si no hubiera sido clara desde el principio sobre lo que sentía por ti! —gritó sin darse cuenta de que estaba llorando—. ¡Lo sabías desde la primera noche! Aquí la única que dudaba si me querías era yo y ahora me ha quedado claro.

Se puso la cazadora yendo hacia la puerta y él puso la mano en ella impidiéndole salir. —Sí que te quiero. Te juro que te quiero. Me da igual que no puedas tener hijos. Seremos felices, te lo juro. He metido la pata. Lo siento.

Le miró con rencor y Ken dio un paso atrás como si le hubiera golpeado. —Estoy harta de tus meteduras de pata y no te creo, que es aún peor. Esto se ha acabado. —Abrió la puerta furiosa saliendo de la cabaña a toda prisa. Ken se llevó las manos a la cabeza sin saber qué hacer.

Corrió hacia los pantalones y se vistió lo más rápido que pudo. Salió de la cabaña y bajó la colina corriendo, pero cuando llegó a la mitad se detuvo en seco porque era imposible que hubiera bajado tan rápido. —¿Avariella? —gritó mirando a su alrededor empezando a sentir pánico porque hubiera huido hacia otra parte del bosque en lugar de bajar hacia el valle—. ¡Avariella!

Sentada en una roca abrazándose las piernas, lloró durante horas sin poder creerse todavía que la hubieran utilizado de esa manera. Todo había sido mentira. Luke, Marie... todos habían simulado que no se esperaban su llegada cuando estaba previamente planeada. Se sentía humillada. Y Jane. Dios, durante meses le había mentido a la cara. Había simulado estar cabreadísima con Brent cuando en realidad se veían a menudo. Se habían casado y ella en la inopia. ¿Por qué? ¿Para que no se sintiera mal porque ella había tenido suerte en conseguir el amor? A ella no le hubiera importado. Bueno, le habría importado un poco porque su dolor hubiera sido más profundo al saber que Ken no quería nada con ella de manera tajante, pero la

habría apoyado. Lo que no entendía era porque Jane había seguido mintiendo. Si se había casado hacía un mes, ¿por qué no se había quedado allí? Porque debía creer que estaba embarazada y se había chivado a los Dubois. Claro, estaba embarazada y era obligación de toda la familia hacer que regresara porque Ken no había movido un dedo.

Levantó la barbilla apoyándola en las rodillas mirando el paisaje. Estaba oscureciendo y apretó los labios recordando la noche en que se había perdido.

Se levantó sacudiéndose el trasero y tomó aire antes de pasar las manos por sus mejillas. Era hora de regresar a casa. Dio un paso ladera abajo y escuchó un crujido. Frunció el ceño mirando hacia abajo para ver que debajo de las ramas había unas tablas y muy despacio dio un paso al lado. Las tablas se rompieron y Avariella gritó saltando a su derecha y cayendo sobre la hierba. Suspiró de alivio sentándose y se acercó al borde. Se había librado por los pelos, era una buena caída. Se levantó y empezó a bajar la ladera. Cuando llegó al valle, cruzó el río saltando unas rocas diciéndose que había tenido suerte dentro de la mala suerte que tenía y caminó en dirección a la cabaña sin cruzarse con nadie. Lo que fue un alivio porque no quería tener que dar explicaciones. La cabaña estaba vacía y le sorprendió un poco porque era la hora de la cena. Buscó su maleta y la encontró en un armario del piso de arriba. La cogió con su bolso y cerró la puerta, pero decidió dejar la maleta porque no podría llevársela en el quad. Salió de la cabaña y miró a su alrededor. Necesitaba un coche. ¿Podría alquilar uno en el pueblo? Por intentarlo no perdía nada.

Fue a la parte de atrás y se subió a uno de los quads asegurándose de que hubiera gasolina en el depósito. Salió de las tierras de los Dubois apretando los labios. Bueno, para haber sido una aventura, había sido una aventura de primera, pero ya iba siendo hora de empezar otro capítulo en su vida.

Sentada en su sofá, apartó un calcetín para coger el mando cuando frunció el ceño. Qué raro que su madre no la hubiera llamado en días. Aunque sabía que en Montana no tenía cobertura. Miró su teléfono y gimió porque no tenía batería. Fue a ducharse después de ponerlo a cargar y cuando volvió, decidió llamar a su madre porque tenía un montón de llamadas perdidas. Sonriendo se puso el teléfono al oído. Cuando descolgaron dijo —¿Sabes mamá? ¡Tengo trabajo! Esta mañana me he pasado por la consulta de un dentista del que me dieron el chivatazo y me ha dado el trabajo. ¿A que es genial?

—¿Avariella? —La voz de su madre parecía tomada como cuando se tiene catarro.

—Mamá, ¿estás resfriada? ¿Has ido al médico?

—¡Avariella! ¡Avariella eres tú! —dijo su madre gritando.

—Mamá claro que soy yo. ¿Qué pasa? ¿Le ha pasado algo a papá? —Asustada se levantó.

—Voy para allá.

—¿Estás en Nueva York?

Entrecerró los ojos. —Claro. ¿Estás bien?

—¿Que si estoy bien? ¡Estoy en Dubois!

—¿Por qué? —preguntó asombrada.

—¡Porque llevas desaparecida tres días! ¡Se han hecho batidas por el bosque buscando tu cuerpo! —gritó histérica—. ¡Esto no te lo perdono! ¡Menudo susto nos has dado a todos!

Avariella abrió los ojos como platos. —Me fui. Ken sabía que me iba.

—¡Qué te ibas! ¡Cuando te vas de un sitio, te despides de la gente! —dijo antes de echarse a llorar.

Alguien le arrebató el teléfono. —¿Hija?

—Papá lo siento, no vi vuestras llamadas. Entre el viaje y todo lo demás ni me había dado cuenta de que no tenía batería... No me esperaba esto.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Estoy muy bien. —Preocupada se llevó la mano a la frente. —¿Mamá está bien?

—Está de los nervios. Desde que nos llamó Jane estábamos muy preocupados.

—Lo siento. Ni se me pasó por la cabeza que... Ken sabía que me iba —dijo arrepentida.

—No, hija... No lo sabía porque lleva tres días sin dormir buscándote por todo el maldito bosque. Hasta ha bajado a una gruta porque unas tablas estaban rotas y pensaban que te habías despeñado. —Su padre suspiró. —¿Estás bien?

—Sí, papá. Estoy bien. —Se echó a llorar al escuchar el miedo en su voz. —No creí que les importara que me fuera. Lo siento.

—Voy a llamar a tus hermanas por la radio. Están en el bosque con los demás.

—Oh, Dios mío.

Su padre colgó el teléfono, lo que indicaba que estaba furioso. Y no le extrañaba nada porque seguro que se habían llevado un susto horrible. Incluso estaban allí sus hermanas. Preocupada se puso un chándal y se sentó en el sofá mirando el móvil. No tardarían en llamarla para echarle la bronca y no se equivocó. La primera en llamar fue su hermana Jenny que le gritó al oído que era una irresponsable y mil cosas más, antes de pasarle el teléfono a la siguiente que también se quedó a gusto. Estuvo dos horas al teléfono y tenía la oreja ardiendo cuando su madre le gritó que ya la pillaría en Nueva York.

Se sorprendió un poco al ver un número desconocido en la pantalla y suspirando lo cogió esperando otra bronca. —¿Señorita Romero?

Al escuchar la voz de un hombre pensó que era del nuevo trabajo. —Sí, soy yo.

—Soy el sheriff Bronson de Dubois.

Se puso como un tomate. Ese hombre debía pensar que estaba mal de la cabeza. —Siento

muchísimo lo que ha ocurrido. No me imaginaba que alguien denunciaría mi desaparición. Me llevé mi bolso y...

—Ken no recordaba si lo llevaba en el momento en que salió de la cabaña.

—Lo siento mucho, de verdad.

—Lo sé. Pero no la llamaba por eso.

—¿Ah, no? —Confundida esperó.

—Bueno, a mí no me gusta meterme en estas cosas... pero es que Ken es amigo mío desde la guardería.

—Sheriff...

—No, por favor. Escúcheme.

Con todo lo que había hecho por encontrarla no podía decirle que no. —Le escucho.

—Cuando la encontré en la cabaña la otra vez, pensé que a Ken se le había ido la cabeza. Le llevé a nuestro médico la gasa que encontré tirada en su habitación y él me dijo que era cloroformo. Me preguntó qué ocurría y se lo conté. Fue cuando me enteré de que la habían atendido allí por un tiro en la pierna del que no se me había informado. Eso unido a que me dijo que seguramente tenía las costillas rotas, me hizo ponerme en guardia a pesar de que conozco a Ken de toda la vida y que siempre he creído que es incapaz de maltratar a una mujer.

—Eso no ha ocurrido nunca, sheriff.

—Ahora lo sé. Y lo sé porque jamás he visto a alguien tan desesperado por encontrar a su mujer como él durante estos días. —Avariella cerró los ojos sintiendo que se le paralizaba el corazón. —No sé lo que ha ocurrido del todo. He oído cosas como una boda que a usted le habían ocultado y algo sobre un embarazo que nunca ocurrió, pero soy policía. He visto cosas que ni se imagina y lo que he visto durante estos días... Si el problema de este malentendido son sus dudas sobre si realmente la quiere, apostaré todo lo que tengo a que es así.

Una lágrima corrió por la mejilla de Avariella. —Gracias por decírmelo.

—No me las dé porque todavía no he acabado. Cuando se ha enterado de que estaba viva no se lo ha tomado muy bien.

Parpadeó sorprendida. —¿Perdón?

—No, se lo ha tomado fatal. Por eso la he llamado. Tenía un cabreo de primera gritando que le iba a oír.

—¿Que le iba a oír?

—Tengo la sensación de que se ha ido al aeropuerto. Sobre todo cuando gritó a su hermano que moviera el culo hacia el aeropuerto. —Soltó una risita mientras ella abría la boca asombrada.

—¿Usted qué opina?

Miró a su alrededor y chilló al ver el estado de su apartamento. —Tengo que colgar.

—Por cierto... Se fue en cuanto habló con su madre. Eso fue hace algunas horas. Buena

suerte.

—¡Gracias!

Miró a su alrededor gimiendo y se agachó para recoger los envases del chino de la noche anterior. Corrió de un lado a otro del apartamento. No había problema. Eran siete horas de vuelo, eso sí encontraba vuelo, claro. Se detuvo con la escoba en la mano. —Bah, no llega hoy. —Se pasó la mano por el vientre sintiendo que le sonaban las tripas. Mejor se hacía unos espaguetis. Tiró la escoba al suelo y entró en la cocina que también estaba hecha un desastre. Mientras hervían los espaguetis, puso el lavavajillas. Sonrió como una tonta recordando lo que le había dicho el sheriff mientras fregaba una sartén. Así que estaba como loco, ¿no? Distraída miró el calendario y frunció el ceño. Alargó la mano hasta la nevera y arrancó la hoja tirándola a la basura después de hacer una bola con ella. Cuando la bola cayó al cubo se la quedó mirando pensando en ello. Estaban a uno de marzo y el mes pasado... No. El mes pasado no. ¿O sí? Jane la llamó hacía unos veinte días y en ese tiempo no. ¿Y antes? Ella no era nada regular, de ahí sus visitas al ginecólogo, ¿pero tanto? Abrió los ojos como platos y salió corriendo de la cocina para ponerse el abrigo antes de volver a entrar para apagar el fuego. Le sonó el teléfono y lo cogió de encima del sofá respondiendo mientras salía corriendo de su casa. —Ahora no puedo, seas quien seas.

—¡Avariella!

Hizo una mueca al escuchar la voz de Ken y estaba cabreadísimo. —¿Quiéenn ess?

—¡Estoy a punto de subirme a un avión y odio volar! ¡Espero que cuando llegue estés ahí, porque como se te ocurra salir de tu apartamento por cualquier motivo, te voy a poner el trasero como un tomate!

—¿Y eso lo estás diciendo en medio del aeropuerto?

—¡Déjate de historias! ¡He tenido que cancelar la boda que había preparado con todos nuestros amigos y han tenido que buscarte por el bosque durante días! ¡Ya creían que iban a un funeral!

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Una boda? ¿Quién se casaba?

Él gruñó al otro lado de la línea. —Avariella, llego en unas horas y más te vale que estés ahí. ¡Vuelve a irte y me voy a cabrear!

—¿Más?

Él colgó el teléfono e hizo una mueca. ¿Boda? Chilló de la alegría volviéndose hacia el ascensor. ¡Había preparado la boda! Se sentía tan feliz... Pero antes de pensar en eso, tenía que resolver una duda.

Con la boca abierta miró los diez palitos de plástico en hilera sobre el borde del lavabo.

Estaba claro que no había duda. Bueno, al menos sabía que la quería a ella y que no iba a Nueva York por el bebé. Era una buena noticia que se hubiera enterado en ese momento. Lo que sí que era raro era que había tenido el periodo después de estar con él en la cabaña. Preocupada por si el bebé estaba bien, fue hasta el móvil y llamó a su médico. Él le explicó que a veces se tiene algo de periodo pero que no pasaba nada y le dio la enhorabuena diciendo que de todas maneras se pensara lo de la congelación de óvulos para el futuro.

—Sí, lo pensaré —dijo emocionadísima.

Se pasó toda la noche sin pegar ojo deseando decírselo a Ken. Aunque no sabía muy bien cómo iba a decírselo porque ya le había dicho que no estaba embarazada. Gimió dando la vuelta en la cama. Además, le había dicho que había tenido el periodo después de estar con él. Se sentó de golpe palideciendo. Lo que le faltaba era que ahora creyera que no era suyo.

Dos golpes en la puerta a las cinco de la mañana le indicaron que ya había llegado y se puso muy nerviosa. Se miró el camisón de hilo blanco que se había puesto porque no quería que pensara que quería seducirle y caminó por el salón hasta la puerta. —¿Si?

—Nena, abre la puerta.

Al parecer no se le había pasado el cabreo. Tomó aire antes de decir —Ken, no te enfades.

—¿Que no me enfade? Abre la maldita puerta. ¡Llevo cuatro días sin dormir!

—¡Y no nos dejáis dormir a los demás! —gritó un vecino.

Avariella abrió a toda prisa y Ken la miró de arriba abajo antes de cogerla por la cintura entrando en la casa y cerrando la puerta con el pie. —Lo siento, nena. Te aseguro que te quiero. —La besó suavemente en los labios antes de abrazarla como si la necesitara. —No vuelvas a hacerme esto. Creía que te había pasado algo.

—Lo siento. —Le besó por toda la cara y él atrapó su boca sujetándola por los glúteos. Rodeó sus caderas con las piernas mientras que él la llevaba hasta el sofá donde se sentó como si estuviera agotado. —Lo siento mucho. —Él cerró los ojos apoyando la cabeza en el respaldo del sofá sin dejar de abrazarla. —Siento que te hayas asustado.

Ken abrió los ojos y le acarició las mejillas como si quisiera asegurarse de que estaba allí. —No vine a Nueva York porque no estaba seguro de si me querías, cielo. Pero ahora que sé que me quieres, recorrería el mundo entero buscándote, te lo aseguro. Te quiero tanto... No vuelvas a dejarme, nena.

Con los ojos empañados en lágrimas susurró —Yo también te amo. Y...

—¿Y?

—No te enfades... Nos estamos reconciliando y es un momento precioso.

—Después de los días que he pasado, no creo que pueda haber nada que me cabree.

—En realidad ha sido para bien, porque ahora que estás aquí sé que me quieres.

Ken sonrió. —Claro que sí, nena. Dime.

En ese momento sonó su teléfono y gimió. —Esa es mi madre. Seguro que quiere saber si estoy bien.

La besó suavemente en los labios. —Contesta. Mientras voy al baño.

Sonrió levantándose de encima y cogió el teléfono señalándole su habitación. —Buenos días mamá. Te has levantado temprano.

—Hija, ¿vas a venir o nos vamos a casa?

—Tengo que hablarlo con Ken que... —Miró hacia la puerta de la habitación y gimió cerrando los ojos con fuerza.

—¡Avariella! ¡Qué es esto!

—¿Qué pasa? —preguntó su madre preocupada.

Cuando salió de su habitación tenía las pruebas en las manos y la miraba atónito. —¿Estás embarazada? —gritó a los cuatro vientos.

—¡Felicidades! —respondió el vecino.

—¿Que estás qué? —Su madre al teléfono chilló de la alegría. —¡Voy a ser abuela Mathew!

—Cariño, ya eres abuela. Duérmete.

Avariella colgó el teléfono y sonrió radiante. —El médico dice que a veces pasa. Lo de manchar.

Ken miró las pruebas aún entre sus manos sin salir de su asombro antes de sonreír. —Sabía que no habría problema.

Se acercó a él y le abrazó por la cintura. —¿Lo sabías? —Él se apartó carraspeando y dejó las pruebas sobre la mesa de centro. —¿Ken?

—Espera cielo, que esto quiero hacerlo bien. —Arrodilló una pierna cogiendo su mano y Avariella sonrió. —Preciosa, ¿quieres ser mi esposa y formar esa familia que ya está en camino? Te juro que te amo más que a nada e intentaré hacerte feliz cada día.

Emocionada susurró —Sí, quiero.

—Pues el anillo me lo he dejado en casa con las prisas.

Avariella se echó a reír abrazándole por el cuello. —¿Algún día algo nos saldrá bien?

—Pues si te digo la verdad me da igual con tal de que estés a mi lado.

—Lo prometo.

La miró con amor. —Y yo prometo quererte siempre.

—No necesito más.

Epílogo

—¡Debería demandarle! —gritó Avariella al teléfono—. ¡Esto no se hace!

—¿Con quién habla? —preguntó Jane sentándose a la mesa del desayuno.

Marie reprimió la risa. —Con su antiguo ginecólogo.

—¡No, es que usted dijo que tenía cuatro años poco probables y ya llevo cuatro embarazos! ¡Y esta vez de gemelos! ¡Pues no! ¡No quiero congelar mis óvulos!

Su familia se echó a reír a carcajadas y Avariella les fulminó con la mirada. —¿Queréis callaros, que estoy echándole la bronca?

—Cariño, eso ya no va a servir de nada. Ya están aquí —dijo su marido antes de beber de su café.

—¡Es para que no engañe a otra ingenua! ¡Saca cuartos! —gritó al auricular antes de colgar. Suspiró tocándose el vientre. —Me encuentro mejor ahora.

—¿Mañana le llamarás para pedirle disculpas? —preguntó Luke a punto de partirse de la risa.

—Qué va. Ya está acostumbrado desde el segundo embarazo. Ese me pilló por sorpresa.

—Todos te pillan por sorpresa. —Jane miró a su marido—Por cierto cariño, tienes que llevar a los niños a la guardería.

—Dentro de poco necesitaremos el autobús —dijo Luke con la boca llena.

Cristine se echó a llorar y su suegra se levantó de inmediato. —Voy yo. No os mováis.

Ken se acercó a ella y la cogió por la cintura. —Preciosa he estado pensando que podríamos poner remedio. Me han dicho que es una operación muy sencilla...

—Ni se te ocurra. No se corta nada ahí abajo.

—Es que ya son cinco.

—Como si son veinte. La casa es enorme. No estorban.

—No, si yo lo decía por ti. Yo estoy encantado. Tengo los niños más guapos y listos del mundo

—Genial, pues ya ha quedado claro. —Le dio un beso en los labios poniéndose de puntillas. Sonó el teléfono y como estaba cerca estiró el brazo para cogerlo. —Rancho Dubois... —Frunció el ceño mirando a su marido a los ojos antes de abrir los ojos como platos mirando a su suegra que tenía a su hija en brazos. —¿Que ha hecho qué?

Su suegra se hizo la loca.

—¿Mamá que has hecho?

—Fue idea de Jane.

—Como no —dijo Brent divertido—. Nena, ¿te aburres?

—Qué va. Pero es que estaba harta de tener tanto cuadro por casa. —Le guiñó un ojo a su cuñado que se echó a reír.

—¿Cómo? —gritó Avariella emocionada—. ¿Una exposición en Nueva York? ¡Sí, sí! ¡Claro que quiero! ¡Llámeme con los detalles! ¡Gracias, Gracias! —Colgó el teléfono y miró a su marido sintiéndose increíblemente contenta. —¡Una exposición!

—Es estupendo, preciosa. —La cogió por la cintura y Avariella le abrazó. —Al parecer no nos salen las cosas tan mal después de cuatro años de casados.

—No puedo pedir más porque nunca he sido tan feliz.

Ken sonrió besándola en los labios. —Cariño, ¿recuerdas qué día es hoy?

—Sí, hace cuatro años en este mismo día te vi por primera vez.

—¿Y recuerdas como acabó la noche?

—Claro que sí, mi amor. Y esta noche lo repetiremos casi todo. —Le guiñó el ojo. —Lo de los perros mejor lo dejamos. —Sonrió abrazándole por la cintura. —¿Recuerdas tú lo que me preguntaste esa noche?

—Te pregunté por qué querías casarte y me respondiste que querías tener hijos.

—Quería tener hijos, pero no me valía cualquiera. Tenías que ser tú.

—Lo mismo digo, mi vida. Tenías que ser tú.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)

- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10-Demándame si puedes
- 11-Condernada por tu amor (Serie época)
- 12-El amor no se compra
- 13-Peligroso amor
- 14-Una bala al corazón
- 15-Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16-Te casarás conmigo
- 17-Huir del amor (Serie oficina)
- 18-Insufrible amor
- 19-A tu lado puedo ser feliz
- 20-No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21-No me amas como quiero (Serie época)
- 22-Amor por destino
- 23-Para siempre, mi amor.
- 24-No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25-Mi mariposa (Fantasía)
- 26-Esa no soy yo
- 27-Confía en el amor
- 28-Te odiaré toda la vida
- 29-Juramento de amor (Serie época)
- 30-Otra vida contigo

- 31-Dejaré de esconderme
- 32-La culpa es tuya
- 33-Mi torturador (Serie oficina)
- 34-Me faltabas tú
- 35-Negociemos (Serie oficina)
- 36-El heredero (Serie época)
- 37-Un amor que sorprende
- 38-La caza (Fantasía)
- 39-A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40-No busco marido
- 41-Diseña mi amor
- 42-Tú eres mi estrella
- 43-No te dejaría escapar
- 44-No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45-¿Nunca? Jamás
- 46-Busca la felicidad
- 47-Cuéntame más (Serie Australia)
- 48-La joya del Yukón
- 49-Confía en mí (Serie época)
- 50-Mi matrioska
- 51-Nadie nos separará jamás
- 52-Mi princesa vikinga (Vikingos)
- 53-Mi acosadora
- 54-La portavoz
- 55-Mi refugio
- 56-Todo por la familia
- 57-Te avergüenzas de mí

- 58-Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59-¿Qué haría sin ti?
- 60-Sólo mía
- 61-Madre de mentira
- 62-Entrega certificada
- 63-Tú me haces feliz (Serie época)
- 64-Lo nuestro es único
- 65-La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66-Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67-Por una mentira
- 68-Vuelve
- 69-La Reina de mi corazón
- 70-No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71-Estaré ahí
- 72-Dime que me perdonas
- 73-Me das la felicidad
- 74-Firma aquí
- 75-Vilox II (Fantasía)
- 76-Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77-Una noticia estupenda.
- 78-Lucharé por los dos.
- 79-Lady Johanna. (Serie Época)
- 80-Podrías hacerlo mejor.
- 81-Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82-Todo por ti.
- 83-Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84-Sin mentiras

- 85-No más secretos (Serie fantasía)
- 86-El hombre perfecto
- 87-Mi sombra (Serie medieval)
- 88-Vuelves loco mi corazón
- 89-Me lo has dado todo
- 90-Por encima de todo
- 91-Lady Corianne (Serie época)
- 92-Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93-Róbame el corazón
- 94-Lo sé, mi amor
- 95-Barreras del pasado
- 96-Cada día más
- 97-Miedo a perderte
- 98-No te merezco (Serie época)
- 99-Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retrátate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo

- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tu eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikinga)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. No cambiaría nunca
5. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna

3. Con solo una mirada
4. No te merezco
5. La consentida de la Reina
6. Lady Emily
7. Condenada por tu amor
8. Juramento de amor
9. Una moneda por tu corazón
10. Lady Corianne

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.